

IBALLA



JUAN DEL RIO AYALA

IBALLA

ROMANCE DE FERNAN PERAZA

(SIGLO XV)

JUAN DEL RIO AYALA - IBALLA

BIG
860-1
RIO
iba

ISLAS CANARIAS
AÑO MCMLXIII

IBALLA



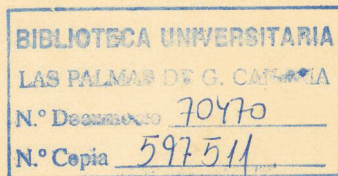
SLG 8214

JUAN DEL RIO AYALA

IBALLA

ROMANCE DE FERNAN PERAZA

(SIGLO XV)



ISLAS CANARIAS
AÑO MCMLXIII



N.º Rgt.º 4138-63

El autor se reserva todos los derechos legales, incluso los
de traducción y adaptaciones teatral y cinematográfica.

1963 MAR 22 1963

A mis hijos

Manuel José y Juana Teresa

PREFACIO

En el atardecer de un día de la penúltima década del siglo XV, la hermosa, empinada y recóndita isla de La Gomera, una de las siete islas Canarias, que se cuenta entre las llamadas islas menores, la Junonia menor de Ptolomeo, lucía las luminarias de miles de hogueras encendidas sobre de los cerros y picachos culminantes.

No era la víspera de ningún santo, ni el augurio de una fiesta pagana. Era, simplemente, una llamada, o una cita, a las tribus de aborígenes que poblaban la isla para algo que, entre el crepitar de las llamas, decían unos extraños silbos modulados: raro lenguaje, único en el mundo, con el que los gomeros se han comunicado siempre entre sí sobre el relieve escabroso de su Isla. Lenguaje de fonética musical en el que el silbo substituye a la palabra construyendo los fonemas con notas y variaciones de tono.

La cita partía de la señora feudal de la isla, como también lo era de las otras menores, Lanzarote, Fuerteventura y Hierro, Doña Inés Peraza de Ayala quien convocaba para la mañana siguiente a los jefes de las tribus a un tagoror, o consejo, en la Playa de Chinguarime, en cierto modo próxima al valle en cuya confluencia con el mar los señores de la isla habían levantado la torre y casa fuerte que llamaron de San Sebastián.

El objeto de tal reunión no era otro que el lograr el pleito homenaje de estas tribus a Don Fernán Peraza de Ayala, hijo segundón de Doña Inés, pero que, ante el amor maternal, venía a ser el primogénito en razón de que se llevaba tras de sí toda la ternura de la madre, a despecho de sus hermanos mayores y de su mismo padre Diego García de Herrera. Por ello, en virtud de la libertad de apellidos de la época, él llevaba los de su madre y ninguno de los de su padre. Doña Inés Peraza de Ayala, mujer de Diego García de Herrera, que, por derecho de herencia, era señora de cuatro de las Islas Canarias —Lanzarote, Fuerteven-

tura, Gomera y Hierro— señorío confirmado, a su vez, por los Reyes Católicos, a cambio de la cesión a la Corona de sus también indiscutibles derechos de señorío sobre las islas mayores de Gran Canaria, Tenerife y La Palma, a la sazón, aún sin conquistar, no podía consentir que su pequeño Fernán, en quien había puesto todos sus amores, quedara a expensas del mayorazgo y si a éste correspondía alzarse con todas las prebendas y dominios, ella habría de torcer la ley en favor de Fernán, instituyendo, con las dos pequeñas islas de Gomera y Hierro, un vínculo de libre donación.

Puede decirse que la isla de la Gomera es la única de las Canarias que no ha sido conquistada en verdad. Sus naturales, en virtud de ciertas misiones franciscanas que, desde el siglo XIV habíanse establecido en el Archipiélago, viajando de isla en isla, empeñados en la cristianización de la población indígena, habían asimilado el cristianismo de cierto modo y manera, ya que, sin abandonar del todo sus prácticas y costumbres ancestrales, habían admitido los dogmas del catolicismo.

Hubo un jefe de tribu gomero, llamado Pedro Cbimboyo, que desde mucho antes que la isla tuviera tratos y pactos con ninguna nación europea ya se las entendía directamente con el Vaticano, y del Papa obtiene libre salvoconducto para llegar hasta el solio pontificio. De estos tratos debieron de obtener los gomeros ciertas bulas protectoras que los constituían verdaderos «tabús» para cualquier bandería cristiana que hasta ellos llegara en son de conquista o sometimiento; aunque, en su estado de semi-barbarie, siguieran creyendo en los atributos de sus antiguos dioses, identificándolos con Cristo y la Virgen María; continuarán las prácticas de una ancestral cultura matriarcal en pugna con la moral cristiana y usaran nombres del santoral católico pero conservando, a modo de apellido, el mote aborigen, casi siempre expresivo de supersticiones o calidades paganas.

Por ello, si admitieron un señor feudal, no fue ni por conquista ni por sometimiento, sólo con un pacto de vis a vis, con un tratado de alianza, aceptaron el señorío de los Peraza. El señor les servía de aglutinante supremo entre las tribus; administraba justicia y les proporcionaba cultura: ellos pagaban estos

servicios con largueza por medio de tributos, diezmos y alcabalas, pero sin que el señor ostentara más propiedad territorial sobre la isla que la corta heredad que rodeaba a su torre o castillo.

Precisamente, por no entenderlo así, los señores que comenzaron en la sucesión de Doña Inés Peraza, con su hijo Fernán, y ser los gomeros muy celosos de este pacto de paz, surgieron, muy a menudo, las desgracias que cayeron sobre los habitantes de la isla y los señores feudales.

Por todo esto y para asegurar la continuidad de su señorío en la persona de su hijo, era de primordial trascendencia, para Doña Inés, celebrar el consejo que aquellas bogueras y aquellos silbos estaban convocando.

CAPITULO I

EL GÁNIGO DE LA PAZ

Aquella mañana, los caminos que conducían a la playa de Chinguarime estaban poblados de gente. Unos venían siguiendo las asperezas acantiladas de la costa, pero, los más, bajaban desde las alturas por escabrosos caminos que contorneaban las breñas pobladas de brezos sobre los cuales se erguían, en retorcidas posturas de oposición al viento, innumerables cedros que, sobre ofrecer la elegancia de sus copas aparasoladas, embalsamaban el campo con el aroma resinoso del follaje de intenso verde oscuro. El andar de todos era presuroso, como si todos tuvieran la necesidad de llegar cuanto antes a pisar las arenas de la playa, por lo que muchos ni siquiera sujetábanse a torcer los recordos del camino, sino que, saliéndose de los mismos, ganaban las fugas de los escarpes dando descomunales saltos con largas pértigas, descendiendo, alternativamente, entre carreras y vuelos.

Así la playa fue llenándose de un abigarrado concurso: gentes de todos los lugares de la isla; hombres, mujeres, niños; jóvenes y viejos; curtidos unos por las salitrosas brisas costeras y otros por los cierzos y solajeros de las cumbres. Algunos, los menos, usaban ya trajes confeccionados con telas y al estilo europeo, pero los más venían vestidos con sus tamarcos, especie de camisela, hechos con pieles de cabritillos finamente adobadas. Como aditamento, los hombres, traían en la diestra los bellos «banot», o bastones de guerra, o las largas pértigas y a la espalda, a modo de mochila, los zurrones con el «gofio» para el yantar y los odrezuelos para el agua.

Mas toda esta gente iba situándose en torno y a una respetuosa distancia de un amplio círculo mar-

cado por grandes piedras hincadas en la arena que, siendo planas por la parte superior, servían de cómodos asientos: era este un tagoror, o lugar de consejo. Por eso, de vez en cuando, del gran concurso de gente iban destacándose algunas personas, a quienes respetuosamente se les abría paso, que se acercaban al tagoror; eran los jefes de las tribus, caciques y adlateres, convocados por Doña Inés Peraza. De todo el concurso eran estos jefes los que iban a desempeñar un papel importante porque, salvo una buena parte formada por asistentes y servidores de los mismos, los demás sólo eran meros curiosos que habían recorrido, tal vez, largas distancias por gozar del espectáculo del propio tagoror en sí y de ver a la señora y a su joven hijo, aunque tampoco estaban ajenos a lo que acordaran sus jefes ya que esta masa representaba y apoyaba la fuerza política y moral de los mismos. Por esto la multitud mostrábase inquieta y nerviosa atisbando el camino por donde habría de aparecer el lucido cortejo de los señores, nerviosismo que, a su vez, contrastaba con la dignidad y parsimonia con la que los jefes de las tribus iban a ocupar sus sitios en el tagoror.

Faltaba, ya sólo, alguna piedra por ser ocupada y aquel nerviosismo curioso de la gente, de pronto, quedó suspendido en una espectación traducida en un corto silencio seguido de un rápido y explosivo cuchicheo.

—¡Iballa! ¡Es Iballa, la princesa de Arure!

—¡Ecchinea! ¡Madre Ecchinea!

Y en efecto: desandando el último recodo del camino de los breñales, surgiendo de entre un matorral de brezos, aparecieron dos mujeres que marchaban casi juntas pero muy distantes entre sí por la realidad del tiempo transcurrido sobre sus vidas. La primera, en plena juventud, era tenida por la más bella doncella de la isla y la segunda, que le seguía como su sombra y parecía ir pisando sus huellas, era

anciana, de muy avanzada edad. La más joven era Iballa; la más vieja Ecchineia.

Tenía razón la gente para exaltarse y quedar en suspenso ante el nombre y la figura de Iballa, sobre todo aquellos que no la habían visto nunca, porque tenían ante sí la más arrogante figura de mujer adivinada bajo el traje de fina cabritilla color perla que cubría, apenas tenuemente, aquel maravilloso cuerpo, de estatura erguida; asentado sobre unos muslos tensos y duros que partían de la dulce curva de unas caderas ondulantes; cintura flexible y torso majestuoso, hecho para sostén de unos pechos procaces, rebeldes a todo ocultamiento; cara ancha y corta, con boca gorda y grande y ojos verdes de recio mirar, aunque variantes entre la caricia, el temor, la ira y el perdón; color tostado de la tez en el marco de oro de una cabellera rubia, cascada dorada que le caía por la nuca, por la espalda, hasta las corvas, encauzada por prolijo trenzado de innumerables correíllas.

Madre Ecchineia, como la llamaban en toda la Isla, era muy anciana, con una de esas ancianidades indefinibles que no se sabe en qué edad comenzó ni cuando va a terminar. Tez reseca y oscura, de pergamino viejo, tras la cual se marcan los huesos pugnando por romperla; cabellera canosa que no acaba de decidirse a ser de plata; cuerpo enteco, sin formas, pero enhiesto; vigor en el gesto y altivez en la mirada. Ancianidad que parece haber sido siempre substancial con la persona y que no es signo de decrepitud en ella. Setenta, ochenta, oventa años: nadie sabía la edad de Madre Ecchineia y ella misma la ignoraba; había perdido la cuenta. Pero lo que sí sabía todo el mundo es que Ecchineia era un pozo de sabiduría y de magia; mezcla de sacerdotisa y bruja, había ganado la cumbre del prestigio en una sociedad bárbara y arraigadamente matriarcal que la había dignificado con el epíteto mas grande al llamarla madre. Ecchineia sabía toda la historia y las tradiciones de

su pueblo y guardaba misteriosos arcanos de tiempos ancestrales. Conocía la astrología y por ende, el sino de los recién nacidos y era curandera de males del espíritu y del cuerpo y consejera oportuna y sagaz en cualquier momento difícil de la vida.

Podía decirse que Ecchinea había criado a Iballa. Esta era la única hija de los jefes de la tribu de Arure; la más fuerte, rica y poblada tribu de la isla de La Gomera. Su madre murió al dar vida a esta niña extraordinaria y algún misterio debió de haber leído Ecchinea en su signo astrológico que se prometió no abandonarla jamás. Por ello Ecchinea era la sombra constante de Iballa, siguiéndola, paso a paso, a lo largo de la niñez, de la pubertad y ahora, de la esplendorosa adolescencia de aquella maravillosa flor salvaje.

Pablo Hupalupa, el padre de Iballa, estaba, a la sazón, ausente en alejada comarca y por ello su hija, que por otra parte dado el carácter matriarcal de la cultura gomera era a ella a quien correspondía, venía ejerciendo, desde hacía algún tiempo, la jefatura de la tribu. Esta era la razón de la presencia de la bella Iballa en el tagoror que iba a celebrarse y, por ella, la de su sombra, la saga Ecchinea.

No bien había ido Iballa a ocupar su asiento en el tagoror, cuando la espectación que le había tributado la concurrencia quedó rota ante los ecos de los clarines y los tambores que anunciaban la proximidad del cortejo de Doña Inés Peraza y su hijo. Ello produjo el natural revuelo entre el bárbaro concurso, que fue a situarse apiñándose en los lugares de mayor visibilidad y a la vera del camino por el cual habría de llegar a la playa de Chinguarime la señora feudal seguida de su séquito, no sólo contribuyendo un cortejo para aquellos bárbaros de cualquier modo deslumbrador, sino que Doña Inés había puesto especial interés de que en realidad lo fuera, por lograr un mayor tanto de admiración y preponderancia entre las tribus.

Ballesteros que rompían la marcha, con sus capas pardas castellanas —llamados por ellas los pardillos de de Diego García de Herrera—; los tamboreros que marcaban el paso movido de la marcha; los clarineros lanzando al aire la estridencia de la fanfarria; el alférez, caballero en corcel, enarbolando el pendón feudal con las armas de los señores: calderas de ricohome de Herrera; manzanos o pereceros de Peraza y lobos pasantes de Ayala. El Alcaide enarbolando la descomunal espada, símbolo de la justicia, Doña Inés, sobre caballo blanco engualdrapado conducido por palafrenes con dalmática, ataviada con ricos trajes de brocado y a su vera su hijo, Don Fernán Peraza, caballero en inquieto potro negro, vistiendo tafetanes adornados de randas de Flandes; tocado con birretillo carmesí con cimbreantes plumas; calzado con recias botas de cordobán en las que lucían deslumbrantes espuelas de oro con las que el mozo picaba e incitaba al potro para que piafara todavía más de lo que le impelía el natural fogoso del noble bruto. Damas sobre acémilas y criadas menestrales; el Escribano de Cámara con pluma, canuto y rollo de papeles procesales; capitania de pardillos, con las ballestas al hombro, cerraban la marcha y daban escolta.

Todo este cortejo, que marchaba por un camino que se ceñía a la línea sinuosa de la costa, había salido, muy de mañana, con tronar de la artillería, por el puente levadizo de la fortaleza o casa fuerte de San Sebastián. Tal era la fuerza tradicional y el poder consuetudinario de las tribus, para obligar a estos orgullosos nobles castellanos a desandar un largo e incómodo camino desde donde habían establecido su sede hasta la playa de Chinguarime, porque aquel era el lugar tradicional en el que se reunieron siempre las tribus para celebrar sus tagorores o consejos generales. Cuando estuvieron próximos al tagoror, todos los que venían cabalgando, echaron pié a tierra y lenta y ordenadamente, con prosopopeya castellana, marcharon

hacia el lugar donde estaba reunido el consejo. Todos cuantos habían precedido a Doña Inés en la andadura del camino, iban quedando rezagados abriendo y cediendo el paso a la señora que marchaba recia, impo- nente, tomando el brazo de su hijo. Los jefes de las tribus, al ver la proximidad de la señora, se alzaron de sus asientos haciendo profunda y elegante reveren- cia, mientras el gran concurso del pueblo, absorto y embobado con la presencia del cortejo, permanecía es- tático, como figuras componentes del fondo de un cuadro, en planos muy secundarios.

Doña Inés y su hijo se situaron en el centro del tagoror y allí permanecieron de pie, mientras los je- fes se sentaban, como cosa puesta en razón, ya que los señores, a ellos, venían a pedirles merced. Enton- ces la figura del doncel europeo de Fernán Peraza, junto a la elegante y recia de su madre, fue el único objeto de las miradas de todo el concurso, que se en- tretenía, en esa embarazosa pausa que precede a todo auto trascendente, en cuchicheos admirativos y elo- giosos de la persona del que iba a ser el nuevo señor feudal. Así lo comprendió el mozo y con ello creció su arrogancia y resplandecía su rostro, blanco y pu- lido, teñido de leve reflejo rojo que partía del birre- tillo carmesí y enmarcado por la graciosa melenilla rubia de paja. Fernán, también para entretener esa pausa, se dedicó a recorrer con la vista las represen- taciones de las tribus, tropezando con el grupo de Iballa y Ecchineá quedando en suspenso ante aquella maravilla de mujer que, a su vez, le contemplaba a él de arriba abajo, lisa y llanamente, sin los remilgos y afectaciones propias de aquellas cortesanas que Fernán había conocido en Castilla. Cuando la mirada de aquellos ojos intensamente verdes de Iballa se encon- tró con la enamoradiza y picarescamente blandengue de Fernán Peraza no sufrió la más ligera desviación. Aquella flor salvaje sabía mantenerse recia, sin el me- nor signo de mustiamiento, ante cualquier soplo de

aire y fue Peraza quien tuvo que distraer la suya hacia el suelo, cayendo en un momentáneo ensimismamiento del que vino a sacarle la voz de su madre, que ya comenzaba a exponer a las tribus el objeto de su presencia ante el tagoror.

—«Sabed que es mi voluntad dejar en sucesión de mis feudos de La Gomera y El Hierro a mi hijo muy amado, Don Fernán Peraza de Ayala, aquí presente ante vosotros. Y así, como vosotros en otro tiempo, me disteis acatamiento por vuestra señora natural y me hicisteis pleito homenaje de ciertos tributos y alcabalas a cambio de que, rectamente, yo administrara justicia entre vosotros y os dispensara mi protección en todo, hoy os digo, que en razón de mi edad ya hartado maduro, y el descanso que ella reclama, quiero apartarme del mando y señorío de estos dichos feudos y que con los derechos que vosotros me reconocisteis sobre de ellos, he formado un vínculo de donación que doy a mi hijo Don Fernán Peraza de Ayala y para el cual os pido y de vosotros recabo, la aquiescencia a tal donación y el mismo acatamiento y el mismo pleito homenaje que a mi persona le hicisteis en otro tiempo.»

Quizá porque la cosa estaba convenida de antemano, o porque la propuesta más bien que perjudicar a las tribus las beneficiaba por muchas razones, lo cierto es que la respuesta aprobatoria no se hizo esperar, con gestos de aprobación unánimes de todo el consejo; mas había que designar un portavoz que, en nombre de todo el tagoror, contestara a Doña Inés y, sobre todo, tomara al nuevo señor el juramento de rigor que siempre habían exigido las tribus con arreglo a un ritual ancestral.

La tribu más importante de La Gomera había sido siempre la de Arure y la personificación de esta tribu era, en aquel momento, la joven y bellísima, Iballa. A ella le correspondía, pues, hablar y representar al tagoror y así lo acordaron y la señalaron los

jefes de las demás tribus. Pero la flor salvaje no había contado con esta asignación y ante ella sentía cierto rubor de vergüenza, no porque le faltara aplomo y decisión, que bastante personalidad tenía para alzar su voz ante todo aquel concurso, pero la presencia de aquel mozo gallardo a quien tendría que dirigirse y a quien, inadvertidamente su corazón había ya dedicado un tributo de admiración, era, en definitiva el gran obstáculo.

Iba ya a negarse rotundamente a la delegación que le conferían las tribus, cuando surgió, entre Iballa y los emisarios que el consejo destacó hasta su asiento para designarla, el genio de Ecchinea, aceptando en nombre de aquella. Luego la mirada penetrante, el gesto imperioso de la saga, la hicieron crecerse y superarse y firme y resuelta avanzó hasta situarse frente de Doña Inés y Fernán Peraza, mientras con voz resuelta y altisonante decía:

—Señora: el tagoror os responde por mi boca. Aceptamos a vuestro hijo, Don Fernán Peraza Ayala como nuevo señor de nuestra tierra. Hacemos pleito homenaje a Don Fernán Peraza de Ayala de los mismos tributos y alcabalas que, hasta aquí, a vos se os han reconocido. Mas sabed que el tagoror sólo hará efectivos estos acatamientos, una vez que Don Fernán haya jurado guardar todas y cada una de las condiciones del pacto y haya bebido del gánigo de la paz.

Hubo un profundo silencio mediante el cual se pudieron oír los golpes secos que, con sus hachas de piedras pulimentadas, estaban dando unos hombres sobre un pequeño túmulo, tratando de derribarlo, sólo a un tiro de piedra del lugar del tagoror. Cuando consiguieron su propósito se vió que el túmulo cubría una especie de pequeña cueva, construída con lajas, dentro de la cual se hallaba una preciosa ánfora de barro cocido, de hechura chata y panzuda, que mostraba en su interior la huella circular de la superficie de

un líquido que debió de contener en otro tiempo y que, lentamente, se había ido desecando. Era esto a lo que Iballa se había referido llamándole el gánigo de la paz. El líquido que había contenido, desecado por el transcurso del tiempo, era leche, y bebiendo en él, junto con los jefes de las tribus, era la ceremonia con que los señores cerraban sus pactos con aquellos naturales.

Cuando el gánigo estuvo en manos de uno de los hombres, Iballa fue a tomarlo y con él se dirigió hacia un hatillo de cabras que, a tal efecto, estaban preparadas, y arrodillándose, graciosamente, puso la vasija bajo la ubre de una de las reses mientras un hombre, apuñando las tetas, hacía fluir la leche en chorros recios y chasqueantes; y así bajo una y otra cabra, hasta llenar el gánigo por cuyos bordes rebosaba la espuma.

Todo esto era un cuadro maravilloso, imbuido de una mística por la que el concurso aborigen había adoptado una actitud de profundo recogimiento y el silencio se había hecho tan hondo y serio que sólo eran perceptibles las sinfonías del mar sobre la arena y del viento entre el follaje de los cedros. A la movilidad curiosa y husmeadora de la gente se sucedía ahora una quietud increíble que influía también sobre de los castellanos; sólo Iballa era la única figura dotada de movimiento ante una humanidad expectante, que la seguía con la vista, mientras ella, invadida, al igual que todos, por aquella profunda mística, oficiaba este rito con solemnidad incomparable.

Cuando Iballa vino hacia el tagoror portando el gánigo, como ofrenda, Don Fernán estaba transfigurado y él, que había pensado tomar aquellas bárbaras ceremonias con total escepticismo renacentista se veía ganado por el ambiente y, sobre todo, por aquella tremenda e imponente flor salvaje que le estaba haciendo el único objeto de su sacerdocio; que venía hacia él con paso leve y solemne, como empujada

por la brisa, arrebujaando el gánigo entre sus desnudos brazos prietos; la cabeza enhiesta y la mirada fija y firme en su persona, preparando el momento inminente en el que iba a arrancarle el juramento:

—Decid Fernán Peraza de Ayala: ¿Juráis respetar los pactos que hicieron nuestros mayores con vuestro abuelo? ¿Juráis respetar la libertad de las personas, los animales y las tierras que son en La Gomera?

—Sí, juro— contestó firmemente Don Fernán.

—Pues entonces bebed la leche en el gánigo de la paz en el cual beberán también las tribus para sellar este pacto. Luego el gánigo será guardado nuevamente bajo tierra y sabed que si faltárais a este juramento el gánigo será desenterrado y quebrado contra el suelo y así como al quebrarse saltará hecho pedazos, ello será la figura de la ruptura del pacto que las tribus han hecho con vos y, entonces, será la guerra contra vos.

Don Fernán tomó el gánigo de manos de Iballa, lo llevó a los labios y bebió de la espumosa leche y tras esto comenzó el desfile de los jefes de las tribus que después de hacer una reverencia al nuevo señor, bebían del gánigo, otra vez en las manos de Iballa. Esta fue la última en beber; pero al ir a hacerlo, Don Fernán tuvo con ella un gesto de galantería, tomando el gánigo nuevamente y acercándolo a los labios de la gentil princesa de Arure; ella correspondió al galán con una encantadora sonrisa.

Luego el gánigo, con la leche sobrante, volvió al lugar en que debía ser enterrado nuevamente y apenas, los hombres encargados de hacerlo, comenzaron a reconstruir el túmulo, estalló el contenido júbilo del pueblo en regocijados gritos y agigides y comenzaron a sonar los tamborilillos, los pífanos de caña y las chácaras —especie de grandes castañuelas— con ritmos contrapunteados, y saltos, y la gente, juvenes, ancianos y niños, bailaban a este son incan-

sablemente, mientras los jefes de las tribus venían a despedirse de Doña Inés y su hijo y a ofrecer al nuevo señor la sagrada hospitalidad en las cuevas de su morada. Así todos decían:

—Venid, señor, a mi morada.

—Haced honor a mi cueva.

—Recibiréis las muestras de mi amistad en mi morada.

Mas llegole el turno a Iballa y sólo se limitó a hacer una cortesía, sin aludir ni decir nada de su cueva y ello, fuera por extrañeza, o porque le daba pié para un diálogo más íntimo con aquella hermosa mujer, hizo que Don Fernán le preguntara:

—Y vos ¿no me ofrecéis vuestra morada?

—Soy joven doncella y por ello no os la puedo ofrecer. Además hay en mí cierta circunstancia que hace que no os esté permitido traspasar sus umbrales.

—Yo soy un caballero castellano.

—Como cualquier caballero de mi raza, señor. Soy doncella prometida en matrimonio y nuestra ley prohíbe a todo hombre, que no sea mi prometido, traspasar mis umbrales hasta el día después de mis esponsales.

—¿Quién es ese feliz mortal? ¿Puedes decírmelo, Iballa?

—El príncipe pastor del Aseysele, a quien llaman Atacuperche.

—¿No ha venido al tagoror?

—El ama entrañablemente las cabras de su ganado y jamás se aparta de ellas.

—Reparad que no soy un hombre cualquiera. Ved que soy el señor de la Gomera.

—Ello es ley de mi pueblo para todos y... vos acabáis de jurar... Respondió Iballa, con agudeza, señalando, con un gesto de graciosa ironía, el túmulo que guardaba el gánigo de la paz, al mismo tiempo que ponía punto final al diálogo y haciendo una graciosa reverencia, seguida por Ecchineia, marchó, con

paso firme, hacia el camino de los breñales. Peraza quedó absorta en aquella figura, que, fatalmente, iba a ocultarse tras los matorrales con los que se iniciaba el espeso monte. Cuando desapareció de su vista quedó ensimismado preguntándose si sería posible que no volviera a ver a aquella maravillosa flor salvaje. La recia voz de Doña Inés, dando la orden de volver a la casa fuerte de San Sebastián, le hizo volver en sí.

El pueblo seguía bailando al son de los tamborilillos, los pífanos de caña y las chácaras. Seguirían bailando todo el medio día, toda la tarde y parte de la noche, hasta caer extenuados.

CAPITULO II

EL ASEYSBLE

Habían transcurrido algunas semanas desde aquel día en que tuvo lugar el importante tagoror en la playa de Chinguarime. Doña Inés Peraza, cumplida su misión, había abandonado La Gomera, haciendo viaje en el carabelón de su propiedad, reintegrándose, junto a su esposo y demás hijos, a su sede y hogar en Lanzarote. Así, Don Fernán, desligado ya de su madre, quedaba por entero enfrentado con los problemas de su señorío que desde la casa fuerte de San Sebastián, habría de ejercitar con bastante tiento. Por ello, Doña Inés, siempre previsora, dejó al lado de su hijo a un fiel consejero y viejo servidor de su casa, llamado Bastián de Ocampo, que, habiendo sido alcaide de La Gomera, mucho tiempo atrás, fuera capaz de guiarle por buen camino y refrenar sus ímpetus juveniles.

Bastián de Ocampo era hombre maduro, veterano en lides y reveses y de una lealtad inconvencible a los Peraza. Por ello los señores le distinguían con toda la confianza, depositando en sus manos el gobierno de las dos apartadas islas de su señorío, Gomera y Hierro, de las cuales estuvieron casi siempre ausentes. Obrando con gran sentido de justicia y honradez y usando de mucha mano izquierda con los aborígenes, logró Bastián ganarse el aprecio de éstos y la incondicional amistad de los jefes de las tribus. Conocía, una por una, a todas las personas importantes de la isla, quienes no sólo se preciaban de ser sus amigos, sino que, además, le correspondían con gran aprecio, distinción y respeto, habiéndose convertido y tenido por los naturales como un inapelable árbitro de sus muchas rencillas y minuciosas cuestiones. Un hombre de estas dimensiones era, para Don Fernán, de

inapreciable valor; de tal manera que sin él los comienzos de su señorío y mandato, hubieran sido peligrosísimos pasos de ciego. Por ello iba dejando en manos de su alcaide los más difíciles trances de su gobernación, y mientras, en las primeras semanas de la misma, se dedicó al más decente y comfortable acondicionamiento de la casa fuerte.

Estaba esta casa fuerte de San Sebastián de La Gomera, constituida por una torre mudéjar, adornada de grandes matacanes en sus flancos, levantada junto al mar, en la desembocadura de un barranco, de tal manera que las olas venían a lamer sus cimientos, y a marea llena el agua la circundaba dejándola separada de la tierra; luego, en su torno, una serie de edificaciones, más o menos de tipo castrense: adarves, caballerizas, almacenes y casas de tropa y servidumbre, en sus inmediaciones, venían a completar todo el complejo señorial y de fortaleza. Una capitania de ballesteros y algunos artilleros, con sus correspondientes capitanes y alféreces era su guarnición; algunos clérigos, capellanes y misioneros, mayordomos y administradores y escribanos, menestrales y esclavos moriscos de los que Diego García de Herrera apresaba en sus razias en Berbería, componían la servidumbre. Un poco tierra adentro, se había construido una ermita dedicada a San Sebastián, y algunos traficantes y pobladores, venidos de las otras islas, habían comenzado a construir sus casas, con las que se iniciaba un pueblo de tipo europeo renacentista.

Aún no había tenido tiempo Peraza de adentrarse en el territorio de su señorío, ni mucho menos iniciar las visitas de protocolo y rigor a los jefes de las tribus en sus propias moradas, las que, deliberadamente, había ido demorando porque acuciado por las nostalgia de aquella flor salvaje deseaba que fuera para ella su primera salida; y aunque de antemano tenía la prohibición de traspasar sus umbrales, esperaba, por lo menos, un pretexto para verla nueva-

mente. Mas como éste no llegaba y la figura de la bella princesa de Arure bullía en todo su ser ardido de aficiones galantes, una mañana, estando en el estrado de su torre, le preguntó, como de pasada, a su alcaide:

—Oye, Bastián, ¿conoces a Iballa?

—Desde niña, señor, conozco a la gentil princesa de la tribu de Arure. Su padre, Pablo Hupalupa, es un gran amigo, muy adicto a la Casa Fuerte. Ya me di cuenta cómo os interesaba la doncella y la querencia que demostrasteis por ella en el tagoror. Mas yo os aconsejo que os olvidéis de Iballa.

—¿Dónde vive Bastián?

—En los riscos de Guajedum tiene las cuevas de sus moradas. No debéis intentar visitarla, está de por medio Autacuperche y tendréis que pasar por sus tierras del Aseysele para llegar a Guajedum.

—¿Quién es ese príncipe pastor?

—Es un apuesto y arrogante joven que extiende sus dominios sobre un pequeño valle, no muy distante de aquí, que llaman El Aseysele, donde pastan sus ganados compuestos por innumerables y preciosas cabras. Es el más fuerte luchador de la Isla y el natural mas reacio al trato con los castellanos. Yo he procurado muchas veces traerlo a nuestra querencia pero nada he podido conseguir. ¿No advertisteis la situación embarazosa de Iballa, cuando vos le preguntasteis si su prometido se hallaba en el tagoror? Es el único natural que no paga tributo a la Casa Fuerte: mas, como su territorio es reducido y no sale jamás de él, cuida de sus ganados y toca el caramillo, he preferido aguardar, antes que provocarle, hasta su entronque con la tribu de Arure, la más adicta a nuestra causa, por su casamiento con Iballa.

—¿Y no crees que ese entronque pudiera ser contrario más que favorable a nuestra causa?

—No. Porque Iballa tendrá siempre un gran predominio sobre él. Autacuperche, al lado de Iballa, es

como un fiero mastín aquietado en mansedumbre por el dominio del amo. Por esto os he rogado que os olvidéis de Iballa. Si queréis amoríos, para vuestro solaz, fijaos en las villanas, que las hay de muy buen ver, pero olvidaos de la gentil princesa de Arure. Esa querencia podría traernos graves tropiezos.

—Bien, Bastián —dijo Peraza en un desperezo desganado y a renglón seguido, como sin importancia, preguntó al alcaide— ¿No tenías que ir hoy, con parte de la capitanía, hasta Chipude?

—Sí, señor. Tan pronto esté preparada la gente partiré. Tengo que ir hasta ese pueblo para poner en avenencia a algunos vecinos que se han peleado por los linderos de sus egidos. ¿Vos no queréis venir? A lo mejor sacaríais provecho de este viaje.

—No, Bastián, me encuentro cansado. En cuanto coma dormiré toda la tarde.

Tras esta respuesta de Peraza, el alcaide, con un gesto de acatamiento, abandonó la sala estrado, donde se hallaba con su señor, y en cuanto cerró la puerta tras de sí, se iluminó el rostro de Peraza al impulso de una resolución que acababa de tomar.

Era muy fuerte la atracción de Iballa, desde el día que la vió en el tagoror, para que el joven y fogoso mancebo se aquietara en su querencia ante los prudentes consejos del viejo alcaide, y mucho más ahora que el lance se acrecía con visos de aventura caballeresca, con todo cuanto le había dicho Bastián de aquel misterioso mozo del Aseysele. A él, Fernán Peraza, le gustaba la moza y a ella había notado en el tagoror que no le era indiferente su persona. ¿Cuál era el obstáculo que se interponía entre él, señor feudal de La Gomera, e Iballa, princesa de la tribu de Arure a él sometida por su feudo? Pues no era otro que aquel príncipe pastor del Aseysele a quien había que medir y calificar como un rival.

Ya estaba decidido: aquella misma tarde, aprovechando la ausencia de Bastián, intentaría ver a Iballa.

Llegaría, por lo menos, hasta los umbrales de sus moradas, lo cual no le impedía la ley de aquellos naturales que él había jurado, ya que sólo le prohibía el traspasarlos. ¿Qué para llegar a Guajedum tenía que atravesar el valle del Aseysele y que ese Autacuperche podría interceptarle el paso? Tanto mejor: así tendría ocasión de luchar con él y, tal vez, deshacerse del rival. ¿No era un rebelde a su causa? El único natural que no pagaba tributos a la Casa Fuerte, había dicho Bastián, pues acabando con su vida se extinguiría aquel fermento de rebeldía de todos modos funesto para su autoridad en la isla.

En estas cavilaciones estaba Peraza, cuando sintió el ruido de las cadenas del puente levadizo y el tropel de caballos que lo cruzaban al galope. Nerviosamente fue hasta la hendidura de una aspillera y desde ella vió, sin ser visto, como el Alcaide, al frente de parte de la guarnición de la torre, tomaba el camino del poblado de Chipude. Aguardó unos instantes pensativo, como trazando el plan, luego tiró repetidamente del cordón de una campanilla llamando a su escudero. Cuando éste estuvo presente, llevándole hasta el adarve, con el cual se comunicaba, la sala estrado por una angosta puerta, hizo que le explicara sobre el paisaje de barrancos y montañas, escalonándose hasta ganar las alturas cumbreiras, cual era el camino de Guajedum.

—No tiene pérdida, señor, tan pronto salgáis de la casa fuerte tomaréis por la margen izquierda del barranco y al final de un corto galope encontraréis una empinada cuesta. Esta os conducirá a una degollada desde la cual dominaréis el valle del Aseysele. Bajad este valle y atravesadlo a lo largo; luego hallaréis otra cuesta y a su final están las moradas de Guajedum.

—Bien. Te he entendido perfectamente. Avisa que me pongan la comida en la mesa. Mejor: tráemela tú mismo aquí, a la sala estrado. Mientras yo como, enjaeza mi caballo y llévalo, sin que nadie lo

vea, a la poterna trasera de la torre. ¡Que de ésto nadie se entere!

Tan fielmente cumplió el escudero el encargo de su señor que, cuando Peraza terminó de comer y salió por la poterna, ya el caballo estaba esperándole en la misma. De un salto cabalgó, mientras advertía al escudero:

—No digas a nadie que he salido; si preguntan por mí diles a todos que estoy descansando en mi aposento y que no quiero que se me moleste. Luego picó espuelas y partió al galope, tratando de ocultarse a la vista de la torre. A poco de galopar encontró la empinada cuesta que le había anunciado el escudero y que le conduciría a la degollada desde donde divisaría El Aseysele.

Si mientras Peraza sube, al paso trabajoso de su cabalgadura, el camino hasta la degollada, nos dedicamos a recorrer el precioso Aseysele, observamos que está constituido por uno de esos vallecillos canarios llenos de color y vida paisajista. Enmarcado por altos escarpes de paredes verticales, cubiertas materialmente por esa flora bravía de las Canarias, que adopta formas caprichosas para defenderse de las prolongadas sequías estivales; el fondo en planicie herbosa, con matorrales aislados y multicolores y bosquesillos de brezos, fayas, laureles y mocanes de follaje coriáceo con tonalidades variantes en todas las gamas del verde; arriba, por las cresterías de los escarpes, los pinos, enhiestos como guardianes. Una quietud solemne lo invade de punta a punta y en su recinto el aire parece espesarse para que puedan volar las mariposas y zumbar los abejones; tan sólo, en algunos puntos aislados, parece turbarse esta quietud por el movimiento brusco de los yerbajos entre los cuales aparecen las graciosas siluetas de las cabras pastando o ramoneando entre los árboles. De pronto, una melodía, lenta y plañidera, arrancada a un trozo de

caña que hace de flauta, parte desde un bosquecillo de laureles. Es una melodía que parece cantar las notas doloridas de una endecha. Pronto descubrimos a quien la está tañendo en rudimentaria flauta. Es un hombre joven, corpulento, de facciones rudas pero hermosas y nobles que revelan una juventud plenamente lograda y recién salida de la pubertad. Su cabellera es intensamente negra y exageradamente larga, como corresponde a la condición de alta nobleza, y su rostro luce también los atributos de su hombría: espeso bigote y recia barba, desaliñados ambos, de tal manera que, junto con la cabellera alborotada, viene a tener un aspecto graciosamente hirsuto sin llegar a la fiereza. Su cuerpo, que pudiera servir en lo clásico para modelo de una escultura de Apolo, está casi desnudo; sólo una zamarrilla de piel de cabra, peluda, de color gris plata, le cubre el torso y deja al descubierto el amplio tórax de donde parten los musculosos brazos adornados con ligaduras y muñequeras, en las que hay pintados signos jeroglíficos con prestigios de amuletos. Atadas a la cintura con graciosos pliegues, unas bragas de fina piel adobada le cubren hasta medio muslo. Calza sus pies con abarcas y las correíllas de las mismas se trenzan, graciosamente en torno a las pantorrillas, subiendo hasta muy cerca de las corvas. Tal es el señor del Aseysele, el príncipe Autacuperche.

Cuando le sorprendemos tañendo su flauta, está sentado sobre de un peñasco con las piernas pendiendo en el aire, jugando a cruzarse entre sí, marcando el ritmo que acompaña a la melodía. Junto a él y al alcance de su mano, está el banot: un largo bastón de madera dura, primorosamente trabajada y pulimentada hasta el brillo del barniz; un bastón ligeramente curvado que, en cierto modo, recuerda la hechura de un bumerang. Cuando el mozo se cansa de tañer su caramillo, toma el banot y se ejercita en su manejo: lo sopesa, lo equilibra en sus manos; lo

toma por un extremo y lo hace girar vertiginosamente sobre su cabeza, o lo hace saltar de una mano a la otra cruzándolo desde su espalda al frente, por debajo del sobaco, o a la inversa: metiéndolo por las arcadas de sus piernas, ora lanzado a gran altura para recogerlo en una posición determinada de antemano; ora puesto al vuelo en círculo, con tal efecto, que le hacía regresar obediente hasta sus manos, o apuntando a la rama de un árbol para hacerla caer cortada como un golpe de hacha. Tal era la terrible arma que Autacuperche se preciaba de manejar a la perfección.

Mas volvamos a Fernán Peraza cuyo caballo hace su último esfuerzo rematando la cuesta y entrando, a menudo trote, en la pequeña llanada que forma la degollada. El jinete ha tirado de la rienda y parando a su cabalgadura, para darle descanso y tregua, admira el maravilloso paisaje que domina desde aquella altura y atento a su ansiado objetivo, Iballa, observa el camino que aún le queda por recorrer y así vé como tendrá que bajar a la vega del Aseysele por una pendiente cuesta zigzagueante y atravesar esta por un sendero que a menudo se pierde entre los bosquecillos de fayas y laureles y que al final reaparece subiendo una ladera empinada sobre la cual se divisan los umbrales de varias cuevas que no son otras que las moradas de Iballa: las cuevas de Guajedum. Entonces, el caballo, excitado, tal vez a la vista de tan apetitosos pastos, lanzó un relincho prolongado y bravío, que las abruptas paredes de los escarpes se encargaron de difundir en redoblados ecos. Las cabras dejaron de pastar y alzaron sus gráciles cornamentas, husmeando, inquietas, la presencia del intruso; en el bosquecillo, de donde partía, cesó bruscamente la plañidera melodía y Autacuperche, tomando su banot, trepó a lo más alto del peñasco donde estaba sentado y descubrió la presencia de Peraza, que ya había comenzado a descender hacia el valle. Mas como él no

le conocía, se formó el concepto de que sólo era un simple castellano que osaba perturbar la quietud del Aseysele, haciéndose el propósito de impedirle el paso por sus tierras.

Lentamente, dando tiempo a que la cabalgadura ganara el llano, se fue Autacuperche, acariciando su banot, al punto en que la cuesta terminaba en su descenso y allí esperó al intruso, el cual no tardó mucho en aparecer en el último recodo del camino: pero atento el jinete al pisar dificultoso del caballo, en el descenso, no advirtió la presencia del arrogante aborigen que, rápido, se interpuso en el camino a la vez que gritaba:

—¿A dónde váis por estos senderos?

Sorprendido Peraza, alzó la mirada y paró en seco su cabalgadura a la vez que preguntaba:

—¿Quién eres tú, que de tan brusca manera me cierras el paso?

—Soy Autacuperche, el dueño y señor de estas tierras. ¿Quién sois vos?

Iba Peraza a descubrir su personalidad, pero de pronto, cambió de parecer y mintió.

—Soy un correo de Don Fernán Peraza que lleva un mensaje para Iballa, la princesa de la tribu de Arure y en verdad que me place encontrar en mi camino al príncipe pastor del Aseysele a quien tanto abonan de valiente.

—Decidme ese mensaje. Yo lo transmitiré a Iballa. Ningún hombre extraño a su familia puede penetrar en sus moradas.

—¿Y puedes hacerlo tú?

—Sí: porque soy su prometido.

—El mensaje es secreto y tengo que darlo personalmente a Iballa. —dijo Peraza recalcando las palabras— Conque déjame el paso libre.

—No, no pasaréis —contestó resueltamente Autacuperche, afianzándose en el centro del camino con el banot en guardia.

El orgullo castellano y la ocasión de hallarse ante el rival, hicieron latir la sangre en las sienas de Peraza. Así, sin casi pensarlo, desenvainó la espada, se afianzó en la silla y picó espuelas, poniendo el caballo al galope y lanzado contra el aborigen, el cual le vió venir con gran serenidad. Entonces, Autacuperche, mediante un salto prodigioso, esquivó el mandoble que el castellano iba a propinarle y la hoja de acero cayó pesadamente sin encontrar el obstáculo en el que tenía que ejercitar su filo. Pasaron caballo y caballero como una tromba, y mientras Peraza trataba de frenar la carrera del animal para hacerle girar y volver sobre de su enemigo, ya Autacuperche estaba haciendo girar vertiginosamente el banot sobre de su propia cabeza para darle impulso, de tal manera que cuando Peraza volvió a acometerle, el banot escapó de sus manos con dirección tan certera, girando solemnemente en el aire, hacia la cabeza del jinete, dándole en la frente, con tal fuerza, que el caballero vino a tierra sin sentido y sangrando.

Entonces Autacuperche, se acercó al vencido y vió como permanecía inmóvil manando mucha sangre por una gran herida que tenía en la frente. Le dió por moribundo y se encogió, friamente, de hombros. Recogió el banot y se fue a juntar las cabras porque ya era hora de encerrarlas. Mas, de pronto se paró y, como asaltado por una idea perentoria de responsabilidad, adoptó una actitud ritual y se puso a silbar prolongadamente e imprimiendo a los silbos extrañas inflexiones. A poco otros silbos, lejanos, respondieron a los de Autacuperche y se extendieron de montaña a montaña, por encima de los valles, hasta el último confín de la Isla.

Autacuperche había, así, lanzado su proclama de lucha y de victoria al conocimiento de las tribus. Con ello cumplía un mandato de sus leyes ancestrales por las que todo hombre que luchara con otro en despojado y le venciera habría de proclamarlo al instante.

Sólo así sería honrado por victorioso, porque si callaba su acción, prueba era que quería ocultarla y, entonces, hacíase reo de asesinato: sobre de él caería, implacable, la sentencia terrible del aplastamiento de su cabeza entre dos grandes piedras.

CAPITULO III

LA TIERRA MALDITA

Al tiempo que ocurría el lance del Aseysele, entre el príncipe pastor y Fernán Peraza, Iballa, acompañada invariablemente por Ecchineá, se entretenía en coser algunas pieles, ya adobadas de antemano, con nervios de cabritillos, tan finos como hilos, sirviéndose de aguzados punzones de huesos. En cuclillas, sobre una estera de palma, dormitaba Ecchineá, en un rincón de la amplia sala excavada en la roca, e Iballa, afanosa, realizaba su labor, sentada sobre un pequeño estrado formado por piedras planas y pulidas sobre las cuales estaban extendidas algunas pieles de cabra, a modo de cobertura.

Esta cueva no era la única pieza del amplio palacio de los jefes de la tribu de Arure, pero sí la principal, ya que en ella estaba la cocina formada por piedras, llamadas teniques, colocadas en círculo dentro del cual se quemaba la leña y se hacía el fuego, cuyas llamas lamían ventrudas ánforas de barro. Hasta una veintena de cuevas, que, generación tras generación, habían sido excavadas con picaderas de piedra pulimentada en la dura roca que formaba el escarpe de Guajedum, unidas por galerías y pasadizos subterráneos, constituían el conjunto troglodítico donde habían vivido siempre los jefes de la tribu de Arure. Unas eran aposentos para dormir; otras almacenes, o silos, para guardar los granos; algunas simples acarraderos para el ganado. Pero la principal era aquella donde estaba la cocina, porque allí era el lugar de reunión de la familia entre sí, o con parientes y amigos, o estancia para las deliberaciones sobre los problemas de la tribu y sitio para el yantar, siempre pausado y ceremonioso, cuando se exten-

dían sobre el suelo las esteras, y el jefe de la familia sacaba los trozos hirvientes de carne de cabra, o de cerdo salvaje, e iba repartiendo en el gánigo de cada cual la ración apetecida y luego vertía el gofio en el caldo grasiento, amasándolo en una amplia batea, que, colocada en el centro del corro que formaba la familia, de ella iban cogiendo con las manos porciones que llamaban pellas.

Aunque el sol había comenzado a declinar hacia el poniente, Iballa no esperaba a su padre, Pablo Hapalupa, ya un viejo setentón, pero entero y aún brioso y montaraz, de nobles rasgos y cuerpo gigantesco, hasta ya anochecido, porque aquel día había tenido que ir hasta ciertos egidos que tenía más allá del poblado de Arure, algo distante de Guajedum.

De pronto Iballa suspendió su labor y se quedó atentamente escuchando. Algo también debió de oír Ecchinea, en cuanto, mirando fijamente a Iballa, abandonó su estática posición de adormilamiento y salió al umbral de las cuevas con objeto de oír mejor. Iballa la siguió y ambas mujeres quedaron atentas a un rumor de silbos lejanos que venían de la parte del Aseysele.

A medida que el silbar modulado y flexivo llegaba hasta ellas, los rostros, que en un principio no expresaban más que mera curiosidad, iban transfigurándose y contrayéndose con muecas de honda preocupación. Cuando terminaron los silbos ya Iballa estaba invadida por una total excitación que la hizo exclamar nerviosamente:

—¿Has oído, madre Ecchinea?

—Sí. El Príncipe Pastor ha luchado con un castellano y le ha vencido.

—¿Y sabes lo que ello significa?

—No creo que pueda ser causa para que se quebrara el gánigo de la paz.

—¡No! Eso ¡no! Sería la guerra con el Señor...!

—¡Bah! Después de todo, Autacuperche no ha



jurado el pacto y el castellano con el que ha peleado no será tan importante como para provocar las iras de Peraza —dijo Ecchinea tratando de calmar los temores de Iballa.

—¿Y si lo fuera? ¿Dónde yace el herido?

—En el Aseysele. ¿No has oído el pregón? Mas, ¿qué pretendes hacer, Iballa?

—Conjurar, en lo posible, este peligro que amenaza la tranquilidad de la Isla. ¿Si el vencido fuera el mismo Peraza? ¿No advertiste su querencia de visitar mis moradas cuando hablaba conmigo en el tagoror? El Aseysele está cerca. Vayamos tú y yo en socorro del herido.

Echó a andar presurosa y Ecchinea le siguió en silencio.

Poco tiempo tardaron en llegar al Aseysele porque el camino era cuesta abajo y ellas, a fuerza de transitarlo diariamente, lo conocían al dedillo. Cuando llegaron junto al herido, cuyo lugar donde estaba les fue fácil encontrar por la silueta destacada del caballo que permanecía junto a su amo, ya el valle estaba envuelto en penumbras; no obstante Iballa, que fue la primera en llegar junto a Peraza, le reconoció al instante y lanzando un grito entrecortado, volvió al encuentro de Ecchinea, que venía algo más retrasada.

—Ay, madre Ecchinea, tienes que curarle empleando todo tu saber.

—¿Le conoces?

—Sí: es el propio señor.

—¿Fernán Peraza.

—¡Sí...! dijo Iballa prolongando y casi musitando el monosílabo.—Su muerte será la desgracia de nuestro pueblo. La culpa caerá sobre todos nosotros y seremos reos, cuando menos, marcados con hierros de esclavitud. Perderemos la protección de los Reyes de Castilla y del Papa de Roma. Seremos malditos por todos los cristianos.

Ecchinea, asintiendo a lo que decía Iballa, corrió entonces y se postró junto al herido que aún respiraba, aunque lo hacía con cierta dificultad y como en estertores. Lo reconoció rápidamente y tomó una resolución segura: rasgó con energía un trozo de su propio traje y se lo dió a Iballa, ordenándole:

—Toma; restaña y contén con esta venda la sangre que fluye por esa herida de la frente. Volveré pronto.

Y se alejó hacia un pequeño otero en busca de unas yerbas medicinales que ella, aunque la penumbra era ya intensa, buscaría con solo el tacto porque su mano era experta y de tanto usarlas, las conocía con sólo tocarlas.

Iballa, arrodillándose junto a Peraza, comenzó a restañar la sangre que aún manaba de la gran herida que tenía en la frente, vendándole fuertemente en torno a la cabeza. Luego, con sumo cuidado, fue limpiándole el rostro, intensamente pálido, de los cuajaronos que lo cubrían: primero con temor y después con ternura creciente que iba aumentando al roce de su mano con la piel calenturienta del herido.

Cuando volvió Ecchinea, traía en sus manos un emplasto de yerbas machacadas que, por su olor fuertemente acre, denotaba que buena parte, en la confección del mismo, había tenido el latex lechoso de las euforbias. Era un sinapismo anticongestivo que Ecchinea, después de quitarle, con mucho trabajo, las recias botas montaraces, lo aplicó a la planta de los pies de Peraza y aguardó, paciente y segura, la acción de la medicina, que de allí a poco, comenzó a surtir efectos, porque la respiración del herido fue haciéndose más regular y sus facciones contraídas se tornaron más plácidas hasta que abrió los ojos e intentó hablar, lo cual, instintivamente, se lo impidió Iballa, tapándole la boca, con un gracioso gesto, con la palma de la mano. Entonces, Peraza, la reconoció y fijó en ella su mirada con harta complacencia.

* * *

Dejemos a las dos mujeres al cuidado de Peraza en el Aseysele y volvamos a las proximidades de las moradas de Iballa en Guajedum donde, subiendo lentamente la cuesta que a ellas conduce, advertimos la figura hercúlea y salvaje de Autacuperche que marcha con paso firme y pisada recia. Algunos hombres, con quienes se ha cruzado, intentan inquirirle sobre de su proclama, pero él rehuye toda conversación y sigue su camino. Ya cerca de las cuevas de Iballa, encuentra un grupo de doncellas que, al reconocerlo, lo saludan complacidas. Una de ellas le advierte:

—No vayas en busca de tu amada, porque no está ahora en sus moradas.

—¿Dónde está pues Iballa, siendo ya de noche?

—No sabemos— respondieron a coro las doncellas.

—Por la cuesta abajo la vimos marchar con Ecchinea demostrando premura.

—Quizá iba en tu busca, enterada de lo que acaba de ocurrirte en el Aseysele— dijo la que parecía más despabilada.

—Hay que ver, que valiente eres— terció una ingenua.

—Dejaros de bobadas y decidme donde fue Iballa —replicó impaciente Autacuperche— ¿Qué camino tomaron?

—Ya sabes que Iballa gusta de oír las predicciones de Ecchinea y habrá ido a la cueva donde la anciana acostumbra hacer sus augurios— volvió a intervenir la juiciosa.

—Puede que ese augurio se refiera a tí. —terció nuevamente la ingenua, añadiendo a renglón seguido: —No te vayas; Iballa volverá pronto; aguárdala aquí y mientras cántanos una de tus preciosas endechas. ¿No estás contento por tu victoria?

—Dejadme marchar— replicó malhumorado.

Mas cuando quiso hacerlo, se encontró rodeado de mucha gente que le pedía detalles de lo ocurrido en el Aseysele, máxime cuando, abriéndose paso entre todos, apareció el viejo Hupalupa quien, con toda su autoridad de Jefe de la tribu de Arure, exigía al príncipe pastor que relatara los pormenores de su gesta. En aquel momento regresaba a sus moradas, acompañado por su hijo, bastante más joven que Iballa y medio hermano de ésta por ser hijo de otra madre y aunque enterado, como todos cuando cualquier cosa que ocurriera toda la Isla hablaba con el lenguaje silbado, quería saber los detalles y las circunstancias de aquel hecho, ya que mucho le importaba por las consecuencias que de él pudieran derivarse. Así es que Autacuperche no tuvo más remedio que frenar sus ímpetus y, pese a sus ansias por ver a Iballa cuanto antes, permanecer frente a Hupalupa y en el centro de un amplio corro de curiosos y contar, con pelos y señales, su extraña aventura.

A medida que el Príncipe Pastor iba avanzando en su relato, la preocupación reflejábase en el rostro de Hupalupa. Sabía el viejo jefe de Arure, por su constante trato con los castellanos, la forma violenta en que estos reaccionarían y que, indudablemente, aunque sólo se tratara de un mero paje o escudero, el señor tomaría represalias. Ello provocaría un estado de tirantez entre éste y las tribus que pudiera acabar con la paz en la Isla. Cuando Autacuperche acabó de contar, la actitud de Pablo Hupalupa era extremadamente severa hacia aquel obstinado salvaje que pretendía ser su yerno y en una explosión de ira, ya bastante reconcentrada, le increpó violentamente:

—¡Maldito! ¿Tú sabes lo que has hecho?

—Sí lo sé. He obrado con arreglo a mis leyes; a las leyes de mis mayores a las cuales tú y otros como tú, habéis sido unos traidores.

—Serás la causa de la guerra.

—Mejor: al amparo de ella arrasaremos esa odia-

da Casa Fuerte y libramos a La Gomera de sus invasores, y ya que tú y otros como tú habéis acatado el bautismo y habéis antepuesto nombres cristianos a vuestros nombres ancestrales, id también a acatar el creciente poderío del Señor hasta que ponga hierros de esclavos en vuestras carnes; yo se que, por mi ley, no consentiré jamás el paso de un castellano por las tierras que sean de mi pertenencia.

Y diciendo ésto, Autacuperche, se deshizo del corro violentamente y de un salto ganó el camino y desapareció en la obscuridad.

Hubo un momento de silencio y de expectación al final del cual Hupalula preguntó por su hija Iballa.

—Debe estar con Ecchineia en la cueva de ésta —respondieron algunas voces.

Luego, tras una larga recapitación ordenó a su hijo: —Ve a nuestras moradas y trae zurrone con yantar. Iremos esta misma noche a la casa fuerte. Necesito conjurar este peligro hablándole a mi amigo el alcaide Bastián de Ocampo.

* * *

Desde que Fernán Peraza, gracias a las eficaces medicinas de Ecchineia, pudo recobrar alguna fuerza, las dos mujeres convinieron que era necesario trasladarle a lugar seguro y al abrigo de alguna cueva donde pudiera pasar la noche y reponerse totalmente bajo la acción benéfica de un profundo sueño. No lejos de allí, en lo alto de uno de los escarpes que bordean el Valle del Aseysele, estaban las cuevas de Ecchineia, y aunque ésta hacía mucho tiempo que moraba con Iballa, en las moradas de Guajedum, la saga había conservado intacta su vivienda con las características que siempre tuvo de auténtico antro de magia y así, para todos, constituía la sede oficial donde ella, casi a diario, realizaba la práctica de sus misteriosos oficios y sorprendentes augurios que el acon-

tecer, a o largo del tiempo, se encargaba de confirmar, aumentando el prestigio de esta extraordinaria mujer entre sus connaturales. Antro de magia y laboratorio de medicinas maravillosas que tenían el poder de arrancar a las garras de la muerte muchas vidas que no hubieran sido previamente desauciadas por la propia anciana.

Era el interior de la principal cueva de Ecchinea, un abigarrado conjunto de objetos raros y misteriosos colocados en hornacinas, sobre muretes de piedra y en el propio suelo. Pero entre todos ellos había uno que, sin denotar ninguna importancia exterior, puesto que era un vulgar cofre de cuero de reducidas dimensiones, aunque de factura antiquísima, tenía toda la predilección de su dueña. Nadie, que no fuera la misma saga, sabía lo que encerraba y sólo una vez tuvo la confianza con Iballa de advertirle que aquel cofre contenía el gran sortilegio que revolucionaría al mundo, prometiéndole que cuando ella sintiera próximo el fin de sus días, si antes no comparecía la persona a quien debería entregarlo, le revelaría a ella el secreto y le entregaría el cofre, como ella lo había recibido de su madre, y ésta de su abuela y, así, de generación en generación hasta inmemoriales tempos atrás: porque Ecchinea procedía de una vieja estirpe de sacerdotisas extinguidas en la isla desde que el cristianismo cobró adeptos en ella.

Apoyado sobre los fuertes, los redondeados y a la vez, suaves y cálidos hombros de la gentil princesa de Arure, con mucha fatiga y lenta y trabajosamente, caminaba Peraza y ascendía por la enriscada vereda que conducía a la cueva de Ecchinea; ésta con una mano tiraba de las bridas del caballo, que docilmente marchaba tras el grupo, y con la otra ayudaba a sostener al herido en su vacilante y trabajoso andar.

Con su maltrecho cuerpo, Peraza fue depositado por Iballa en un lecho cubierto de pieles, mientras

Ecchinea quedó en el umbral entretenida en atar el caballo en las ramas de un arbusto. Una vez que Don Fernán estuvo acomodado Iballa hizo ademán de marcharse, cosa que le impidió aquél, cogiéndola de la mano, a la vez que le decía:

—Así, que en proverbio castellano, no hay mal que por bien no venga, ved que el mal de mis heridas se ha trocado en el bien de...

—Si no perdierais resuello con el habla sanaríais más pronto— le atajó Iballa.

—Deseaba hablarte. Para mí era una obsesión verte otra vez a pesar de tu prohibición. Ya ves a cuanto me he expuesto por hacerlo. ¡No te vayas!

—Callaos, señor; no os exaltéis. Esta noche permaneceréis aquí al cuidado de Ecchinea y mañana estaréis en condiciones de marchar a vuestra casa fuerte bien temprano. ¡Pensad que si os echaran de menos en la torre!...

—En mi morada permaneceréis seguro— interrumpió Ecchinea trayendo en un pequeño gánigo una pócima soporífera —Tomad esta medicina: recobraréis la fuerza durante la noche con el sueño.

Peraza obedeció e ingirió, obediente, el contenido del gánigo que a poco comenzó a obrar su efecto haciéndole caer en un sopor aunque sin cesar de repetir:

—Quiero hablarte, Iballa...! Prométeme que no te irás...!

Entonces Ecchinea apagó la luz de una torcida de lana grasienta que ardía en un plato de barro y la cueva quedó en una suave penumbra, ya que la luna, alta sobre las cumbres, metía sus reflejos por los umbrales. Peraza dormía profundamente e Iballa se dispuso a marchar; mas parecía que no se decidía a ello, mirando hacia el interior de la cueva como si sintiera un gran pesar en irse, por lo que Ecchinea le dijo resueltamente:

—Parece que no quieres marcharte. En ti hay

más interés por ese hombre que el que debes sentir por que sane de sus heridas.

—¡Sí!— contestó Iballa —A tí no te lo puedo negar.

—¿Le amas?

—¡Sí!

—¿Desde cuándo?

—Desde la única vez que lo he visto, antes de ahora, en el consejo de las tribus para el pacto de la paz. Su figura quedó dentro de mí desde aquel día.

—¿Y Autacuperche?

—¡No le amo! No le he amado nunca, Ecchinea. Su amor me ha sido impuesto por la conveniencia de la tribu.

—Sí: pero tu no puedes ante la tribu...

—Todo lo que vas a decirme lo sé, sobradamente lo sé. Mi padre... Soy la hija del jefe de la tribu de Arure, soy en realidad la jefe de la tribu. Por eso es necesario que me vaya cuanto antes. Quizá tú, que todo lo puedes, podrás darme algún filtro que contrarreste estas ansias y esta afición que tengo metida dentro de mí por ese hombre.

Cuando Iballa se dispuso a tomar el camino de regreso a Guajedum, sintió pisadas cercanas que le hicieron retroceder hacia donde estaba Ecchinea que permanecía en el umbral, a la vez que, iluminada por la luna, surgió la figura hercúlea de Autacuperche parado junto al caballo de Peraza.

—¡Autacuperche!— dijo Iballa, en voz baja a Ecchinea.

—Sí. Viene hacia aquí— confirmó la saga— Aún hay tiempo: ven, escóndete en la cueva.

—¡No!— respondió resueltamente Iballa —¡Sería una cobardía! Afrontaré esta situación.

El mozo, entonces, descubrió a Iballa y se fue directamente hacia ella mientras le decía irónicamente:

—¿Necesitabas el caballo de un castellano para el augurio que iba a hacerte Ecchinea?

—Ese caballo— contestó Iballa, siguiendo la ironía— Es tuyo porque te pertenece por derecho de victoria.

—¿Oíste mi pregón?

—Sí. Como cualquier jefe de tribu. Como cualquiera en la isla. Todos lo sabrán ya.

—No me importa. Era un paje de la casa fuerte que quería pasar por mis tierras sin permiso... Sentí celos: ¡quería llegar a tus moradas...!

—Pues ven— dijo Iballa, tomando un hachón que Ecchineia había encendido en el umbral, mientras conducía a Autacuperche junto al lecho donde dormía Peraza.

—Mira, aquí ha terminado mi obra y la de Ecchineia. Tú, ahora, completa la tuya: ve a buscar tu banot y acaba de matar a Fernán Peraza; al señor con el que las tribus han hecho un pacto de paz.

—Me mintió, dijo ser un correo del señor.

—¿Y un correo del señor no es tan sagrado como el mismo señor? Estás maldito ante las tribus.

—Tu padre ha sido el primero que me ha maldicho, no hace mucho, pero no me importa. No me importa la maldición de toda la isla, si eres tú, Iballa, la única que no me maldices.

—Yo también te maldigo.

—Pero, ¿no eres tú mi amada? ¿No eres tú la que yo amo más que a mis cabras, mi caramillo y mi banot?

—Desde ahora no. Iballa, la hija del jefe de la tribu de Arure, no podrá desposarse con quien ella misma ha juzgado tan por debajo del hombre de bien.

—Yo lancé mi pregón. Tú misma lo has oído.

—Eso está bien para ti, que sigues aferrado a nuestras viejas costumbres. Pero no para mí, que ya te he calificado para siempre.

—¿No me amas?

—No. Vete.

Con razón decía Bastián de Ocampo que Auta-

cuperche era, ante Iballa, como un mastín ante su amo, aquietada su fiereza por la mano del mismo, cuando el mozo, asaz montaraz y salvaje, quedó pesaroso y, andando lentamente, con gesto y actitud de terrible aplanamiento, cruzó el umbral de la cueva sin intentar reaccionar con violencia. Sólo, al salir, Iballa le oyó decir, con voz entrecortada y ronca:

—Desde hoy abandonaré el Aseysele. Iré con mis cabras a la cumbre. Viviré en la cima del Roque de Agando. Quieran nuestros dioses que no me necesites alguna vez.

Cuando las dos mujeres quedaron solas, hubo un largo silencio entre ambas al que puso fin Ecchinea preguntando a Iballa:

—¿Te vas?

—¡No! Me quedaré contigo; juntas velaremos el sueño del herido.

Despuntaba el alba con trinos de capirotos, mirlos y verderones, con arrullos de tórtolas entre los cedros cuando Peraza despertó de su profundo sueño, encontrándose aliviado en gran parte; aunque bastante molido de huesos y coyunturas, con energías suficientes para incorporarse y sentarse sobre las pieles que le sirvieron de cama.

Tan pronto como le sintiera rebullir, Ecchinea fue presurosa a su lado, preguntándole solícita:

—¿Habéis descansado? Creo que ya habéis sanado por completo.

—Sí. Tus medicinas son milagrosas. Mas dime quién eres. Creo haberte visto en el tagoror de la paz, junto a Iballa.

—Me llamo Ecchinea. Madre Ecchinea me dicen todos los naturales de la isla.

—¡Ecchinea! ¡Ahora comprendo cómo he podido sanar tan aprisa. ¡Los siervos y criados de mi casa te nombran con respeto!

—Tomad vuestras botas e id calzándoos entretanto voy a la cocina a traer una tisana confortan-

te que os tengo preparada. Pero daos prisa en vestiros: en la casa fuerte habrán notado vuestra ausencia y es necesario que lleguéis a ella cuanto antes.

Peraza comenzó a vestirse rápidamente, acuciado por la observación de Ecchinea, mas, de pronto, quedó pensativo, tratando de coordinar y de ordenar sus ideas, extrayendo de su conciencia todas las impresiones percibidas desde la tarde antes en su lucha con Autacuperche y a través de la noche en que fuera socorrido por las dos mujeres. Entonces, anulándolo todo, surgió en su mente el recuerdo de la figura de Iballa, de tal manera, que cuando Ecchinea volvió trayendo la olorosa tisana en un cuenco de barro, lo encontró nervioso y anhelante.

—¿Qué os pasa señor? Os encuentro, ahora, más agitado. Tomaros esta agua, en la que he cocido aromáticas yerbas de nuestros campos, que os confortará y aquietará vuestros nervios.

A pequeños sorbos, por estar humeando, iba Peraza bebiendo la tisana mientras Ecchinea le instaba.

—Daos prisa. Debéis partir.

—Tienes razón. Pero dime: ¿dónde está Iballa? Necesito ver a Iballa de nuevo. Quiero hablar con ella antes de partir. Ve a buscarla; aguardaré todo lo que sea necesario. No me importa la incertidumbre de mi gente en el castillo.

—No es necesario que aguardéis.

—¿Por qué?

—Porque la princesa ha velado vuestro sueño. ¡Fijaos en esas pieles...!

Ecchinea señalaba hacia un ángulo de la cueva en el que había un montón de pieles arrebujadas de donde salían unas risas entrecortadas, al tiempo que surgió de ellas la gentil figura de la hermosa Iballa. Tras un momento de perplejidad, Peraza fue hacia ella y asiéndola por las manos la trajo hacia sí, mientras le decía:

—Tenía que decirte muchas cosas y ahora, todas

se me han olvidado. Sólo una persiste en mi entendimiento dominando todo mi ser. ¡Te amo!

Ante aquella explosiva declaración de Peraza hubo sólo un instante de mutismo. Aquella flor salvaje no necesitaba, ni exigía, como las remilgadas damiselas cortesananas, los largos circunloquios amorosos. Ella era la mujer bravía, hecha de realidades naturales y espontáneas en los sentimientos de su sexo y una vez decidida a aceptar el requiebro del hombre que había elegido, como lo había decidido aquella noche, contestó a Peraza, lisa y llanamente, sin pedir garantías:

—Yo también os amo.

Iba a iniciarse un idilio entre los dos amantes, cuando Ecchinea lo cortó secamente, recordando a Peraza la premura con que debía ponerse en camino de la Casa Fuerte y añadiendo una razón de mucho peso, tanto en la cultura cristiana como en la bárbara de los gomeros:

—Es necesario que os marchéis: si os vieran aquí no quedaría bien parada la reputación de Iballa.

—Tenéis razón— Asintió Peraza, mientras Ecchinea fue presurosa a traerle el caballo hasta el umbral.

—Todas las tardes subiré a la degollada que domina el Aseysele, ¿me aguardarás allí, Iballa?

—¡Sí!; desde allí se divisa también la torre del señor: cuando no podáis subir, pensad siempre que mis ojos estarán fijos en vos.

Iba a cabalgar Peraza, cuando, no sin un gesto de contrariedad de Ecchinea, se arrepintió de hacerlo y prefirió ir un trecho a pie llevando el caballo de las riendas. Iballa, comprendiendo su intención de proseguir algunos instantes más juntos a ella, se deslizó a su lado y le acompañó hasta un bosquecillo de brezos, distante de la cueva un tiro de piedra, entre cuyos árboles quedaron los dos amantes medio ocultos y, ante lo inevitable, Ecchinea subió a una roca próxima, desde donde dominaba todas las vere-

das, atisbando el paso inoportuno de algún intruso.

—Decidme, señor: ¿Crees tú que será duradero nuestro amor? —dijo Iballa mientras se recostaba, graciosamente, sobre el follaje lustroso de un acebiño.

—No lo dudes. Puede que ayer no lo pensara así, he de ser franco y leal, pero a partir de esta mañana, desde ahora mismo, me he jurado hacerte mi esposa. De este cariño nuestro surgirá la felicidad de la Isla. Nuestra unión será el símbolo y el ejemplo para la unión de tu raza y la mía. Entonces ya no hará falta el gánigo de la paz. Ven, sellemos tu y yo, nuestro pacto de amor.

Del follaje lustroso del acebiño pasó Iballa a los brazos de Peraza y ceñidos los cuerpos, apretados los rostros, se buscaron los labios ardorosamente. Luego Peraza cabalgó de un salto y puso su caballo al galope a la vez que decía:

—¡Hasta mañana a la tarde en la degollada...!

Así le vió partir la flor salvaje, con la intención de toda su felicidad puesta en el brazo y la mano que agitaba en alto, ocultándose y apareciendo por las revueltas del camino, por los calveros y los matorrales de la laurisilva, entre el alegre repiquetear de los cascos del caballo en el pedregal del sendero.

Mientras todo esto ocurría, Ecchinea, con creciente sobresalto porque al principio creyó que atañía a la reputación de Iballa, se dió cuenta de que la isla silbaba por entero de montaña a montaña, de valle a valle; los naturales se estaban comunicando algo importante y desusado. Ella no había visto cruzar por las veredas a ningún inoportuno viandante mientras la princesa estaba con el señor en el bosquecillo de brezos; por ésto puso mucho cuidado en entender lo que los silbos decían, lo que también pudo comprobar por sus propios ojos, aunque después fuera a ocultarse rápidamente, como si intentara librarse de un daño, presa de un gran sobresalto.

Cuando Iballa regresó a la cueva, la saga la recibió erguida y sentenciosa.

—¡Jamás! ¡Jamás! Tendrás que matar ese amor recién nacido. ¡Escucha lo que dicen los silbos...! ¡La Tierra Maldita...! ¡Cuando Peraza y tú os besabais apareció la Tierra Maldita...! Tu amor está tocado del maleficio de la Tierra Maldita! Horror y sangre serán esos amores. Puesto que más daño no podrá hacerte su presencia sube a lo alto de la roca que está junto al umbral y contéplala, allá en el lugar en que el cielo parece juntarse con el mar.

Con todo el regusto de la felicidad que había gozado hacía un instante completamente derrumbado, subió Iballa a lo alto de la roca que le indicó Ecchi-nea y, con mirada vacilante, buscó en la lejanía del mar, hacia el Suroeste de la Gomera, la fatídica aparición y, en efecto, allí estaba, tétrica y amenazante, una isla intensamente negra, brutalmente abrupta. Una isla desconocida, a la que nadie había podido arribar y que, como un descomunal navío, parecía flotar en el océano, acercándose y alejándose a intervalos, derivando hacia los diferentes puntos de la rosa de los vientos.

La Tierra Maldita: que aparecía en ciertos momentos, sin que tuviera ni periodos ni época fija para hacerlo, desde tiempo inmemorial, poniendo pavor en todos los naturales porque la tradición lo decía y la experiencia lo había confirmado siempre, que sus apariciones eran los fatales augurios de las mayores calamidades en la isla.

La isla negra y tétrica a cuya vista se ocultaba toda la gente para evitar el influjo de su dañino maleficio.

CAPITULO IV
UNA NAVE REALENGA

Cuando Peraza desandaba el camino que habría de conducirle hasta la casa fuerte, una de las veces que miró hacia el mar, también vió la Isla misteriosa por primera vez, aunque había oído hablar mucho de ella. Entonces paró el caballo y permaneció largo rato contemplándola con gran curiosidad. San Borondón, dijo para sus adentros; mientras hacía marchar de nuevo el caballo acuciado por la necesidad de llegar pronto a la torre. Un poco más adelante encontró un grupo de pastores que temblaban, agazapados tras un peñasco, por ocultarse del maleficio de la isla y oyoles mascullar:

—¡La Tierra Maldita!

Así llegó a la conclusión, razonando en su fuero interno, que, mientras para él y los suyos, atendiendo a una vieja tradición cristiana, aquella isla incógnita era una tierra misteriosa y esquiva pero santificada por uno de aquellos santos navegantes irlandeses, San Borondón o San Brandano, para los naturales era la tierra maldita porque sus apariciones extemporáneas suponían augurios de calamidades.

Así cayó en la cuenta del sentido opuesto de los suyos y el de sus vasallos; del antagonismo de las dos razas. Mas en aquel momento rememoró a Iballa y comprendió, con toda razón y lógica, que la clave para acabar con aquella antinomia estaba en ella; estaba en su matrimonio con aquella maravillosa flor salvaje y acabó riéndose de sí mismo; pensando cómo el destino jugaba con las intenciones de los hombres: había salido de la casa fuerte deseando iniciar unos amoríos que él sólo pretendía culminar en un concubinato y, ahora, volvía a la misma casa fuerte, consi-

derando llevar a cabo su matrimonio con Iballa, cuando trocado en puro, al influjo de los hechos, el amor malsano, al mismo estaba unido una poderosísima razón de estado: él, el señor feudal de la isla y ella, la hija del jefe de la tribu más prestigiosa de su señorío.

De estas cavilaciones vino a sacarle, ya bastante cerca de la Casa Fuerte, una parada en seco, seguida de un encabritamiento de su caballo. Un natural, ya viejo, y otro, mucho más joven, casi un niño, se plantaron en su camino, aunque sin producirle mayor preocupación ya que advirtió la actitud sumisa de ambos aborígenes. Estos eran Pablo Hupalupa y su hijo, que habiendo llegado a las inmediaciones de la Casa Fuerte cuando todavía era de noche —tal era el interés que el primero sentía y la prisa que se daba en su querencia de parar el conflicto que temía por el suceso del Aseysele— aguardaban, sentados a la vera del camino, a que avanzara un tanto la mañana para entrevistarse con el Alcaide Bastián de Ocampo. Así estaban cuando oyeron las pisadas del caballo y descubrieron, cabalgando, a Fernán Peraza y aunque no lo conocían, porque ninguno de los dos estuvieron en el tagoror de la paz, por el detalle de taer una venda ceñida sobre la frente, bajo el birretillo que le cubría la cabeza, dedujeron que se trataba de la víctima de Autacuperche y, entonces, le vino a Hupalupa parte del alma al cuerpo al comprobar que el furor de aquel bárbaro no había sido lo suficiente para arrancarle la vida a su contricante en la lucha y que alguien había mitigado el daño curándole caritativamente, sin sospechar que este buen oficio fuera realizado por su propia hija y la saga Ecchineia.

Cuando Hupalupa estuvo junto al arzón del caballo se atrevió a exclamar en tono quejumbroso.

—¡Ya veo que habéis salido con bien de la aventura de ayer tarde y que una mano piadosa os curó vuestras heridas...!

—¿Cómo lo sabes?

—La Isla entera lo sabe. Toda la isla lo ha silbado. No provoquéis las iras del señor contándole lo sucedido. Mañana las tribus juzgarán a Autacuperche y le castigarán merecidamente. Las tribus saben que un correo del señor es tan sagrado como este mismo.

—¿Quién eres tú, que tan cierto estás de lo que harán las tribus?

—Soy Pablo Hupalupa, el jefe de la tribu de Arure.

—¿Tú eres, pues, el padre de Iballa?

—Sí.

—Yo no soy el correo del señor; soy el propio señor, Don Fernán Peraza de Ayala, quien sabe de tu lealtad a mi casa.

—¿Vos, señor, fuisteis la víctima de aquel salvaje?

—No fui su víctima. Luchamos frente a frente como hombres. El me venció. Por eso no quiero que se le castigue. Ecchineá y tu hija Iballa me han salvado la vida. Ven; sigue hasta la Casa Fuerte, tengo que hablar mucho contigo, sosegadamente. ¿Quién es ese muchacho que te acompaña?

—Mi hijo, señor, medio hermano de Iballa.

—Pues hartos que me place poderos convidar hoy a mi mesa. Id en derechura a la torre. Os brindaré mi hospitalidad. Sé que eres gran amigo de mi alcaide Bastián de Ocampo, no le cuentes, ni a este, ni a ningún castellano de mi servicio, mi aventura en el Aseysele.

—Quizá la sepan ya. Como os decía, toda la isla la ha silbado, aunque creyendo que sólo se trataba de un correo vuestro.

—Por eso urge que yo me persone en la torre. Hasta luego.

Picó espuelas y partió a todo golpe tratando de salvar, lo más rápido posible, la corta distancia que le separaba de la Casa Fuerte. Cuando Peraza irrumpió en el patio de armas, encontró a su gente bastante

levantisca: Bastián, que entendía el lenguaje silbado de los gomeros, había recogido la noticia y, como era su obligación, fue a la cámara del señor para enterarle de lo sucedido; estuvo buen rato aporreando la puerta y al notar que el señor no respondía, le inquirió al escudero de éste el cual juró y perjuró, en principio, que el señor le había encargado que por nada ni por nadie se le molestara durante la noche. Bastante desasosegado Bastián, permaneció en vela, aguardando ver al señor en la primera hora de la mañana y sea porque la noticia había llegado por otro conducto al escudero, o porque este viendo el desasosiego del alcaide, decidió quebrantar su juramento, cuando Bastián, ya pasada la madrugada volvió a la puerta de la cámara de Peraza. Entonces, enterado de que no había sido un simple correo, un paje o un soldado, el agredido, sino el mismísimo señor, lanzó la alarma a toda la Casa Fuerte haciendo sonar en arrebató el gran esquilon que colgaba en lo más alto de la torre. Al punto concurrió la capitania de los pardillos y ya corrían a los armeros a buscar sus ballestas cuando quedaron en supenso por las voces que les daba el propio Peraza.

—¡Teneos que nada ocurre!

—Señor—le gritó Bastián, cuando le divisó desde el adarve—Ibamos a salir en vuestra busca decididos a encontraros vivo o muerto y castigar duramente tanta osadía.

—Nada ha ocurrido Bastián.

—La isla, desde ayer tarde y a lo largo de la noche, no ha cesado de silbar.

—Sí, es verdad; pero los hechos no han sido como los silban.

—¿Y esa venda que traéis en la frente?

—Tirome el caballo en un descuido y me herí al caer sobre unas piedras, de tal modo, que llegué a perder el sentido. Unos pastores me recogieron y, amorosamente, me llevaron a su cueva y, con yerbas



me curaron y me vendaron la herida con esta tira de fina cabritilla adobada, haciéndome permanecer en la morada hasta el despuntar de la aurora. Alguien, mal informado, lanzó un pregón equivocado. Tan equivocado estaba el tal pregón —decía riendo a carcajadas— que hubo de confundir mi persona con un correo de la Casa Fuerte.

Ante las explicaciones de Peraza la gente se fue quietando y, los que las habían cogido, dejaron las armas en el armero. Sólo quedaban algunos pardillos y Bastián de Ocampo que, después de torcer un gesto irónico, había bajado al patio de armas a recibir a su señor, cuando, en la ancha portalada del mismo, apareció la figura exótica y corpulenta del viejo Hupalupa acompañado de su hijo. Peraza le recibió con alborozo y, recomendándolo a Bastián, le dijo muy alto para que todos lo oyeran:

—Quiero que les trates con la mayor cortesía. Hoy el jefe de la tribu de Arure y su hijo son mis huéspedes. Dí al mayordomo que ponga en mi mesa plato y cubierto para ambos.

* * *

Desde aquel accidentado, pero, al final, dulce idilio inicial de Fernán Peraza con Iballa, éstos menudearon en el transcurso de muchas semanas en las que, día a día, se sucedían las amorosas entrevistas en la degollada donde, desde aquel inicio, se citaran.

A media tarde Peraza cabalgaba por la cuesta de la Degollada y en ella ya le esperaba Iballa que, ahora, se hacía acompañar por alguna parienta o criada de su casa porque Ecchine se había negado a hacerlo. El lugar era idílico y ambos enamorados se retiraban a la sombra de un copudo cedro entre cuyo follaje la brisa del alisio cantaba como un órgano en sus más suaves registros.

Como Autacuperche cumplió su resolución de

ausentarse del Aseysele, permaneciendo desterrado voluntariamente con sus cabras en aquel escabroso y casi inaccesible Roque de Agando al verse enteramente repudiado por Iballa y como por otra parte, ésta, cuando su padre volvió de la Casa Fuerte, después de haberse sentado a la mesa del señor, habiéndole éste expuesto sus proyectos de casamiento, le había manifestado toda su complacencia y hasta el orgullo que sentiría toda la tribu al ver a la hija de su jefe elevada al alto rango de señora de La Gomera, acreciendo así la ya notoria preponderancia de los de Arure sobre todas las demás tribus, todo el porvenir amoroso de Iballa quedaba despejado y diáfano por la parte de los de su raza y teniendo las seguridades de Fernán de que por la suya también estaba claro el horizonte, de las conveniencias del linaje y los teneres, ante la poderosa razón de estado que ella representaba, la hermosa Flor Salvaje se encontraba pletórica de felicidad dándose de continuo, tanto a solas como cuando hablaba con su amado, a construir bellos castillos de ilusiones en lo cual no era menos diestro Fernán Peraza. Así en los largos idilios de la degollada, a la sombra del corpulento cedro, todo se les iba en proyectos y conjeturas para un mañana que se prometían muy feliz.

Después de sus esponsales, Don Fernán la llevaría a la Casa Fuerte haciéndola entrar con todos los honores de ama y señora; la colmaría de joyas y brocados que acrecentarían su natural belleza; le pondría preceptores para que la iniciaran en humanidades y le enseñaran las buenas formas cortesanas. Un buen día vendría a buscarlos el carabelón de sus padres, los Marqueses de Lanzarote y en él embarcarían para llevar a cabo un largo viaje de ensueño: primeramente a la villa de Teguisse para recibir la bendición de sus padres Doña Inés Peraza y Don Diego García de Herrera y conocer a todos los deudos de su casa; después irían a Sevilla y se alojarían en el palacio de su

noble pariente el Conde de Niebla, el magnate más poderoso de Andalucía, y correrían la rieta ribera del Guadalquivir cabalgando en briosos potros jerezanos, o asistirían a las sonadas cacerías que el conde solía organizar en sus dilatados cotos. Más tarde llegarían a la corte de los reyes, donde Fernán la presentaría como la legítima señora de la Gomera y el Hierro y rabiarian las damas palaciegas contemplando la simpar belleza de Iballa. Después, ya de regreso a la Gomera, se dedicarían al mejor gobierno del señorío, ejercitándose en la más estricta justicia, en el acrecentamiento de las riquezas de la isla, trayendo semillas, gente experta en labrantíos y animales de los más puros castíos, y por lo primero haciendo repartimientos de tierras y aguas con la mayor equidad y amojonando las heredades para que no hubiera más desaveniencias entre los naturales. Quizá para este tiempo ya tendrían un nene que sería el compendio de ambos: rubio y fuerte, con la fortaleza semisalvaje de su madre y las maneras refinadas y caballerescas de su padre; desde muy joven montaría graciosamente una nerviosa jaca enana y manejaría la ballesta ejercitándose en clavar dardos en los rugosos troncos de los cedros y acompañaría al viejo Bastián en sus correrías y éste le enseñaría a manejar la espada y las diversas esgrimas; también iría a convivir algún tiempo con el abuelo Hupalupa quien le iniciaría en las buenas y primitivas costumbres de los naturales y en los secretos del manejo del banot, y de él aprendería el lenguaje silbado de los gomeros, la noble y diestra lucha canaria y la esgrima del palo y de las piedras. Quién sabe, pensaba Iballa, si fuera su maestro el mismísimo Autacuperche, ya curado por el tiempo de su despecho y ganado por la gracia y donosura del infante. Así pasaban las horas muertas los amantes, arrullándose, tiernamente, a la sombra de aquel copudo y bastante achaparrado cedro, hasta que los gritos y silbos de los pastores, recogiendo sus ganados en los

acarraderos, les advertían de la inminencia de la noche y, por ello, de la necesidad de interrumpir el idilio hasta la tarde siguiente en la que ella bajaría nuevamente desde Guajedun a la degollada, para desde allí aguardar la llegada de Peraza viéndole subir presuroso la cuesta, caballero en su fogoso alazán.

Sólo había una pequeña sombra que, a veces, como un temor lejano, como una ráfaga de sobresalto, venía a oscurecer la radiante felicidad de Iballa. Era ésta el terrible vaticinio de Ecchinea hecho ante la aparición de la Tierra Maldita, cuando ella y Peraza sellaban su pacto de amor con aquel delicioso primer beso. Desde entonces una muralla se había levantado entre la anciana hechicera y su protegida y aunque Ecchinea continuaba habitando en las moradas de Iballa, permanecía allí sólo de una manera pasiva: sentada en un rincón, en su característica posición en cucullas, como semiadormilada, como queriendo no ver y viendo, atisbando todas las vueltas de Iballa, lo que hacía que los nervios de ésta se alteraran y su alma se inundara muchas veces de pesadumbre, haciéndole caer en un pesimista ensimismamiento.

Iballa no había querido contarle nada de esto a Peraza, pero un día, en que llena de pesimismo, miraba fijamente hacia el horizonte, como traspuesta, sin atender a cuanto le decía su amado, ella, ante la insistencia de Peraza por saber lo que le ocurría, no tuvo más remedio que referirle la incidencia con Ecchinea y el terrible vaticinio de la saga. Entonces, Peraza, rió de buena gana y aquella risa fue como un bálsamo confortante para su alma, disipándole muchos temores, máxime cuando él le explicó que todo era una superchería y que aquella tierra, entre los castellanos, era, para unos, cierta isla que había santificado cierto santo irlandés llamado Borondón o Blandano, por lo que no tenía nada de maldita, y para otros, la gran Isla Antiglia o de las Siete Ciudades, en cada una de las cuales estaba la sede de otros

tantos obispos. Sí; en verdad que eran misteriosas sus apariciones, pero éstas constituían el aliciente de uno de sus grandes deseos: organizar una expedición de descubierta a esa Isla y acabar con ese misterio que la hacía inaccesible, por lo que la llamaban la Octava, entre las siete Islas Canarias, o La Aprósita, o la Desconocida.

* * *

Si por un momento dejamos la Isla de La Gomera y nos trasladamos al alta mar, en una porción de Océano Atlántico próxima a la que ocupa el Archipiélago Canario y en la ruta de Castilla, mejor dicho de Palos de Moguer, que es el puerto de donde parten todas las expediciones castellanas a ultramar, veremos una nave de mediado porte, iluminada por el sol poniente, que, con sus velas desplegadas lucha con mar gruesa de proa. Si penetramos en la cámara situada bajo el castillo de popa, al tiempo que el contramaestre está encendiendo los candiles de aceite, con los que se ilumina, observaremos la presencia de un corto número de personas que, por sus atuendos y vestimentas, parecen ser de gran calidad.

La más destacada de estas personas es un arrogante caballero de mediana edad, si bien de cuidada barba y nobles facciones que, por vestir juboncillo de guerra, aprestado para recibir la armadura, y ceñir tahalí al cinto para descomunal espada, parece hombre de armas distinguido; se llama Don Juan Rejón y es caballero toledano de gran privanza real. Próxima a él está su esposa, Doña Elvira de Sotomayor, dama de buen ver, aunque algo ajada por los muchos sinsabores sufridos, que tiene en su regazo a su hijo: un niño de unos dos años de edad, que, por su rostro pálido y desencajado, parece estar sufriendo una grave dolencia. Otras dos personas componen este cuadro: el uno es un hombrecillo calvo y nervioso, que

por sus modales harto engolados muestra bien a las claras ser un producto de la universidad salmantina, y que no es otro que el físico con quien solían hacerse acompañar todos los caballeros capitanes de empresas de guerras dilatadas y trabajosas; el otro, que responde al nombre de Don Luis Aguilar y que tiene bordadas en el jubón los emblemas reales del yugo y las flechas y el lema de tanto monta, es el personero de *Sus Altezas*, por lo que venimos a sacar en consecuencia que esta empresa que capitanea y dirige Don Juan Rejón es de las llamadas realengas y, además, de no muy poca monta, ya que, si recorremos la nao de punta a punta y bajamos desde las cubiertas a las calas, veremos cómo por todo lugar libre de la maniobra marinera, ranchos y sollados, se hacina la soldadesca, por cierto no muy bien parada de salud y ánimos, y en el fondo de las bodegas, junto con matalotaje de armas y pertrechos, hay hasta una veintena de corceles de guerra de pura sangre.

Al tiempo que volvemos a la cámara de popa, el físico está reconociendo al pequeño hijo de Rejón y tratando de dar su diagnóstico.

—No hay duda —dice— el escorbuto se presenta con todos sus síntomas. Sólo en tierra podría sanar este niño.

En este punto se ha abierto una de las puertas de la cámara, interrumpiendo al físico en los comienzos del culterano discurso que sobre la enfermedad que acaba de descubrir iba a dar y ha penetrado, con rudeza de mareante, el maese de la nave que, como todas las tardes, venía a dar el parte de bitácora.

—Navegamos próximo a las Islas Canarias. El viento nos ha empujado sobre el Sudeste, lo que hará que vayamos a surgir en La Gomera en lugar de en la Isla de La Palma directamente, como habíamos pensado. Mañana al amanecer avistaremos la Isla de Gran Canaria a estribor y la de Tenerife a babor; hacia el mediodía estaremos cerca de La Gomera.

—¿Y La Palma?— preguntó Doña Elvira.

—De continuar este tiempo, tardaremos unos tres días en darle alcance. Según la ruta que ahora llevamos, para arribar a La Palma, tenemos que remontar la Isla de Tenerife por su Suroeste, pasando entre ella y La Gomera y el viento aquí nos soplará de proa haciéndonos poner la nave a su través para barloventar hasta lo infinito.

—Podríamos hacer escala en la Gomera— se atrevió a insinuar Doña Elvira.

—¡O en Tenerife, quizá...!

—En ninguna de las dos Islas —terció enérgico Rejón— Tenerife está sin conquistar y harto avisados están sus belicosos naturales para aniquilar cuanta gente intente poner el pie en sus costas, y La Gomera es feudo y señorío de los Herrera y Peraza, como sabéis, mis mortales enemigos.

—¡Vuestro hijo se muere! —insinuó el físico— Sólo comiendo frutas frescas podría curarse y no las hay a bordo.

—Yo, como personero real, os autorizo, en nombre de Sus Altezas, para que hagáis esta escalada —dijo Don Luis de Aguilar.

—Presiento un mal encuentro en La Gomera— se obstinaba en decir Rejón.

—Mas ved que no podemos afrontar la empresa de La Palma, sin tomar algún reposo, después de una navegación tan dura y poco afortunada— volvió a insistir el personero.

—La soldadesca viene en muy mal estado: en muchos también ha hecho presa el escorbuto —subrayó el físico.

—Yo haré valer mis poderes y mis cartas reales. Tranquilizaos.

—Si vos nos respaldáis, personero... ¡Maese: haced rumbo a la Gomera!

Salió el maese con visible contento, pues él y su marinería llevaban quince días bregando con la mar

en una navegación dificultosa desde que comenzaron a singlar en Moguer y deseaban el descanso de una escalada aunque fuera corta. A poco se oyeron sus voces de mando en el puente:

—Timonel: arrumba un cuarto de la rosa al sudeste. Contramaestre: afianza las escotas de la mayor y del trinquete.— La nave crujió al virar y se escoró a estribor impelida por las velas henchidas de viento.

Entonces Doña Elvira de Sotomayor, apretujando al hijo contra su regazo, lanzó un profundo suspiro de alivio, mientras en la frente de su esposo se acentuaba una arruga de terrible preocupación.

Sobrada razón tenía Don Juan Rejón para evitar todo contacto con los señores de La Gomera porque él, que había sido el hombre de las grandes empresas, pero también de los grandes fracasos, no quería comprometer esta última ocasión que le habían dado los reyes de rehabilitarse ante la Corte y el Consejo de Castilla.

Cuando los Reyes Católicos, Don Fernando y Doña Isabel, alzaron del señorío de los Herrera y Peraza las tres Islas Canarias más ricas, Gran Canaria, Tenerife y La Palma, haciéndolas realengas, o de propiedad e intervención real, nombraron a Juan Rejón Capitán General de la Conquista de la primera. Sea por este motivo, o porque a los Herrera vinieron soplos peninsulares de que Rejón había sido uno de los cortesanos más importantes en que, a la vista de la célebre información del personero y pesquisidor, Esteban Pérez de Cabbitos, se consumara lo que ellos, en su fuero interno, calificaron de injustificable despojo por parte de la corona, lo cierto es que desde el momento de la llegada de Rejón a la Gran Canaria, donde fundó el Real de Las Palmas, la enemiga de los Herrera y Peraza le cercaba por todas partes.

Actuaban los Herrera, desde Lanzarote y sobre Gran Canaria, con rencillas e indisciplinas por parte de cierta capitanía, llamada de Los Pardillos, por usar

la capa parda castellana, que, de grado o por fuerza, había puesto Herrera al servicio de los reyes, en Gran Canaria, para coadyuvar a la conquista de esta Isla, y respondía Rejón con violencias y bravuconadas. Mas la cosa subió de punto y se puso sobre ascuas, cuando, por virtud de cierta venta de esclavos realizada por Doña Inés Peraza en Sevilla y en las personas de algunos naturales apresados en su señorío en Lanzarote, los reyes dieron a Rejón la comisión de investigar sobre el caso. Tanto arreciaron las rencillas y la indisciplina en el Real de Las Palmas y tan bien trabajaron Herrera y sus parientes en la Corte, que los reyes enviaron pesquisidor a Gran Canaria que, tal vez ganado por Herrera, nada más llegar, obró violentamente sobre Rejón llevándoselo preso a Castilla. Ya en la presencia de Sus Altezas, pudo el caballero toledano justificarse ampliamente y, con ello, volver a la Gran Canaria rehabilitado en su mando de Capitán General de la Conquista y, queriendo acabar con todo brote de indisciplina, comenzó a dar mandoblazos a diestra y siniestra, sin parar hasta poner manos sobre de la misma persona del que había sido nombrado Gobernador en su Ausencia, Pedro de Algaba, mandarle a prender y ejecutarlo en la plaza real.

Desde entonces poco duró el mandato de Rejón, en Gran Canaria, pues, ante tal tropelía, volvió a Castilla reclamado por la Corona, sustituyéndole Pedro de Vera: un personaje altamente perturbador en la Baja Andalucía, muy de la confianza de Don Rodrigo Ponce de León, Marqués de Cádiz, a quien los Reyes deseaban apartar de sus reinos. Cuando Rejón volvió nuevamente a Castilla, sus Altezas que le amaban y le distinguían extrañablemente, volvieron a rehabilitarle y, queriendo darle una nueva oportunidad para que quedara bien ante el Consejo del Reino, le encargaron de la conquista de la Isla de la Palma,

proveyéndole de una nave, de hombres de armas y caballos.

Por esto vemos, a la sazón, navegando esta nave por aguas de Canarias y comprendemos la gran contrariedad del caballero toledano, criado de sus Altezas, al tener que torcer el rumbo para escalar en la Gomera, uno de los cubiles de sus mortales enemigos los Herrera Peraza.

Ahora que la nave, aquietada en sus balanceos por la fuerte presión del viento favorable sobre el velamen, marcha rauda apuntando el tajamar la silueta aún lejana de La Gomera, salvo los hombres de guardia en su gobierno, todo el mundo de a bordo duerme a pierna suelta, acunado en la feliz certidumbre de poder pisar tierra firme al atardecer del día siguiente; sólo Don Juan Rejón permanece despierto, en apesadumbrada vigilia llena de inciertos presagios, pensando en la existencia de un sino fatal para él existente en Canarias, que siempre le arrastró al fracaso de cuantas empresas emprendió en las Islas y su alma se va llenando de congoja que aumenta cada vez que el esquilón del puente canta las horas que el moler de la ampoyeta va marcando.

CAPITULO V
EL DIA FATAL

Transcurría la segunda quincena del mes de Octubre y el Otoño estaba en todo su apogeo. Esta estación que, en las Islas Canarias tiene visos de una primavera si no fuera por algún que otro mal tiempo que suele presentarse, es de las mas bellas y agradables en el siempre paradisiaco clima del Archipiélago Afortunado. Cuando ya han caído las primeras lluvias, la tierra se esponja y abre en efluvios de vahos de arcillas mojadas y en aromas de musgos revividos; las menudas hierbas surgen de forma explosiva y revisten con verdinosos mantos las empinadas laderas, o festonean con largas pinceladas glaucas el gris azulado de los diques basálticos, el rojo de las vetas de almagre, o el violeta de las ingentes masas de traquitas; los árboles, lavados del polvo acumulado en las hojas durante el verano, lucen su resplandeciente follaje como si fuera nuevo, y la laurisilva autóctona hace añicos los rayos solares en el bruñido espejo de sus hojas coriáceas; la brisa es fresca y la atmósfera transparente, de tal manera que todos los paisajes se revalorizan con el contraste violento de la luz y las sombras.

Como todas las tardes, desde hacía algunos meses, día por día, Peraza salió en su caballo para emprender la subida de la cuesta de la degollada, donde, como siempre, habría de esperarle su idolatrada Flor Salvaje. Mas con ser el día tan risueño, una desganada, un recóndito mal sabor embargaba su ser de tal manera que esta fue la única vez que no emprendió el camino haciendo piafar briosamente a su cabalgadura, y en lugar de llevar las riendas tensas, éstas caían flácidas, y el jinete, caviloso sin saber por qué,

dejábase llevar por el caballo abandonando al albedrío del bruto toda la iniciativa del camino.

Cuando Peraza llegó a la degollada su estado de ánimo pareció adquirir la justificación de un mal presagio al advertir en su amada Iballa una actitud de sobresalto tan acentuada que, en lugar de descubrirla semioculto junto al cedro en que siempre ella le esperaba haciendo graciosos mohines de reconvención por su tardanza, o jugando al escondite de su persona por sentirle interesado en su busca, la vió, esta vez, avanzada sobre su camino, como si con prisa, quisiera acortar el inicio de la diaria entrevista, yendo a su encuentro mucho más allá del lugar acostumbrado.

Tan pronto como Iballa advirtió la presencia de Peraza en la degollada, separándose de su acompañante, que esta vez era su joven parienta Nusac, corrió alocadamente al encuentro de su amado, y sin aguardar a que éste descendiera del caballo, se quedó abrazada a su pierna izquierda mientras prorrumpía en amargo llanto, convulsionado y silencioso. A duras penas pudo el caballero descender de su cabalgadura, y cogiendo a su querida Flor Salvaje por la cintura, ciñéndola cariñosamente, logró hacerla sentar sobre una piedra y esperó pacientemente a que, más calmada, pudiera explicarle la causa de aquella angustia. Ya más aquietada en sus nervios y desahogada en parte su pena por el llanto, al fin comenzó Iballa su relato:

Ecchinea. Había sido Ecchinea la causante de todo su pesar; aquella misma tarde; hacía sólo unas horas. Ella —Iballa— había pasado todo el día feliz, ocupada en los menesteres domésticos en sus moradas de Guajedum, aguardando a que el sol ya no diera en los umbrales de las cuevas indicando el momento propicio para ponerse en camino hacia la degollada. Ecchinea, en aquella actitud reservada que había adoptado desde el día que sellaron su pacto de

amor con un beso mientras en el horizonte aparecía la Tierra Maldita, permanecía en un rincón, como siempre, en su postura favorita, sentada en cuclillas. De pronto la saga se irguió con energía y encarándose con Iballa le dijo bruscamente:

—El maleficio de la Tierra Maldita está a punto de comenzar a obrar sobre de tí y de Peraza. ¿Irás hoy también a ver a tu amado?

—Sí. Siempre voy a verle todas las tardes. Hoy también, como siempre.

—¡Hoy será el último día...!

—No. Eso es mentira. Peraza me ha dicho que la Tierra Maldita no ejerce maleficio contra nadie.

—¿Qué sabe Peraza? Oyeme, Iballa, aún estás a tiempo, rompe hoy mismo tus amores. Te costará mucho, ya lo sé, porque estás profundamente enamorada, pero hazle caso a Madre Ecchineia. ¡Madre Ecchineia te lo pide por tu bien y por el del mismo Peraza! ¡Presiento cosas terribles...!

—No te haré caso ¿Por qué no te vas a tu cueva y me dejas tranquila?

—No me voy porque le prometí a tu madre, cuando moría, que nunca me apartaría de tu lado. Ya sabes que leí tu sino en las estrellas. Mal sino tienes y he de estar constantemente contrarrestándolo.

—Pues contrarresta también ese maleficio que dices de la Tierra Maldita.

—No puedo. Mi saber no puede contra él.

Era el momento en que el sol ya no daba en los umbrales de las cueva. Nusac desde fuera advertía silbando que era la hora de ir a la degollada e Iballa cortó en seco la conversación con Ecchineia y se dispuso a salir; mas la saga, rápida, se fue al umbral y lo cerró con su cuerpo afianzando ambas manos en la roca, impidiendo de esta manera que Iballa saliera, mientras decía:

—No irás a ver a Peraza. No irás hoy y no irás nunca más.

—¿Quién lo impide?

—Yo. ¡Madre Ecchinea!

—Aparta bruja maldita—exclamó Iballa fuera de sí a la vez que trataba de empujar a Ecchinea para quitarla del umbral, empleando, incluso, el recurso de darle fuertes empellones; pero era tal la fuerza de la vieja, enteca y huesuda, que Iballa, rendida, no pudo quitarla de la salida. Entonces, mientras hacía una pausa en su lucha, cada vez más desesperada, vió en un rincón de la cueva el banot de su padre y tomándolo en sus manos amenazó, primero, a la vieja con el arma tratando de amedrentarla, pero ésta no se inmutó y, desafiante, con los ojos desorbitados, seguía obstinada en cerrarle el paso; una ola de ira pasó por la razón de Iballa cegándola totalmente, alzó el banot con toda su fuerza y lo descargó sobre Ecchinea la cual se desplomó sin sentido, luego arrojando el banot saltó fuera y, tomando a Nusac de la mano, corrió alocadamente hacia la degollada, porque se acercaba la hora en que Peraza habría de llegar a aquel paraje, sin preocuparse de qué forma había quedado Ecchinea. Junto con el dolor, la pena y el temor que la saga le había causado, ahora sentía la terrible incertidumbre del daño que había podido ocasionarle: ¿Sólo había sido una pequeña conmoción momentánea? ¿La había herido gravemente? No sabía, estaba fuera de su tino, sólo pensaba en su amado. ¿La había matado quizá?; estaba perdida entonces, las tribus la condenarían por su crimen sacrílego; Ecchinea era tabú para los habitantes de la isla; contra el mismo señor se alzarían todas las tribus si se atreviera a tocar con Ecchinea.

Cuando Iballa acabó su relato, volvió a caer en un nuevo y desesperado paroxismo de llanto convulsionado, sin que Peraza pudiera consolarla diciéndole muchas cosas referentes a la próxima boda de ambos. En la última partida del carabelón, Don Fernán había despachado cartas para sus padres, enterándoles de sus

propósitos a la vez que solicitaba la paternal bendición y el permiso para casarse con la bella princesa de Arure. Pronto volvería el carabelón trayendo la aquiescencia de Don Diego de Herrera y Doña Inés Peraza y a renglón seguido se celebrarían sus esposales en la ermita del Señor San Sebastián: repicarían recio las campanas de ésta respondiéndoles el esquilón del adarve de la Casa Fuerte; todas las montañas se encenderían de hogueras; tronarían las bombardas y las culebrinas y la Isla se haría toda ella fiesta grande, desde la una a la otra punta. Mas no lograba Peraza con tales consideraciones, disipar la gran pena de Iballa, antes bien, más parecía que aquel gran dolor de su amada le iba ganando, a él también, agravando, por momentos, aquel inexplicable mal sabor de ánimo con que aquella tarde había emprendido el camino de la Degollada y, aunque trataba de rechazarlo, sentía como el peso de un terrible presagio que intentaba aplastarlo sin remedio. Entonces, mientras su amada seguía llorando en silencio, él se dió a cavilar intensamente:

—¿Tendría razón Ecchinea? Por algo los naturales temían la aparición de la Isla Aprósita como el mal augurio de una gran calamidad.

—¿Existía, en verdad, el influjo maléfico de aquella tierra misteriosa, que aparecía y desaparecía, que se acercaba y se alejaba, que cambiaba de lugar en el horizonte con respecto a la rosa de los vientos?

A todas estas la tarde había avanzado mucho hacia el crepúsculo y el día, que, había sido tan radiante, por uno de esos cambios bruscos del otoño, finalizaba entoldado de nubes y frío, con girones de brumas en las cumbres. Desde aquel lugar se descubría un gran trozo de mar y se veía el sol marchando rápido hacia el ocaso, desfilando tras densos y oscuros nubarrones, tiñendo los claros de cielo de encendidos arreboles de tintes sanguinolentos. De pronto un estridente grito de Nusac puso en suspenso el

llanto de Iballa y sacó de sus cavilaciones a Peraza. La joven doncella venía precipitadamente y temblorosa hacia ellos señalando el horizonte:

—¡Mirad! ¡Allí, allí está la Tierra Maldita!

Y en efecto, allí donde señalaba Nusac, con su silueta amenazadoramente negra, estaba la Isla Aprósita, la Desconocida, San Borodón.

Instintivamente, Peraza corrió con Nusac a esconderse tras unas rocas no sin que al momento, avergonzado de que, inconscientemente, le hubiera ganado la superstición de los naturales, máxime cuando Iballa se había erguido y desafiante contemplaba la silueta de la Isla Fantasma, volvió al lado de su amada y estrechándola quedara absorto también en aquella aparición. Entonces ella tuvo un valiente gesto de reto al efluvio maléfico de la Tierra Maldita: fue volviendo, lentamente, su rostro hacia Peraza y juntó sus labios con los de su amado y, con mayor fuerza, con más pasión que aquel primer día que lo hiciera, le besó frenéticamente. Fue un beso interminable en el que se fundían las propias existencias de ambos amantes como una reafirmación de su amor, pasara lo que pasara, ante el mismísimo destino.

Cuando, al fin, acabaron de besarse, volvieron su mirada al horizonte y comprobaron que la Isla Aprósita había desaparecido; en su lugar vieron la grácil silueta de una nave iluminada en rojo por los rayos del sol poniente, con todas sus velas desplegadas, navegando presurosa hacia la Gomera. Iballa fue la primera en descubrirla y llamarle la atención a Peraza.

—Mira, Fernán, se fue la Tierra Maldita y en su lugar hay una nao

—Sí, tienes razón, es una nao.—Y a renglón seguido exclamó jubiloso.—Es el carabelón de mis padres que torna de Lanzarote. Traerá sin duda la venia para nuestros esponsales.

Pero pronto se le helaron las palabras y el contento a Peraza, pues, observando a la nave mientras

hablaba, se dió perfecta cuenta que el porte de aquella era mucho mayor que el carabelón de sus padres, que el punto del horizonte por donde había surgido no era, ni con mucho, perteneciente a la ruta de Lanzarote y la arrumbada que iniciaba era la de irse a la calma del sotavento de la Isla más que al barlovento que le permitiera maniobrar para hacer la recalada en la bahía de San Sebastián, frente a la Casa Fuerte. Parecía como si la intención de la nave fuera la de ocultarse de la vista de la fortaleza y que buscaba la arribada en un punto opuesto y lo más alejado posible de la misma.

Con todo ello la preocupación de Peraza fue subiendo de punto hasta convertirse en una gran inquietud. En aquellos tiempos la presencia de cualquier nave desconocida en aguas de las Islas era una terrible y angustiosa incertidumbre: ¿Piratas sarracenos?; Carabelas armadas en corso?; ¿Naos enemigas con propósitos de hacer guerra y saltar puertos desguarnecidos?; ¿Naves de Portugal, todavía con apetencias de dominio sobre alguna de las Islas Canarias, contando con la complicidad de alguna tribu de la Gomera no muy adicta a los Peraza? Todas éstas eran las conjeturas que surgían en la mente de cualquier habitante, no sólo de la Gomera sino de cualquiera de las Islas ya conquistadas, al advertir en el horizonte alguna nave, aunque sólo fuera de paso.

Por todo ello, pese al éxtasis amoroso en que había desembocado toda la angustia y toda la inquietud de Iballa, Peraza sintió la necesidad de partir hacia la Casa Fuerte. Tenía que llegar a ella cuanto antes; dar la alarma; disponer la capitania de ballesteros para acudir con ella a cualquier punto de la isla donde pudiera producirse un desembarco; apostar espías en las alturas que vigilaran los movimientos de aquella nave cada vez más sospechosa. Iballa comprendió también la necesidad de ésta partida de su amado con la mayor urgencia posible: ella hubiera querido acompañar-





le, pero se daba cuenta de que no le serviría más que de estorbo; no obstante, se propuso hacer cuanto pudiera y para ello resolvió no volver aquella noche a Guajedum, tomando a su cargo la organización de los vigías y siendo ella misma el más efectivo de todos.

Aún se oía el galopar precipitado del caballo de Peraza corriendo hacia la Casa Fuerte, cuando Iballa comenzó a silbar pausada y repetidamente; a poco le respondieron otros silbos lejanos, luego otros y otros que venían de diferentes direcciones. Pronto la princesa de Arure se puso en comunicación con toda la Isla y, a través de sus valles profundos y de sus empinadas montañas, ella se comunicaba, talmente hablaba, silbando con muchísima gente que le informaban de la ruta y de las intenciones de la nave y por las cuales supo que ésta se dirigía a la desembocadura del más apartado, del más abrupto y recóndito valle de la Gomera, el que todos conocían con el nombre de Valle del Gran Rey.

Estaba Iballa pensando en la manera de hacer llegar a Peraza esta interesantísima noticia, cuando oyó, muy próximo el silbo de su padre. Pablo Hupalupa estaba atendiendo su ganado aquella tarde en los riscos de las cuevas de Arure, desde donde se divisa una gran extensión de mar, cuando advirtió también la presencia de la nave, y alarmado por ella, se había puesto en camino hacia la Casa Fuerte, acompañado por un grupo de hombres, diestros y forzudos, de su tribu, con objeto de ayudar al señor en caso de que fuera necesario. Las otras tribus harían otro tanto, ya que esta era la costumbre en estos casos de posible alarma, pero Hupalupa, a fuer de agradecido, de más adicto y, ahora, como parte integrante, en ciernes, con el propio señor, a través de su hija, se adelantaba al requerimiento de auxilio que a las tribus no tardaría en hacer la Casa Fuerte.



Ya a la altura del lugar donde estaba Iballa, padre e hija cambiaron impresiones rápidamente:

—La nao es de gran porte y pareciome que traía mucha gente de armas por el bulto que pude distinguir sobre de su lomo —dijo Hupalupa—; navegaba con premura hacia la ensenada del Valle del Gran Rey, a cuyo lugar, por ser el camino agrio y largo, no llegarían hasta bien clareada la madrugada.

* * *

Era la noche cerrada cuando la nave que había puesto la alarma en toda la Isla de La Gomera y que no era otra que la de la expedición de Don Juan Rejón, dio fondo y quedó bien aferrada en las proximidades de la playa en que terminaba el imponente Valle del Gran Rey. Por haber navegado de viejo entre las Islas, tanto al patrón o maese de la nave como a muchos de sus marineros, no les eran desconocidos aquellos parajes, por lo cual les fue fácil hacer la maniobra de recalada en la oscuridad, fondear la embarcación en lugar apropiado y destacar, precipitadamente, las lanchas a tierra, cumpliendo así los deseos de Rejón, que quería que todo el desembarco se hiciera durante la noche, a fin de que la gente y su familia quedaran instaladas en la playa antes de que en la Casa Fuerte de San Sebastián se dieran cuenta de su presencia, ya que no sospechaba que desde este punto de la Isla fuera descubierta su nave, y si había sido vista desde las cumbres, tiempo habría para hacer la maniobra y demás operaciones de poner la gente en tierra antes de que la guarnición llegara hasta aquel paraje, elegido, precisamente, por ser el más alejado de San Sebastián.

Toda la noche, hasta muy cerca de la madrugada se trabajó muy intensamente, y las dos grandes lanchas, de las que iba provista la carabela, no cesaron de dar viajes desde la embarcación a tierra y

desde ésta a la embarcación, transportando primero a Don Juan Rejón y personas principales que le acompañaban; luego a la soldadesca, ávida de evadirse, aunque sólo fuera por unas horas, de aquella maldita tablazón movediza en la que tan maltratada había sido, durante quince días, por la furia del mar; por último, los bastimentos necesarios para establecer un vivac provisional, como lonas, barriles, palos, etc. y los víveres y algunos pertrechos de guerra. Ya instalado el vivac sobre la playa y tan cerca como lo permitía el avance del agua impelida por el romper de las olas, la gente dio con los maltrechos cuerpos en la querencia suave y fresca de la arena y durmieron a pierna suelta, confiados en la vigilancia inquieta de los centinelas, y hasta Doña Elvira, atenta siempre al estado de su hijito, notó cómo éste dormía sosegado, cediendo en él aquella agitación que hacía unos días le había hecho presa a bordo. Hasta el mismo Don Juan Rejón, disipándosele en parte su preocupación, durmió y descansó hasta los claros del día ya bastante soleados.

Mas poco duró este sosiego: porque aún estaba somnoliento Rejón cuando el jefe de la guardia de los centinelas se vino hasta él precipitadamente:

—Señor: una tropa armada viene hacia aquí desde tierra adentro.

—Dad la alarma a todos y que se pongan en guardia— contestó Rejón, mientras comenzaba a vestirse sus arreos de guerra a toda prisa.

—Tened paciencia— clamó Doña Elvira desde donde yacía con el niño enfermo.

Cuando Rejón salió del vivac, pugnando por meter la espada en el tahalí, ya los soldados habían sido distribuidos convenientemente en torno al pequeño campamento, empuñando las ballestas y entonces pudo ver cómo por el enriscado camino de uno de los grandes contrafuertes rocosos del valle bajaba, en interminable fila, porque el estrecho sendero no

permitía otro modo de marchar, una tropa de gente armada, en la que pudo apreciar, por sus características capas pardas, aquellos soldados de Herrera de cuyos compañeros tantos quebraderos de cabeza recibiera en el Real de Las Palmas, en la Gran Canaria, amén del concurso de aborígenes que, armados unos y otros desarmados, venían en calidad de refuerzo los primeros y como meros curiosos los segundos. De trecho en trecho, se advertía la presencia, en la larga fila, de algunas cabalgaduras montadas por jinetes armados de lanza, peto, lóriga y cimera y, a la cabeza de todos, el que parecía mandarlos, caballero en brioso potro alazán.

A medida que esta tropa iba descendiendo al fondo del Valle del Gran Rey y, por el mismo, se acercaba a la playa, la tensión iba creciendo entre las gentes del vivac: paseábase, nervioso, Rejón del uno al otro extremo del improvisado campamento acompañándole el personero y el físico, que no cesaban de recomendarle prudencia conociendo sus ímpetus guerreros; y Doña Elvira, semicobijada bajo unas lonas, con su hijo arrebujaado en su regazo y asistida por algunas de sus asustadas criadas, atisbaba cuanto pasaba y no cesaba de recomendar también prudencia a su esposo.

En un altozano próximo a la playa hizo alto la tropa que venía de tierra a dentro y, a renglón seguido, colocóse en orden de batalla y los soldados cargaban las ballestas con los dardos y ponían en tensión los arcos de las mismas; el caballero que parecía mandarlos a todos, avanzó entonces hacia el vivac, al paso lento de su caballo, mostrando querencia de dialogar, en vista de lo cual avanzó, a su vez Rejón hasta el caballero, ordenando a sus soldados cargar las ballestas. Corto trecho quedaba entre ambos cuando el jinete descabalgó y continuó avanzando a pie mientras alzábase la visera, y al punto detuviéronse reconociéndose mutuamente. Rejón recordó la fisonomía

del hijo de Diego de Herrera, a quien viera, siendo aún un mozalbete, al lado de su padre en ocasión de una de sus violentas intervenciones en Lanzarote; y Peraza reconoció, en aquel intruso de su señorío, al mortal enemigo de su familia.

—¿Qué queréis en mi feudo de La Gomera, Don Juan Rejón?— preguntó Peraza.

—Hago recalada forzosa por tener enfermos a bordo. No os alarméis, que no vengo a disputaros el señorío.

—Recoged vuestro vivac y reembarcad al instante.

—Reparad que tengo a mi hijo en trance de muerte— casi imploró Rejón, mientras el personero Don Luis de Aguilar pugnaba por sacar de la faltriquera las cartas reales, para mostrárselas a Peraza.

—Son muchos los agravios que mi familia ha recibido de vos para que os consienta permanecer en la Isla.

—Sois tan mal caballero como los de vuestra raza, puesto que me negáis la hospitalidad que no se niega ni a un perro. ¡Sois... un bellaco! —dijo Rejón, y a tal insulto hubo de responder el natural fogoso de Peraza con tanta fuerza que, sin más miramientos, desenvainó la espada y fuese contra Rejón, ciego de ira, a la vez que le gritaba:

—Id al diablo en buena hora. ¡Os voy a enseñar a ser menos deslenguado!

En un instante la actitud expectante de ambos explotó en una batalla campal. Avanzó la capitania de los pardillos disparando sus ballestas a diestra y siniestra y respondían los hombres de Rejón también disparando las suyas. Doña Elvira, empavorecida, protegía a su hijo con su cuerpo; daban ayes y chillaban las criadas y el personero corría de un lado a otro, hurtándose de los dardos, agitando en alto las cartas reales y gritando con toda fuerza:

—¡Teneos en nombre de Sus Altezas...!

Los gritos del personero pudieron, al fin, aquie-

tar a la soldadesca, mas no así a Rejón y Peraza que continuaron dándose mandoblazos con tal saña, que el recio chocar de los aceros hacía sobresalir sus chasquidos metálicos sobre el ruido del oleaje y producían ecos en los altos contrafuertes del valle. Hubo un momento en el que Peraza, tratando de esquivar un ataque de su contrario, pisó en falso en la arena, perdió el equilibrio y cayó pesadamente de espaldas, quedando indefenso: entonces Rejón, aprovechando aquella ocasión, sin ningún miramiento de caballerosidad, iba a rematar a su contrario cuando el dardo de una ballesta, que nadie vio desde dónde ni por quién había sido disparada, vino a clavarse, por bajo del sobaco, en el mismísimo corazón del caballero toledano, paralizando su acción de acometimiento mientras se desplomaba en tierra con rictus de muerte en el rostro.

Corrió el físico en favor de su señor y, tras él, el personero y Doña Elvira. Cuando estos últimos llegaron cerca de donde yacía, ya el físico había terminado su rápido reconocimiento y volviéndose a ellos, con la cara lívida, les dijo sin ambages:

—¡Muerto!

Un hálito de terror y pesadumbre corrió no sólo por el vivac, sino también entre la tropa de Peraza, patentizado por el silencio más absoluto, sólo interrumpido por los ayes, entrecortados por el llanto, que Doña Elvira lanzaba abrazada al cadáver de su esposo. El mismo Peraza mostrábase cabizbajo, ya en pie, envainando su espada lentamente. Entonces vio venir hacia él al Personero quien, sin más, le dijo:

—Daos preso.

—¿Quién sois vos para detenerme en mi señorío?

—Leed esa provisión— contestó Don Luis de Aguilar, alargándole unos papeles.

—¿Sois personero real, según reza esta carta?

—dijo Peraza anonadado.

—Sí.

—¿Y esa nao?

—Es nao realenga y Don Juan Rejón traía comisión de Sus Altezas. Por lo tanto, vos sois reo de lesa Majestad.

—Mas ved que yo no tengo ballesta por arma— alegó Peraza, intentando un descargo.

—Vos sois el único responsable de este crimen. Os llevaré preso hasta la corte y os acusaré ante la Justicia Real— terminó de decir el personero a la vez que llamaba a algunos soldados ordenándoles prender a Peraza y ponerle esposas en las manos, mientras él mismo, con indignación y saña, arrancábale la espada del tahalí y, desenvainándola, curvó el acero sobre de una piedra hasta hacerlo saltar hecho pedazos.

Mientras los pardillos disponían las ballestas y Bastián, profundamente apesadumbrado, llegábase hasta su amo, los naturales que venían en la tropa comenzaron a silbar con ligereza y, a poco, los silbos de una sola persona respondían a los de éstos. Entonces todo el concurso de gente que estaba en la playa se percató de que quien los emitía era una mujer que, enhiesta sobre unas rocas de un alto escarpe, presenciaba lo que estaba pasando en la orilla del mar. Peraza reconoció al instante a su amada Flor Salvaje, a su princesa de Arure, a su idolatrada Iballa y al mismo tiempo vio cómo, con su natural arrogancia y su agilidad incomparable, su prometida bajaba rápidamente por las enriscadas veredas y venía hacía él valientemente.

Afanada estaba la gente en la nao en recoger el vivac y transportar de nuevo a bordo los enseres y bastimentos del mismo. En grupo aparte unos hombres ocupábanse en enterrar, en una fosa abierta en la arena, el cadáver de Don Juan Rejón, cuyo enterramiento presenciaban, abatidos, el personero y el físico, y Doña Elvira transida de dolor, abrazada a sus criadas, cubriendo de llanto la carita pálida y desencajada de su hijo. En este momento, de luctuosa expectación, Iballa pudo llegar hasta Peraza y arrodilla-

da y abrazada a sus piernas, besar sus manos esposadas y cubrirlas con su llanto. Fue una escena muda y terriblemente patética de la que nadie, ni los guardas que el personero había puesto para custodiar al preso, se dio cuenta, absortos todos en la otra escena, no menos patética, del enterramiento de Don Juan Rejón.

Con frases entrecortadas y casi en baja voz Peraza pudo decirle a Iballa:

—¡No desmayes...! ¡Volveré pronto...! ¡Aguarda mi regreso...! ¡Fácilmente podré justificarme...! Y no pudo decirle más, porque, percatados los guardas de la presencia de aquella mujer junto al preso, la separaron del mismo a empellones y hasta trataron de agredirla, lo cual evitó Bastián interponiéndose entre ellos y la princesa de Arure. Ya rehecha, volvió Iballa a la vereda por donde había descendido y, con igual agilidad que lo había hecho, trepó hasta la altura desde donde había presenciado todo y allí permaneció, inmóvil, hasta que devuelto el vivac a bordo, embarcada la gente y el preso con ellos, la nave izó sus velas, levó las anclas y maniobró rápida para hacerse a la mar. Iballa la vió partir casi en un estado de inconsciencia, con la vista fija en ella durante largo rato, hasta percatarse de que a su lado estaba su padre que la sostenía y trataba de consolar, evitando que en su estado hipnótico rodara por el abismo sobre el que se tambaleaba. A duras penas pudo Hupalupa arrancar a su hija de aquel lugar y tomar el camino de Guajedum, pasando por las cuevas de Arure, y en un descanso hacerle una confesión:

—Yo maté al capitán que mandaba a la gente de la nave.

—¿Vos señor padre habéis sido la causa...?

—¡Sí! Yo disparé la ballesta... Si no lo mato, él hubiera matado a Peraza.

—Tenéis razón. —dijo Iballa con gesto de irre-

mediable resignación. Estaba así destinado. ¡El maleficio de la Tierra Maldita...!

--¡El maleficio de la Tierra Maldita...! Resonó, como un eco, desde dentro del antro oscuro de una de las cuevas, una voz cascada, seguida de una risa sarcástica de la saga Ecchinea que, en su posición característica, en cuclillas, desde dentro de una de aquellas cuevas, ya restablecida del fuerte golpe recibido al ser agredida por Iballa, atisbaba la confirmación de su terrible augurio.

CAPITULO VI

FIESTA EN LA CORTE

En un atardecer de un despejado día del invierno castellano, brillaban, heridas por el dorado sol poniente, las torrecillas góticas y los adarves mudéjares del magnificante y, a la vez, gracioso conjunto del alcázar real de Segovia: dando la sensación de que el estuco de sus paredes se hizo pátina de oro y las pizarras de sus techumbres se tornaron en planchas de pavonado acero. Sobre el tajo inmenso que mira hacia la Cuesta de los Hoyos, alzada en afilada proa sobre la interminable y parda llanura castellana, destacaba su mole castrense la señera fortaleza, acunada en el silencio que imponía el crepúsculo aterido de cierzos, sólo, a intervalos, levemente estremecido de rumores confusos que subían del Valle de Eresma entre susurros del viento por las espesas arboledas y el río saltando las presas de los molinos, el graznar de los grajos disputándose el echadero de la noche y el sonar de los esquilones de los conventos y de la Fuencisla tañendo las oraciones.

A esta misma hora y en derechura del Alcázar, cuadrilleros de la Santa Hermandad conducían un preso de aspecto andrajoso, aunque en su faz, por lo ancho y despejado de la frente; por la mirada ardiente y fija; por la nariz aguileña e inquisitiva; por la boca de labios finos y voluntariosos y por el mentón recio y prominente, revelaba ser persona nada vulgar e inteligente. Con recio y acompasado sonar de las botas sobre el viejo maderamen, cruzaron el puente levadizo del castillo, dieron el santo y seña a la guardia y preguntaron por el alcaide, en cuya presencia explicaron la razón de la detención de aquel hombre:

—Andaba vagabundeando por las proximidades del Alcázar. Nos pareció sospechoso.

—¿Parece que sois extranjero? —le preguntó el Alcaide al preso.

—Sí. Soy genovés.

—¿Cómo os llamáis?

—Cristóforo Colombo.

—¿Qué edad tenéis?

—Treinta años cumplidos.

—¿Tenéis papeles que os acrediten?

—No. Navegaba de segundo maese en una carabela de mi patria y naufragamos en la barra del Guadalquivir, cuando intentábamos remontar el río hasta Sevilla. Lo perdí todo en el naufragio y desde entonces ando por campos y ciudades trabajando en lo que me sale para poder sustentarme. Soy también cartógrafo, pero aquí, en Castilla, parece no interesar las rutas marineras ni los portulanos; vine a la corte por ver la forma de obtener los medios de pasar a Portugal, donde me han dicho que se me daría bien esto de la cartografía; he hecho de criado, de mandadero y hasta de segador en los duros campos de la Extremadura. Curioseaba por fuera del Alcázar cuando me detuvo la Santa Hermandad.

—¿Tenéis papeles?

—Ya os he dicho que todo lo perdí en el naufragio.

—En ese caso, la Santa Hermandad tendrá que averiguar sobre vuestra persona y si es verdad cuánto decís. Mientras tanto tendréis que permanecer detenido en un calabozo de este Alcázar. Tranquilizaos: si es verdad cuanto habéis alegado antes de un mes quedaréis en libertad; yo mismo me interesaré por vuestra causa y hasta puede que os proporcione esos medios para pasar la raya de Portugal.

El Alcaide hizo un gesto a los cuadrilleros y éstos condujeron al preso hasta la mazmorra, por entre pasadizos y escaleras oscuras, precedidos de un carce-

lero que hacía tintinear las llaves de la prisión. De pronto paróse el carcelero y comenzó a correr cerrojos con estruendo hasta que una ferrada puerta cedió, a su empuje, dejando ver todo el antro de la mazmorra que, por cierto no estaba desocupada, porque de sobre un jergón surgió, incorporándose, la figura de un hombre distinguido que, después de observar al compañero que le traían, volvió a tumbarse con indiferencia.

Cuando el carcelero cerró de nuevo el calabozo, los cuadrilleros comentaban entre sí y con el propio carcelero:

—Parece un pobre diablo: saldrá pronto.

—Quien no saldrá muy pronto, ni muy bien parado, es ese que le hace compañía.

—¿No es ese el noble que asesinó a Don Juan Rejón, allá en Canarias?

—El mismo— informó el carcelero.

—No pondría yo mi cuello en el lugar que ese tendrá que poner el suyo —comentó uno de los cuadrilleros—. Para ése estará el verdugo afilando el hacha. Don Juan Rejón era uno de los capitanes de la Corte más estimado de Sus Altezas. La justicia real es inflexible. Máxime cuando la Santa Hermandad tampoco será ajena a esta causa: ya sabéis que Rejón fué el fundador de nuestras cuadrillas.

Con esta conversación desanduvieron los cuadrilleros los pasadizos y escaleras, atravesaron el patio de armas y buscaron la salida hacia el puente levadizo; pero al pasar por el cuerpo de guardia alguien les dijo:

—¿Qué, os vais tan pronto?

—Sí: tenemos que continuar la ronda.

—¡Pues no sabéis lo que os perdéis! El Rey ha organizado una gran fiesta para esta noche en honor de esos embajadores gabachos que han venido a arreglar cierta cuestión de límites en el Rosellón. Menudo concurso de nobles y damas de buen ver, y luego lo que puede caer por la guardia de apetitoso para

la boca y el gañote. Quedaos y no os arrepentiréis.
—Imposible: tenemos que rondar.

* * *

Tenían razón los de la guardia, porque de allí a poco, ya cerrada la noche, comenzó un inusitado trajín de pajes y criados y menestrales, por los corredores, patios, adarves y demás aledaños del castillo que pronto quedó vistosamente iluminado, de punta a punta, por vasillos de cristal coloreados, dentro de los cuales ardían bujías de espermaceite, novedad introducida desde Italia por los cortesanos aragoneses. El patio de armas lucía como en pleno día; y la gran sala del trono y el salón de embajadores, que era destinado a la gran fiesta, brillaban como ascuas resplandecientes, por las grandes arañas en las que ardían miles de candiles. Ya pasada la prima noche, después del toque de ánimas, comenzaron a llegar a la entrada del regio alcázar gran cantidad de gentes ataviadas con las mejores galas: unos a caballo, otros en literas y otros a pie, pero todos acompañados por lucido séquito de servidores y dueñas, portadores de achones y faroles.

Quizá fuera aquella la primera fiesta que daban los reyes; pacificado ya su reinado, después de tanto bregar con rebeldías de nobles, feudos y banderías; destruído ya el inmenso poderío del Marqués de Villena en favor de la desgraciada Bertraneja; acabadas las guerras con Portugal y aquietada la Andalucía de revueltas y luchas de los bandos del Marqués de Cádiz y el Duque de Medinasidonia que, por quitame allá esas pajas, se enzarzaban en riñas desaforadas a los gritos de Niebla y Ponce de León.

Doña Isabel, la reina, había admitido esta fiesta muy a regañadientes, porque era cosa desusada en su hogar austero de Castilla y porque parecía que era incitar a la vuelta de aquellas bacanales de la corte

corrompida de su hermano Enrique; pero el rey educado en la corte aragonesa tan influenciada por las libertinas costumbres italianas, Nápoles y Sicilia, se impuso tercamente en celebrarla, alegando poco menos que una razón de estado, en cuanto que era necesario agasajar con ella a aquella embajada francesa que tan dócilmente había cedido ante sus razones políticas, en las cuales era gran artífice, sobre sus derechos al Rosellón. La reina rogó, entonces, al rey que la excusara de su asistencia, en gracia a su avanzado embarazo de la que, andando el tiempo, habría de ser la princesa de los tristes destinos Doña Juana, y el rey no tuvo inconveniente en ello porque, en su fuero interno, era lo que estaba deseando: por aquello de que buey solo bien se lame y a Su Alteza solían bailarle los ojos a la presencia del buen mujerío.

Pronto el gran Salón de Embajadores del Alcázar segoviano se vio repleto de lucido concurso de cortesanos. Los invitados formaban grupos según sus predilecciones y amistades, en espera de hacer ceremoniosa y protocolaria calle en cuanto el Almirante de Castilla anunciara la presencia de Su Alteza el Rey, amén de la interminable lista de ducados, marquesados, condados y señoríos que le eran inherentes y, entre tanto, para ir entreteniéndolo la larga espera, un conjunto de músicos moriscos tañían en guzlas y chirimías enervantes melodías orientales, mientras algunas bailarinas granadinas tejían una danza cargada de incitaciones.

Pero entre todos aquellos grupos y corrillos había uno, formado por unas cuantas damas jóvenes de la reina y algunos caballeros tocados de cierto libertinaje, entre los que destacaba Don Lope de Figueroa, uno de los alcaides de las cárceles reales, famoso ya en la corte por sus inconstantes amoríos. Este grupo se atraía las miradas y la atención de todo el concurso, por el bullicio que levantaba y los decires seguidos de estrepiosas carcajadas que de él salían. Entre las damitas

había una que las superaba a todas, no sólo por su belleza, sino por sus maneras y sus insinuaciones rayanas en el equívoco. Era esta Doña Beatriz de Bobadilla que, aunque del mismo nombre que la sosegada Marquesa de Moya, dama virtuosa, confidente y amiga extrañable de la Reina, no tenía otra cosa de común con ella que la de ser prima carnal suya.

Doña Beatriz de Bobadilla, a quien le daban en la corte el remoquete de La Cazadora con una doble intención malévolá, por ser hija del montero mayor del Rey, Juan de Bobadilla, y por aludir a su natural de fogosa coquetería que no vacilaba en poner sitio de amoríos a todo caballero de buen ver, era de esbeltas y ampulosas formas, comprendidas ambas cosas, exactamente, en los cánones de la belleza femenina de la época; de mirada ardiente y picaresca, partiendo de unos ojazos profundamente negros; de nariz pequeña y respingona sobre una boca, más bien grande, de labios gordos y provocativos; todo enmarcado por una melena negra, sedosa y brillante, recortada graciosamente a la altura de los hombros sobre los que caía en volutas verticales de tirabuzones que, cuando, como ahora en la fiesta, el protocolo cortesano de continuo no le imponía la prisión recatada de las tocas, movíanse, con incitante ritmo cascabelero, a los impulsos desenfadados de la cabecita a la que, con gracia y donosura, servían de cobertura. Fuera porque el ambiente cálido de la fiesta la había ganado por entero, o porque algunas anticipadas libaciones de vinos generosos y mistelas habían atizado más candela de la que, de por sí, ya tenían aquellos veinticinco abriles alcanzados por una bien lograda y exuberante juventud, lo cierto es que Doña Beatriz estaba aquella noche de lo más ocurrente, sobre serlo ya de su natural, y sus dichos y actitudes arrancaban estruendosas carcajadas a su varonil auditorio, mientras torcían las caras, con púdicos sonrojos y aspavientos, las damiselas que la acompañaban.

En aquellos días era comentario candente en la corte el caso de Fernán Peraza y, por lo tanto, que lo fuera también en la fiesta real, a la que tanta gente de diversas opiniones había concurrido, era cosa natural, máxime cuando este caso constituía el primero en que la justicia real iba a ejercitarse con un noble, emparentado con la más alta nobleza andaluza, haciendo caso omiso de su condición de tal para tratarle sólo como un vulgar delincuente, habiendo comenzado ya su acción por encarcelarle. Por ello en nombre del señor de aquella alejada Isla Afortunada, o Canaria, que llamaban La Gomera, corría de boca en boca y de corrillo en corrillo, provocando animadas discusiones, en todas las dimensiones de aquel suntuoso Salón de Embajadores, viniendo también a ser tema en el grupo de Doña Beatriz y sus amigos. Las jóvenes damas lo recogieron del ambiente, por ser de mayor interés para ellas, ya que Peraza tenía fama justificada de gallardo mozo, nimbado por la aureola de exotismo que le daba su condición de allende el océano y, en este grupo, el interés estaba más justificado por hallarse en él Don Lope de Figueroa que, en resumidas cuentas, por su condición de alcaide de las cárceles reales, venía a ser su carcelero.

Una de aquellas damas tuvo la ocurrencia de preguntarle a Don Lope sobre el caso y, haciendo una sentimental meditación sobre los grandes contrastes de la vida, refiriéndose a la diversión de la nobleza castellana en aquella fiesta cuando, sólo una docena de varas más abajo, en los subterráneos del Alcázar, yacía un hombre atormentado por la certidumbre de su propia vida.

—¿Qué opinión tenéis de esto, Don Lope— preguntaron casi a coro las damas.

—Ah, señoras mías, me ponéis en grave aprieto porque rozáis el secreto de mi cargo. Mas, por calmar en algo la curiosidad de vuestras mercedes, os di-

ré que no diera por mi cabeza un sólo maravedí si ésta fuera, en lugar de la mía, la de Fernán Peraza.

—¡Qué horror!— Dijeron todas visiblemente impresionadas.

—Pues yo os apuesto doble contra sencillo— terció un caballero andaluz— que el cuello de Peraza resultará bastante duro para el hacha del verdugo real, Don Lope.

—¿Qué queréis decir?— inquirió Doña Beatriz.

—Pues que Peraza es deudo muy querido del poderoso Duque de Medina-Sidonia y Conde de Niebla y...

—Bah— interrumpió Don Lope burlescamente— ¿Ahora venís a enteraros de que, en Castilla, los tiempos en que un noble se atrevía y podía intimidar al rey han pasado a la tumba con el desdichado Enrique? Mirad, si no, a dónde han ido a parar las bravatas del paladín de la desdichada Beltraneja, el Marqués de Villena y las del no menos rebelde Arzobispo de Toledo, Don Alonso Carrillo de Albornoz. Ahí le tenéis —y señalaba a otro grupo más alejado en el que conversaba el Arzobispo— ya envejecido, como un manso cordero, dispuesto a ser el primero en rendir vasallaje ante el rey que tanto combatió.

—Yo digo que no está claro este proceso— terció otro de los circunstantes— Hay testigos que afirman que Peraza no mató a Rejón: que fue un hecho fortuito.

—Sobre todos los testigos está la acusación terminante de Don Luis de Aguilar, el personero real, que estuvo allí presente, que prendió a Peraza y le trajo preso a Castilla. No amigos: Fernán Peraza está acusado de crimen de lesa majestad y como reo de tal será con él implacable la justicia de Sus Altezas.

—Cómo me gustaría conocer a ese hombre— dijo Doña Beatriz, bastante interesada.

—Cuando queráis, puedo conduciros hasta su mismo calabozo— prometió Don Lope.

—Acordaremos el día y el momento. Os cojo por la palabra.

—¿Os atrevéis a tanto, Doña Beatriz?— Insinuó una de las damas.

—¿Y qué cosa mala puede haber en ello, Doña Mencía?

Iba ya a ampliar su contestación a Doña Mencía, añadiendo algo terrible que apabullara a su interlocutora, cuando se llegó hasta el grupo el Arzobispo de Toledo, acompañado por un familiar, porque a Don Alonso, con su gigantesca figura, más de soldado que de clérigo, aunque vencido por los años, gustábale alternar con la gente joven. Hicieron todos reverencia, besando el anillo pastoral de la más alta jerarquía eclesiástica de Castilla y su eminencia, por catar la moral de aquella juventud palaciega, prendió la conversación criticando la actuación de aquellas bailarinas granadinas que estaban tejiendo una danza cargada de procacidades, dejando entrever sus desnudeces a través de la transparencia de sus velos. Aquello, estimaba su eminencia, estaba reñido con las normas de austeridad que la Reina se había propuesto rigieran en la Corte, por lo cual todas las damitas hicieron remilgos de honestidad. Todas menos Doña Beatriz que algo tan irreverente debió de decir al Arzobispo, haciendo alusión al partido que había tomado, en otro tiempo, por la Beltraneja y a los amores ilícitos de la Reina Doña Juana con el lindo Don Beltrán de la Cueva, que los caballeros allí presentes prorrumpieron en estrepitosas carcajadas, las damitas se sintieron abochornadas y Don Alonso Carrillo de Albornoz, con toda su recia personalidad, quedó un momento confuso, pero no sin que reaccionara preparándose para castigar con lapidaria frase tamaña osadía, lo que no pudo llevar a cabo porque hubo de abandonar rápidamente el grupo para ocupar el lugar que le correspondía a la cabeza de la calle de honor que habrían de formar los cortesanos, ya

que el Almirante de Castilla, desde la puerta de la antecámara real anunciaba solemnemente:

—Su Alteza, nuestro serenísimo Señor Don Fernando; Rey de Aragón, de Castilla, de León, de Galicia, de Nápoles, de las dos Sicilias, de Valencia de los Algarves y de las Islas Canarias; Príncipe de Asturias, Duque del Rosellón, de Cerdeña, de Atenas y de Neopatria; Conde de Barcelona y de Ampurias.

Entre el natural revuelo de los concurrentes escabullóse Doña Beatriz seguida de Don Lope con ánimos de ocupar un lugar bien visible en una de las filas de cortesanos, que, con gran compostura y respeto, formaban la calle a todo lo largo de la sala y ya instalada en el que apetecía, díjole Don Lope en son de halago:

—Vos sois la mujer más valiente y de mayor talento en la corte.

—¿Creía su eminencia que ante él iba a estarme aquietada, como novicia en el coro? Mas escuchadme, Don Lope: tengo gran interés en conocer a ese Fernán Peraza. ¿Podéis conducirme mañana a la mazmorra?

—Sí. A la puesta del sol esperadme en el adarve del poniente.

—Allí estaré puntual, acompañada por mi amiga Doña Yumar. Es una pobre jamona inofensiva; ya lo sabéis. No estaría bien que yo bajara a esos oscuros antros sola con vos, Don Lope.

—¡Para mí fuera una felicidad ser preso si vos fuerais mi carcelera...!

Iba a añadir algo más el alcaide, cuando el diálogo quedó interrumpido por el sonar de los clarines y la presencia del Rey, vistiendo sus mejores galas, a la puerta de su antecámara. Con un gesto afable y sencillo, inició Su Alteza su marcha seguido por un lucido cortejo de oficiales, mayordomos, monteros, secretarios y altos servidores de su real cámara y, mientras con paso lento iba avanzando hacia el fondo del sa-

lón en donde había sido colocado el sitial desde el cual habría de presidir la fiesta, correspondía a diestra y a siniestra, a las muestras de acatamiento de sus vasallos, deteniéndose para dar a besar su mano, al advertir, entre la concurrencia, a tal o cual persona de su predilección, haciéndole pública y notoria distinción de ésta manera.

Cuando el cortejo llegaba a la altura del lugar que ocupaba Doña Beatriz de Bobadilla, ésta, con el mayor desparpajo, se salió de la fila y haciendo en medio de la calle el inicio de una genuflexión traducida por el ahuecamiento de su amplia falda de brocado de plata sobre fondo de seda rosa y la graciosa inclinación de su busto, en una cortesía en la que enseñaba, bajo el azul intenso de su escotado justillo, el delicioso arranque de los nacarados pechos, mostró destacado y notorio acatamiento al Rey. Su Alteza, bien a las claras complacido, fue a alzarla benevolente, tomándola de las manos, las que retuvo un buen rato aprisionada entre las suyas.

Entonces corrió por el salón, con la velocidad del rayo y con visos de escándalo, un rumor que pronto adquirió todos los vuelos de una tormentosa murmuración palaciega; máxime cuando, al comenzar la música de fuelles y clavicordios, Su Alteza destacó a un mayordomo cerca de Doña Beatriz para que ésta le hiciera el honor de concederle el baile inaugural a lo que ella accedió, ¿cómo no?, con harto deleite. Luego, en el transcurso de la fiesta, que se mantuvo animadísima hasta la madrugada, el Rey no se apartó del lado de Doña Beatriz, colmándola de atenciones y ofreciéndole manjares y confituras, y tan solícito con ella que en verdad parecía que, en la ausencia de la Reina, la Bobadilla la estaba suplantando en todos los extremos.

Cuando el Rey abandonó el salón, retirándose a sus aposentos, poniendo con ello punto final a aquella fiesta, entre todos los asistentes se afincó la convic-

ción de que «La Cazadora», sobre la cual venía rumoreándose que apuntaba sus dardos al corazón del soberano, había cobrado aquella noche la pieza sin gran trabajo y que la austera corte de Los Reyes Católicos luciría, como cualesquiera de las otras cortes europeas cargadas de frivolidades, la presencia dañina de una favorita.

* * *

A la mañana siguiente, en los pasillos y antecámaras del Alcázar, fue la comidilla salpimentada de los palacios, el comportamiento de La Cazadora en la fiesta y la condescendencia del Rey con su persona, de tal manera que pronto llegaron estas habladerías a la otra Doña Beatriz de Bobadilla, la buena, la Marquesa de Moya, Camarera Mayor de la Reina, confidente y consejera inapreciable de Doña Isabel e íntimas amigas desde la infancia.

Todas las mañanas, en la primera hora, marchaba la de Moya al tocador de Su Alteza para ayudarla a hacerse su tocado y fue en la misma cámara real donde algunas damas de su confianza, entre las cuales estaban varias de las que se hallaron en el corro donde ocurrió el desacato de Doña Beatriz al Arzobispo de Toledo, le contaron ésto y lo demás de las insinuaciones al Rey y el escandaloso proceder del soberano durante la fiesta; todo lo cual le produjo un gran bochorno, por una parte, porque, al fin y al cabo, era su prima hermana la que andaba de boca en boca e indignación y temor por su amiga extrañable, la Reina, en cuyo detrimento iba, en definitiva, el liviano proceder del Rey. La de Moya y su esposo, el alcaide Mayor del Alcázar, habían permanecido ausentes de la fiesta por razón de haberle estado haciendo compañía a la Reina, por lo cual todo lo que le contaron las damas fue para ella una sorpresa que la tuvo en suspenso largo ra-

to haciéndola cavilar intensamente. Al entrar en el real tocador y hallarse en presencia de Doña Isabel creció de tal manera la preocupación de la de Moya que su alteza hubo de notarla, asaz abstraída en las respuestas a sus preguntas, cosa desusada en la Marquesa, ya que era aquella la hora de las grandes confianzas entre las dos entrañables amigas de la infancia y en la que la Camarera Mayor, siempre alegre y optimista, era como un cascabelero vocero de todas las incidencias e interioridades de la Corte, poniendo de su cosecha un irónico y gracioso comentario al sucedido más destacado entre los muchos que a diario acaecían por salones, pasillos, antecámaras y despachos del regio alcázar. Mas aquella mañana, cuando la Reina esperaba que su amiga le informara ampliamente sobre la lucida fiesta organizada por el Rey, grande fue su sorpresa al comprobar que la Marquesa de Moya eludía todo comentario sobre la misma y como Su Alteza era harto prudente optó por callarse, no sin que ello le produjera una honda preocupación.

Ya a solas con su esposo, aquella misma noche, la Marquesa de Moya hubo de cambiar sus impresiones con él y ambos cónyuges convinieron que el remedio de aquellos males en ciernes que suponían la afición del Rey por La Cazadora y el acoso descarado de ésta a la real pieza, sólo podía cortarlo de raíz la propia Reina: bien enfrentándose directamente con el Rey haciéndole volver a la cordura, lo cual podría dar muy malos resultados, o que fuera la propia Marquesa de Moya la que, obrando con las sutiles cuerdas de la enrevesada maraña cortesana, muy de aquella época renacentista, llegara a dar con un pretexto mediante el cual fuera alejada de la Corte la peligrosa Cazadora haciendo que apareciera el hecho a los ojos de todos los cortesanos como algo normal y sin estridencias.

De ambas maneras era preciso que la Reina es-

tuviera en el ajo de la cosa, porque por la primera ella tenía que ser la principal y única actora y por la segunda nada podría hacerse sin contar previamente con su venia. Sabía la Marquesa de Moya, que iba a causar en Doña Isabel un terrible estado de abatimiento; sabía que iba a darle el mayor disgusto de su vida, porque hasta ahora la Reina, que había ido al matrimonio con Don Fernando por puro y enternecido amor, no había dudado de la felicidad conyugal. Pero a grandes males era necesario oponer grandes remedios y éste, de una favorita en ciernes, sería el mayor que podría sobrevenir a la Reina.

Transcurridos algunos días y habiendo madurado su resolución, una mañana, con estos pensamientos, empujó la puerta y penetró, pesarosa, la Marquesa de Moya, en el tocador de su entrañable amiga, Su Alteza la Reina Doña Isabel, a la que encontró de muy buen talante y mientras ésta, en ropas interiores, iba componiendo su tocado, preocupada por el mutismo de su amiga en ocasiones anteriores, fue, comenzando por cosas banales, rodando la conversación hasta preguntar resueltamente por lo que se decía en su antecámara sobre la consabida fiesta. Entonces se le puso un nudo en la garganta a la de Moya, comprendiendo que aquella era la última ocasión propicia y, armándose de entereza y valor, le contó y le puso al corriente de todo lo ocurrido entre Don Fernando y su prima Doña Beatriz y aguardó la reacción de su amiga que fue dolorosamente intensa, ya que en Doña Isabel el germen de los terribles celos, que de tan borrascosa y alocada manera habrían de manifestarse más tarde en aquel ser que se estaba engendrando en sus entrañas, era tremenda pasión que ella, con su prudencia y superior talento, supo siempre reprimir.

Lloró amargamente la Reina, desplomada de bruces sobre la mesa de su tocador, mientras también lloraba la de Moya, identificada con el dolor de su

amiga, que ella misma, estimándolo por su bien, le había causado. Mas pronto se impuso el carácter y la firmeza de la Reina que siempre mostró en todas las adversidades y difíciles situaciones y, hablando ya más sosegada, convino con su amiga en la imperiosa necesidad de alejar de la corte a Doña Beatriz y aún de los límites naturales de sus reinos, si fuera posible. Pero, ¿cómo hacerlo a espaldas del Rey, que, al enterarse, reaccionaría contra lo que, ipso facto, calificaría de un juego injusto y se obstinaría, por hombría, en su enamoramiento? Cómo, por otra parte, decía la Reina pensando con sus bondades, dar el gran disgusto a su fiel y viejo servidor, Juan de Bobadilla, padre de la Cazadora, expulsando a su hija de la corte con lo que para siempre quedaría deshonrado aquel leal servidor de su persona de los tiempos de su infancia en los que, entonces la infantita Isabel, con su hermano Alfonso y su madre, la Reina viuda de Juan II de Castilla, vivían reclusos en la villa de Arévalo, mientras su hermano mayor, Enrique, reinaba y desgobernaba el reino y su hogar, mereciendo, en todos los sentidos, el mote del Impotente y así, evocando con su amiga aquellos tiempos felices para compararlos con estos otros de sobresaltos, contratiempos y disgustos culminados con este de la presunta infidelidad de Don Fernando, recordaba cómo Juan de Bobadilla las enseñó, a ella y a la Marquesa de Moya, el arte de la equitación haciéndolas cabalgar aquellos preciosos corceles que para ellas siempre tenía destinados; cómo era siempre el vigilante compañero en sus correrías por los campos castellanos y en sus inocentes escapadas a los pueblos vecinos llegándose hasta Olmedo y a las famosas ferias de Medina del Campo y cómo, andando el tiempo, en todas las vicisitudes de los comienzos de su reinado, él había sido el gran paladín de su causa.

—Dime, tú, mi querida Beatriz, si estuvieras en

mi lugar, ¿te atreverías a causar la muerte de tu tío con tamaño disgusto?

—Es preciso encontrar un pretexto tan sutil que sea capaz de alejar de la corte a mi prima sin llegar a despertar la desconfianza del Rey y sin rozar la honra de mi tío— dijo la de Moya.

—Espero que Dios nos iluminará. Confío en que encontraremos ese pretexto. Hoy no saldré de mis aposentos: pasaré el día rezando. Vete, Beatriz, y dile a mi secretario que hoy no despacharé y que cancele mis audiencias.

—El Arzobispo de Toledo quería despedirse de vos, pues marcha hoy a su sede.

—Excúsame ante Don Alonso Carrillo de Albornoz como tú sabes hacerlo, mi buena amiga.

Con ésto salió la de Moya de la real cámara y la Reina, de rodillas en su reclinatorio, quedó sumida en profunda oración ante el maravilloso tríptico gótico, retablo portátil presente en todos sus avatares.

CAPITULO VII
EL PRETEXTO SUTIL

Cuando a dos seres humanos les une el infortunio, la amistad que surge entre ambos tiene calidades tan exquisitas que llega a traspasar los límites del amor para situarse, a impulsos de una especie de simbiosis espiritual, en un sublime plano de ayudas mutuas a costa de los mayores sacrificios. Esta amistad específica, que pudiéramos llamar amistad del infortunio, surge por efecto de un mismo traumatismo síquico sobre dos o más espíritus, que hace que éstos, al igual que los organismos, se unan en un esfuerzo de colaboración recíproca por reparar el daño sufrido.

Así, cuando Fernán Peraza recibió, con manifiesta indiferencia, al compañero que le habían designado en su lóbrega mazmorra, ello fue cosa momentánea porque más tardaron en correr los cerrojos, cuando entre los dos presos surgió un animado diálogo, más confidencial, sin haberse conocido nunca, que el que pudiera surgir entre dos amigos entrañables.

Sólo en el transcurso de aquella noche quedó Peraza enterado de la azarosa vida de Cristóforo, de sus extrañas aventuras transmarinas, de sus proyectos de navegaciones y rutas desconocidas y, a su vez, Cristóforo, de lo que era y representaba Peraza y cuánto aspiraba a hacer en su pequeño señorío atlántico. Pronto, Cristóforo, inició a su compañero en los secretos náuticos que poseía y en los avanzados y revolucionarios conceptos geográficos que él había averiguado sobre la redondez de la tierra, y Peraza le informó de las misteriosas apariciones de la isla de San Borondón, que tanto temor ponían en los naturales de su señorío y ambos, en el silencio de la maz-

morra y en la forzada quietud de la prisión, soñaron y especularon, como si sus mentes se hubieran fundido en una sola, con El Dorado y la Antiglia; con la Isla de las Siete Ciudades Prelaciales; con Cipango y Brasil, con el Preste Juan, con la fontana de la vida y la burga florida de la eterna juventud.

En el transcurrir tedioso de los días a tanto habían llegado sus consideraciones sobre los manoseados temas, que en las paredes de la mazmorra, a falta de papel, ya no cabía un dibujo más y aparecían pintarrajeadas con rosas de los vientos desde las que partían rumbos que se entrecruzaban y pugnaban por salir de aquellos macizos muros en busca de dilatados horizontes ignotos, tras los cuales navegaban los dos presos embarcados en la carabela de sus ilusiones. Y el carcelero, que de pronto pensó regañarles, cuando les trajo el cántaro y la bazofia de la condumia y vio, por primera vez, cómo se iniciaba el pintarrajeo de las paredes, calló benevolamente y hasta llegó a hacerse cómplice de aquel desacato trayéndoles cabos de carboncillos que pedía a un cierto amigo pintor. En el transcurso de muy pocos días arreciaron las pinturas murales con contornos de islas y continentes y surgió un mapamundi, en parte real e hipotético, con la situación de los mares y las tierras conocidas y las desconocidas que Cristóforo, sabedor de todos los fabulosos relatos de geógrafos y viajeros, desde la más remota antigüedad, iba dibujando a su entero antojo; porque aquel extraordinario genovés se sabía al dedillo las geografías desde Herodoto y Ptolomeo hasta las descripciones de aquel Marco Polo, llamado por mal nombre «El Millón», quien ciento cuarenta años antes, estando preso, precisamente en Génova, las dictara a su compañero de infortunio, como lo era Cristóforo de Peraza, Maese Rustichello de Pisa.

Allí estaban pintadas, como señalando los puntos extremos conocidos entre los cuales viajaba el sol,

la famosa isla de la Trapobana; la principal de las tierras de las Especierías, en el Oriente y las Islas Canarias en el Occidente y en el mismísimo confín donde comenzaba el tenebroso Océano. En estas últimas fijaba su vista Fernán Peraza; sobre todo en aquella a la que Cristóforo, con largos y floreados caracteres procesales, le había puesto el nombre de la Gomera, pintándola mucho más grande que las otras para destacarla mejor, con ser una de las pequeñas del Afortunado Archipiélago, y la mirada se le cargaba de nostalgias de su casa fuerte de San Sebastián; de aromas de cedros, de brezos y laureles; de las cuevas de Guajedum, las moradas de Iballa, y su pensamiento se iba tras el maravilloso recuerdo de su amada, de su bellísima princesa de Arure, a la que suponía, como así era en realidad, triste y macilenta, ajada por el sufrimiento su preciosa Flor Salvaje, con la imaginación perdida en las, para ella, insospechadas lejanías tras las cuales se ocultaba la forzada ausencia de su amado después de aquel infausto día en que las traspuso con cadenas puestas en las manos.

Cuando Cristóforo dio fin a su enrevesada cartografía mural, trazando como una rúbrica el último de sus imaginarios rumbos, el entusiasmo había subido de punto en ambos presos. En silencio contemplaban aquellos mares y aquellos rumbos que conducían a aquellas tierras desconocidas, embarcando sus imaginaciones en la inmensa carabela de sus ilusiones para desplegar las velas al céfiro, al austro, al noto y al alisio representados por mofletudos angelotes que, desde los ángulos y puntos precisos, soplaban desafortunadamente. Peraza fue el primero en romper esta especie de éxtasis y exclamó solemnemente:

—Si Dios quisiera que yo saliera con bien de esta prisión, posibles tengo para mercar una nao de alto porte capaz de navegar por todos estos mares— y abarcaba, con el brazo extendido y la mano abierta toda la superficie marina del mapamundi— Entonces

vos, Cristóforo, seríais el maese de esa nao y yo, armador de la misma, iría a vuestro lado.

—¿Con la misma amistad que nos ha unido el infortunio en esta mazmorra?

—Sí, Cristóforo, como dos en uno, iremos a la descubierta de esos mundos.

—¿Seríais capaz, Peraza, de hacer realidad todas las ansias de mi vida?

—¿Te juro que pondría a tu alcance todos los medios para que pudieras descubrir los secretos que encierra el Océano y arrancarle sus riquezas.

Entonces los dos hombres se miraron fijamente a los ojos, extendieron sus brazos izquierdos hasta hacerlos descansar sobre el hombre derecho de cada uno y con las manos derechas entrelazadas en un fuerte apretón, quedó, en silencio, sellado un pacto.

* * *

No había transcurrido mucho rato desde que los dos presos habían dialogado de forma tan concisa y recia, proyectados hacia un incierto futuro que sus situaciones, sobre todo la de Peraza más que la de Cristóforo, le daban visos ciertos de quimera, cuando les pareció oír rumor de conversaciones y pasos de personas que se acercaban a la mazmorra, cosa que los intranquilizó ya que hacía algún tiempo que las campanas de la catedral, aledaña al Alcázar, habían tañido el angelus y no era costumbre, después de esto, que viniera el carcelero a visitarles. No obstante el carcelero marchaba a aquella hora por los oscuros pasillos pero, esta vez sirviendo de guía a un grupo formado por un hombre y dos damas.

Recordemos la promesa de Don Lope de Figueroa hecha a Doña Beatriz de Bobadilla, la noche de la fiesta en la corte, de conducirla a la presencia de Peraza en su calabozo, y aunque aquella extravagante visita la habían concertado Don Lope y La Cazadora



para el siguiente día de la fiesta, fuera por ciertas dificultades que el alcaide juzgó opuestas a la presencia de damas en la cárcel, o por alguno de los enredos de amoríos del seductor Figueroa allá por los barrios bajos de la Judería, la verdad fue que transcurrió el tiempo en demasía hasta que, Doña Beatriz impaciente por ver realizada su querencia, porque hartos terca era la damita en cualquiera de sus ideas fijas, exigió el cumplimiento de la promesa al alcaide.

Por los oscuros pasillos, por las interminables escaleras, marchaban el carcelero, Don Lope, Doña Beatriz y Doña Yumar: una dama, esta última, que había pasado de los cuarenta e iba próxima a los cincuenta; jamón bastante pasado y fofa, que en otro tiempo, había dado mucho juego y que, a la sazón, se refugiaba al socaire de Doña Beatriz por ver de participar, aunque sólo fuera de mingo, en el juego de sus amoríos. Ahora, como en todas sus aventuras, acompañaba a la Cazadora sirviendo de respeto y de tapadera de buen ver y caminaba a retaguardia, yéndosele la sangre a los zancajos y tan atarazada por el ambiente carcelario que, provocando las burlas, también un tanto, nerviosas, de Doña Beatriz, exclamaba a cada instante:

—¡Hay frío de muerte y olor de tumba...!

—Bueno es que os vayáis acostumbrando... Tal vez algún día... por vuestros lances pasados... —y reía Doña Beatriz con bastante histerismo en sus carcajadas, por los visos que aquello tenía de zalargada, y así, entre chanzas, llegaron a la puerta del calabozo que el carcelero abrió al instante.

Un silencio de espectación, como el que ocurre cuando se alza el telón de un escenario, invadió tanto al grupo visitante como al visitado; los presos miraban de hito en hito, con humanidad trasnochada, a las dos damas y éstas, boquiabiertas, buscaban, con la mirada vacilante por efectos de la penumbra, la definición visual de aquellas dos siluetas masculinas. Al fin rompió aquel hielo el propio Peraza, quien

reconociendo a Don Lope de Figueroa, le preguntó con ansiedad:

—¿Sabéis de la situación de mi causa en la Justicia Real?

—Tened paciencia— respondió piadoso Don Lope —Pronto compareceréis a juicio y los Reyes tendrán clemencia para vuestro crimen.

—No existe mi crimen, Don Lope. Todo fue obra de la fatalidad. Yo no maté, ni quise matar a Rejón.

—No os exaltéis, Don Fernán, y al menos olvidad vuestros sinsabores para ser galante con estas damas que os vienen a visitar. Si me lo permitís, os presentaré ante la simpar belleza de Doña Beatriz de Bobadilla y la de su amiga Doña Yumar.

Peraza, abandonando su áspera postura de protesta, besó las manos de Doña Beatriz y su amiga y dulcificándose cuanto pudo, entabló animada conversación con la primera, mientras Cristóforo permanecía en el fondo de la celda y Don Lope y Doña Yumar fueron a curiosear las paredes pintarrajeadas con el mapamundi.

—¿Lo habéis hecho vos? —preguntó Don Lope a Cristóforo.

—Sí. En él he ido entreteniendo los forzados ocios de este encierro.

—Claro, como mareante que sois, para vos no podría haber otro mayor pasatiempo. Me ocuparé cuanto antes de vuestro negocio. Como alcaide que soy puedo gestionar vuestra libertad. Estoy convencido que fue una injusticia vuestra detención; mas es necesario contar con la Santa Hermandad...

—¿Dónde está el señorío de Don Fernán Peraza? —preguntó Doña Yumar, dándosela de curiosa.

—Aquí— señaló Cristóforo —en las Canarias.

—¡Huy!, qué precioso. ¿Lo habéis pintado vos mismo y tal cual es? ¿Cómo dice este rótulo? Go... go...

—Gomera— Intervino Don Lope— ¿Estáis anulada, o es que ya no sabéis leer?

No digáis tonterías, Don Lope, es que hácenme danza de micos esas letras tan historiadas. Venid Doña Beatriz: mirad; ésta es la tierra de la cual es Señor Don Fernán Peraza.

Fue entonces Doña Beatriz a contemplar el mapamundi, interrumpida por Doña Yumar en el animado diálogo que sostenía con Peraza, y, como Cristóforo había dibujado la pequeña Isla con caracteres exagerados, le pareció la Gomera algo de inusitada importancia, enclavada en una región de misterio, en el mismo confín del Océano conocido, cara a lo ignoto. Por ello pidió a Peraza una descripción detallada de su señorío y éste accedió a dársela con tan buen talante que, a poco, fuera un discurso tan extremoso de ponderaciones que llegó a ser capaz de levantar, en el grupo visitante, exclamaciones admirativas en en tal alto grado que parecía que el concepto que se habían formado rayaba en el de que aquello era, poco menos, que la tierra de Ofir, o la Trapobana, o el Cipango legendario y famoso; gracias a que Don Lope, dándose cuenta de que ya era muy avanzada la prima noche y tiempo de salir de aquel lóbrego subterráneo, dió el clarinazo de retirada porque Peraza, entusiasmado con el palo de su mayor gusto, caliente el pico hablando de lo que le era más caro, no llevaba trazas de acabar. Al fin se inició la despedida en la que llevó la voz cantante Doña Beatriz diciendo con firmeza y hasta apasionadamente a Peraza:

—Tened canfianza; pondré todo mi valimiento en favor de vuestra causa y dad por seguro mi triunfo.

—Mejor abogado no pudisteis hallar— subrayó Don Lope.

—¡Huy...! Si supierais que Doña Beatriz en la corte de Castilla puede mover el mundo sin la pa-

lanca ni el punto de apoyo que necesitaba Arquímedes...!— ponderó Doña Yumar.

—Dejadme que os bese las manos en prueba inicial de mi agradecimiento—dijo emocionado Peraza mientras, al contacto de aquellos labios en su piel, en Doña Beatriz surgía una nueva querencia amorosa.

Cuando el grupo visitante desanduvo, guiados nuevamente por el carcelero, aquel dédalo de galerías, pasadizos y escaleras de caracol y se encontraron, respirando a pleno pulmón, en el patio de armas del Alcázar, la Cazadora, despidiéndose de Don Lope, díjole resueltamente:

—Fernán Peraza no subirá al patíbulo. Opondré todo mi valimiento contra quien quiera llevar su cabeza hasta el tajo del verdugo; os lo aseguro.

—¿Sabíais que la Reina quiere hacer con esta causa tremendo escarmiento para todos los señores feudales?

—Yo jugaré tan sutilmente, que será la propia Reina quien primero muestre su magnanimidad.

Nada más respondió Don Lope y se limitó a despedirse de las dos damas, aunque patentizando en su rostro un inevitable rictus irónico: manifestación externa de la convicción que acababa de adquirir de que La Cazadora había descubierto una nueva pieza y se disponía a tomar un dardo más del carcaj de Cupido para dispararlo al corazón de Fernán Peraza.

Aquella noche, todas las personas que hemos visto actuar últimamente habrían de pasarla de claro en claro.

De un lado los dos presos, para quienes la visita de las dos damas había sido altamente perturbadora de sus dormidas pasiones, traducida en un insomnio alucinante, porque el olor perfumado de las hembras persistía en el antro carcelario, o en comentarios, entre ambos, cargados de sugerencias concupiscentes que, por igual, tocaban la pimpante juventud lasciva de Doña Beatriz o la decadencia carnal de

Doña Yumar. De otro, Don Lope de Figueroa que, de tanto mascullar la convicción sacada en su despedida de Doña Beatriz, deseó añadir una calaverada más de las tantas de su vida, visitando algún burdel de los de su predilección. De otra, Doña Yumar, inquieta y atarazada de flatulencias menopáusicas. Y sobre todo, del otro, Doña Beatriz, totalmente despabilada bajo el dosel sostenido por los recios pilares de la barracama, que, con toda frialdad, calculaba y sopesaba imaginativamente cual de los dos caminos le convendría tomar: si continuar la aventura iniciada con el Rey, ya en vías de culminación ante las deferencias de Su Alteza tan a las claras patentes la noche de la fiesta, para terminar con la esplendorosa, aunque quizá efímera y salpicada de incómodas posturas, aureola de favorita real, o iniciar, en serio, un sitio a la plaza de Fernán Peraza, salvándole del verdugo y hacer que su agradecimiento viniera a trocarse en amor, llegar a ser su esposa y compartir su destino en su exótico señorío atlántico.

Los proverbios encierran toda una norma de conducta sacada de la experiencia del pueblo, y era mucho de considerar aquel de «más vale ser cabeza de ratón que cola de león» y ella, Doña Beatriz, con sus desmedidas ambiciones y sus frías y calculadoras artimañas estaba segura de poder acrecer el ratón, de tal manera, que llegara hasta poder parangonarse con el león. Entonces vino a caer en un entresueño en el que se vio convertida en señora de un poderoso reino oceánico, tal vez surgido de aquella fabulosa Atlántica relatada por el griego Platón en sus famosos diálogos y en cabeza de una poderosa dinastía talasocrática capaz, con la colaboración de expertos mareantes, como parecía ser aquel extraño genovés que hacía compañía a Peraza en la mazmorra, de organizar expediciones de descubiertas de islas y continentes y arrancar a aquel Océano sus misterios y sus riquezas. Así se quedó embelesada y pudo coger el sueño por

una punta hasta los primeros claros del día con los que se despertó y comenzó a vestirse rápidamente, acuciada por la resolución de ir a ver a su prima, la Marquesa de Moya, antes de que ésta penetrara en el tocador de la Reina

* * *

Muy de mañana, como era su costumbre, el secretario de la Reina, Luis de Santangel, penetró en el despacho real con objeto de ordenar y enterarse de los asuntos que habría de someter a la consideración de Su Alteza. Mas aquel día hubo de quedarse suspenso y altamente sorprendido al ver que sobre su mesa, los menestrales habían colocado una inusitada cantidad de rollos, y mayor sorpresa hubo de mostrar cuando, abriéndolos uno a uno, pudo comprobar que, salvo media docena que se referían a cosas de puro trámite, todos concernían al trance de Fernán Peraza con la Justicia Real. Textos fechados en diferentes ciudades, villas y lugares andaluces y firmados por gente de alto copete y rango en la nobleza del Sur de Castilla, entre los que no faltaban algunos de la alta clerecía y abades de importantes monasterios, y aunque la generalidad estaban redactadas en términos de mesura, había uno, firmado por el Conde de Niebla, de tan manifiesta violencia que, sin ninguna clase de reparos, lanzaba diatribas contra lo que el firmante calificaba de avasallamiento vil a la dignidad de su muy amado deudo Don Fernán Peraza, y amenazaba, sin ambages, con volver a su posición de rebeldía toda vez que el poder real no reparase cumplidamente lo que calificaba de mayúscula tropelía.

Con ello quedó visiblemente preocupado el Secretario, pasando la mano por su entrecana y luenga barba, porque sabía, de un lado, el poder del magnate andaluz y su carácter de firmeza por el que era capaz de revolverse contra los propios reyes de Cas-

tilla y, del otro, las reacciones tozudas, celosas de sus absolutas prerrogativas, de Doña Isabel, la Reina, cuando algún noble trataba de menoscabarlas; viniendo también Santángel a sacar en consecuencia que Diego García de Herrera y su esposa Doña Inés Peraza de Ayala, desde su señorío de Lanzarote, habían trabajado bien e incansablemente, en favor del hijo, cerca de la nobleza andaluza.

Desde que la Marquesa de Moya tuvo aquella confianza referente a su prima con la Reina, ésta hallábase como ensimismada haciendo su tocado con una desacostumbrada pereza y casi sin cambiar una palabra con su camarera mayor; por las sombras que se advertían en su aterciopelado rostro y el ajamiento del mismo, se notaba que pasaba las noches sin dormir, dominada por la idea fija de la infidelidad del Rey. Doña Isabel no había querido llegar a una situación de violencia, desahogando su pesar con su esposo, por temor a una repulsa de éste que levantara entre ambos, entre el amoroso emblema del yugo y el equitativo lema del «Tanto Monta», una fría e irreparable muralla, tanto en el ambiente doméstico como en el político y se tragaba toda su amargura antojándosele, incluso, que el Rey hiciese el huidizo de su persona, buscando con mayor asiduidad que la acostumbrada, salidas a su afición favorita de la cetrería.

No obstante, aquella mañana, después que su prima le hablara antes de penetrar en el tocador de la Reina, había en la faz y el continente de la Marquesa de Moya, un hálito de contento y una luminosidad en la esperanza de haber dado con aquel deseado pretexto para alejar a su prima de la corte. Esperaba madurarlo mejor para poner en conocimiento de su real amiga, todo el plan que, en un instante había bosquejado y, sobre todo, aguardar la ocasión propicia para hacerlo, porque la cosa tenía sus visos de

rozadura de la conciencia, en lo que Su Alteza jamás consentía, por lo que era mejor aguardar hasta que la fuerza de los hechos la obligaran a aceptarlo como un mal menor.

Como queda dicho, aquel pretexto, el tan buscado pretexto sutil, había surgido como una idea luminosa durante la entrevista que, momentos antes, había sostenido la de Moya con su prima La Cazadora. Tal como se lo había propuesto, Doña Beatriz fue aquella mañana a ver a su prima en la primera hora y de su conversación sacó esta la consecuencia de que sólo en el espacio de unos días, la volubilidad de aquella, había tornado su querencia apartándose de la del Rey para acercarse a la de Fernán Peraza.

Tan rápida fue la Cazadora en su exposición, que a la de Moya no le fue posible hallar la coyuntura para echarle la reprimenda que le tenía preparada por su procaz comportamiento en la fiesta de la corte y ello fue una grandísima suerte ya que, de haber hablado primero la Marquesa, la conversación entre ambas primas se hubiese llenado de asperezas dificultando el que Doña Beatriz se explayara en la forma que lo hizo. En resumen: su pretensión era que la Marquesa interpusiera todo su valimiento cerca de la Reina para obtener el perdón de Fernán Peraza. Con tanta vehemencia se lo pidió y tantas razones adujo que la de Moya no pudo menos que preguntarle si, en verdad, conocía a Fernán Peraza y al contarle Doña Beatriz su entrevista, la tarde anterior, con el preso, hizo tan cumplido elogio de su persona y con tan vivos colores se lo pintó que la Marquesa, yéndose directamente al grano, le preguntó a boca de jarro:

—¿Te casarías con él?

—¡Sí! —contestó La Cazadora rotundamente.

—¿Me prometes que te casarías con él si logro su perdón por parte de Su Alteza?

—¡Sí! —insistió, y, adivinando el pensamiento de

su prima, añadió espontáneamente— Me casaría con él y le seguiría hasta su señorío de Las Canarias.

En estos pensamientos iba entretenida la Camarera Mayor de la Reina, mientras seguía a su Señora hasta el despacho real a través de las galerías, ya a aquellas horas repletas de palaciegos que doblaban la cintura, ceremoniosos, al paso ligero y menudo de Su Alteza, quien, sujetando con su regordeta mano las negras tocas ribeteadas de blanca y almidonada holanda, que pugnaban por dejar entrever las guedejas rubias del pelo, clavaba, en todos y cada uno, la mirada dulce y firme de sus ojos azules.

—Buenos días nos de Dios Santángel.

—Buenos y santos, Serenísima Señora— respondió el Secretario, haciendo su acostumbrada reverencia— Mas éste de hoy no parece tener muy buen cariz, Alteza.

—¿Y ello?

—Todos estos rollos— dijo Santángel señalando el montón que había sobre su mesa— se refieren a un mismo asunto. La nobleza andaluza pide, y algunos exigen, la libertad de Fernán Peraza.

—La Justicia Real no puede doblegarse— respondió, erguida y majestuosa, la Reina.

—Lo comprendo Señora; pero Vuestra Alteza sabe, por experiencia, de la condición levantisca de los nobles, andaluces.

—Verdugos le sobran al Poder Real para ejecutar vasallos rebeldes.

—Si, Alteza, tenéis razón. Pero acordaos de las no muy lejanas banderías de Niebla y Ponce de León.

—¿Cómo va el asunto de Peraza?

—Pendiente sólo de la firma de Vuestra Alteza y de la de mi Señor el Rey— respondió Santángel mientras tomaba una lista de nombres de sobre su mesa y la entregaba a la Reina— Ved: aquí tenéis los oidores que han de formar el Tribunal, en espera de la aprobación de Vuestras Altezas,

—Pues acelera los trámites. Por mi parte firmaré esta lista al instante, luego, sin mas pérdida de tiempo, la llevarás a la firma de mi Señor el Rey.

Y sentándose en el apoltronado sillón fruiluno que tenía ante su mesa, tomando la larga pluma de ganso, se disponía a firmar la Reina lo que no era otra cosa que la anticipada sentencia de muerte de Fernán Peraza, cuando la Marquesa de Moya, juzgando oportuno el momento, porque a pesar de la entereza que mostraba Doña Isabel externamente, por dentro le andaba la procesión de sus ternezas en contraposición con su grave responsabilidad de Reina, la interrumpió decididamente:

—Pero es el caso, Alteza, que yo quería, también, abogar por el perdón de Peraza.

—¿Beatriz...? —dijo la Reina invadida de perplejidad, que se hizo extensiva a Santángel.

—¡Sí! —repuso con mucho aplomo la de Moya— Os lo pido en nombre de mi prima Beatriz de Bobadilla.

—¿Cómo...? —exclamó Doña Isabel, más perpleja aún.

—Parece que está enamoriscada de Peraza y desea casarse con él, si Vuestras Altezas le conceden el perdón, e irse a residir a Canarias, en La Gomera, en el señorío de Peraza.

—¿Desde cuando tomó esa resolución tu prima? —preguntó la Reina, dando un suspiro y dejando caer la pluma en el plumero.

—Pues desde ayer tarde, desde anoche, desde hace un instante que ha hablado conmigo en vuestra antecámara— decía la Camarera y le sonreía a la Reina, y el rostro de ésta volvía a adquirir su gracia y donosura y el secretario respiraba hondo, como si le hubieran quitado un peso de encima y capeaba, inteligentemente, sus ojillos de judío converso.

CAPITULO VIII

SINGLANDO HACIA CANARIAS

Pocos días después de asistir a aquella escena del despacho real en que tan a las manos se les vino a la Reina y a la Marquesa de Moya, el difícil pretexto sutil con el que poder, disimuladamente y como cosa natural, alejar de la corte a la perniciosa persona de la Cazadora, vemos, una mañana, cómo el secretario de la Reina salía de la mazmorra donde estaba encarcelado Peraza y volviéndose al interior de la misma, instaba desde la puerta:

—¡Os lo vuelvo a repetir! Pensadlo bien. Os va en ello la vida. Dentro de unos momentos volveré a saber vuestra respuesta definitiva.

La puerta se cerró con fatídico golpe seco y tras ella resonó en la mazmorra la voz de Cristóforo que repetía, como un eco del secretario a Peraza:

—¡Pensadlo bien! ¡Os va en ello la vida!

—¡No! ¡Mil veces no!— respondía Peraza maquinalmente, embargado por una fuerte excitación nerviosa, tumbado de bruces sobre el camastro.

—¡No! ¿Me oyes? ¡No! Amo a Iballa y no pondré su amor ni, aún, a costa de mi vida. Imposible: no puedo sustituirla por Doña Beatriz.

—Pensad que la propuesta es más fuerte que una razón de estado. Se trata de elegir entre la vida y la muerte —recalcó Cristóforo— El dilema está claro: dentro de unos días, tal vez mañana, si os obstináis en vuestra negativa, el hacha del verdugo estará amolándose para vuestro cuello. Escoged hoy la vida a cualquier precio; mañana Dios dirá y guiará vuestros pasos hacia donde más os convenga.

—Si sólo fuera el matrimonio, yo lo haría y...

luego... Pero esa terrible condición de llevarla a residir en La Gomera ¿Cómo dar a mi querida Flor Salvaje el trágala de otra hembra?

—¡Bah, bah!—insistió Cristóforo quitándole importancia a las razones de Peraza— Vuestra Flor Salvaje, por serlo, será fácil de contentar y capaz de aguardar con paciencia a que un habilidoso rey de armas, bien pagado, encuentre un atisbo de consanguinidad entre vos y Doña Beatriz, cosa que a Roma le bastará para aceptaros el repudio. Para todo hay remedio en esta vida menos para la muerte, que es la que vais a escoger, de seguir en vuestra obstinación.

—La verdad, Cristóforo —lamentaba Peraza— que todo esto es mas vergonzoso que la misma muerte en un patíbulo.

—Pero si lográis el fin provechoso de escapar a esa muerte, ¿qué importan los medios? El patíbulo será baldón eterno sobre vuestra propia sangre y los medios ninguna vergüenza entraña aparentemente. ¡Acallad el corazón con la voz de la razón, que reside en la cabeza, antes de que el verdugo, de un sólo tajo, os la separe del cuerpo!

Calló con esto Cristóforo y se incorporó Peraza, sentándose en el camastro y, con la cabeza hundida entre las manos y la vista fija en el suelo, permaneció largo rato pensativo, con lo que fue aquietándose su estado de agudo nerviosismo.

A poco de todo esto, de nuevo se oyeron pasos y el característico ruido de los cerrojos; se abrió la puerta de la mazmorra lentamente y en el umbral apareció, otra vez, el Secretario de la Reina, quien, tras unos momentos de espectación, dijo resueltamente:

—¿Qué respondéis, Don Fernán? Esta es la última oportunidad que os doy.

Mas Peraza permaneció inmóvil y en la misma posición que estaba, sin apartar la vista del suelo, mientras el crispamiento del rostro de Cristóforo y la

hierática firmeza del Secretario daban la tónica de desaliento que embargaba a todos los circunstantes.

Iba ya a retirarse el Secretario, cargando, no sin pesadumbre, con el peso de su fracaso, cuando Peraza, al fin, se decidió a dar señales de vida, diciendo débilmente.

—¡Sí! Acepto el trueque de condición. Pero decid a quienes os han enviado que lo acepto porque en el dilema que habéis venido a traerme, se me ofrecen dos muertes: he de elegir entre la muerte del cuerpo y la del espíritu. Yo elijo la muerte del espíritu, aunque venga adornada con mieles de amoríos, porque esa otra del cuerpo encierra la afrenta de que ha de ser sobre las tablas de un patíbulo.

—Mas —arguyó de nuevo Santángel— tened presente que, para toda la gente, vos estaréis enamorado rendidamente de Doña Beatriz de Bobadilla.

—Id en paz. Perded cuidado que representaré mi papel a maravilla. —contestó Peraza, poniendo una amarga ironía en sus palabras y, de pronto, como si le hubiera asaltado una idea, añadió:

—Pero todo lo supedito a una expresa condición.

—¿Cuál? —preguntó el Secretario, nuevamente desalentado.

—A que el día que yo salga de este encierro, delante de mí vaya este hombre— y señalaba a Cristóforo Colombo.

—Creo que este extranjero no tiene cuentas pendientes con la justicia y que sólo está aquí por no tener papeles que lo acrediten.

—Así es, señor— dijo Cristóforo.

—Yo lo abono— añadió Peraza.

—Pues siendo así, concedida vuestra petición de antemano.

Y se retiró Santángel frotándose las manos por el éxito de su poco agradable comisión.

* * *

Habían pasado ya varios días, después de la desabrida entrevista de Santángel con Peraza, cuando encontramos a éste en la ciudad ribereña de Palos de Moguer junto con su ya pimpante esposa Doña Beatriz de Bobadilla a quien acompañaba, ahora en calidad de dama de honor, su inseparable amiga, la jamaona Doña Yumar y al tiempo que los descubrimos, vemos como Cristóforo viene hacia Don Fernán, alborozado, para darle la noticia de que, al fin, ha cerrado el trato de la compra de una nave que, como en cierta ocasión le prometiera Peraza, pagaría éste con sus posibles.

Desde el punto y hora que Santángel obtuvo el consentimiento de Peraza para matrimoniar con Doña Beatriz de Bobadilla, moviéronse rápidamente todas las fuerzas intrigantes de la corte, tan entre bastidores y en silencio, que de allí a poco se reconoció la inocencia de Peraza en la muerte de Don Juan Rejón y se rehabilitó al Señor de la Gomera con todos sus honores y prerrogativas y se proclamó su boda con La Cazadora, no sin que en la corte se comentara con ahuecamiento de voces y comedidas murmuraciones.

Los esponsales tuvieron lugar de la noche a la mañana, sin pena ni gloria y como a hurtadillas, en una humilde iglesia segoviana y el mismo día remontaba la empinada ladera de Balsain, en demanda del Puerto de Navacerrada, una reducida caravana de acaneas y acémilas que tendría que desandar, tras numerosas y penosas jornadas, los interminables caminos del centro y sur de Castilla hasta dar con la riente ciudad de Sevilla, asomada a la ribera del Guadalquivir.

Con esa caravana, con Doña Beatriz, Doña Yumar, Cristóforo Colombo, algún que otro paje, servidumbre y baraunda de arcones y valijas, marchaba Don Fernán Peraza hacia su señorío, cumpliendo, en

principio, con su compromiso de alejar de la corte, para bueno y largo tiempo, a la peligrosa Cazadora.

Ya en Sevilla, recibió Peraza las albricias de su primo el Conde de Niebla y Duque de Medinasidonia y, junto con ellas, buenos cuencos de doblas moriscas, escudos y maravedíes que, su liberal deudo, le anticipara para que pudiera organizar su viaje a las Canarias.

Por ello, a la sazón que le encontramos en Moguer, los malos sabores tenidos en Segovia habíanse disipado, en cierto modo, en Peraza porque, por una parte, las atenciones y larguezas del de Niebla tuvieron la virtud de que sus faltriqueras pesaran con sones agradables y, por la otra, la compañía graciosa de Doña Beatriz, al fin mujer de rebosantes encantos, hizo que se vieran recompensadas las abstinencias impuestas por la prisión, quedando un tanto en nebulosa y adormecido el recuerdo de aquella su amada Flor Salvaje de la Gomera.

Cuando Cristóforo le mostró la nave, atracada a una de las riberas del Odiel, los ojos de Peraza brillaron con ansias marineras, y junto a ella, él y Cristóforo, rememoraron el pintarrajeado mapamundi que allá quedó como decoración mural, de la terrible mazmorra segoviana y surgió, ante la pura realidad, la ratificación de aquel pacto que ambos hicieron en el antro carcelario, sin otro viso que el de una gran quimera: Cristóforo como maese y Peraza como armador irían del brazo descubriendo Mundos.

La nave, en realidad, no era la carabela de gran porte que ellos ambicionaron, pero sí una embarcación graciosa, de las llamadas marineras, aparejada de vela cuadrada en el palo mayor y latina en el trinquete. Tenía pequeña artillería de dos culebrinas por ambas amuras y un alto castillo con lujosa cámara, cubierta por amplio puente sobrancero, para la comodidad de las maniobras, rematado por grandioso fanal de popa que lucía, al encenderse la policromía de sus vidrios.

Una vez que Peraza fue propietario de la nave, pagando su precio, mandó adornar las amuras, cerca de la proa, con los timbres de su nobleza y allí lucieron los escudos con las calderas de ricohome de los Herrera; los árboles pereceros de los Peraza y los lobos pasantes y las aspas de los Ayala y, en la popa, hizo borrar el nombre feo e inexpresivo que tenía y pintar de nuevo el del santo que había sido siempre el de la devoción de toda su familia: San Sebastián.

Una tarde, estando ya la nave bien dotada de marinería experta y sabedora y de oficiales y soldadesca seleccionada, subió Peraza a su bordo con grave continente, seguido de Doña Beatriz y todo su séquito y situándose en el puente, hizo entrega solemne de la nave a Cristóforo, dándole el espaldarazo de su maestrazgo ante toda la tripulación y, entonces, tremoló al tope del palo mayor, el pendón de su señorío y en el trinquete la grimpola del maese, de color morado sin más aditamento, porque aún no tenía ni divisa ni timbre que lucir en ella. Ya no le faltaba a la nave más que arrancharla para el largo viaje y en ello se dieron tanta prisa el maese y la marinería que en dos días quedó lista para zarpar.

Fue en una tarde de Junio, cargada de vapores salitrosos, arrancados por el intenso calor a los dilatados arenales de la ribera onuvense, y el sol poniente espejeaba con matices de oro sobre la encharcada marisma, alargando las sombras de los juncos y chaparros, cuando estando cada cual en su puesto y acomodada en la cámara Doña Beatriz con toda su servidumbre, Cristóforo dio, desde el puente, con voz timbrada de emociones, la orden de soltar las maromas, al tiempo que en la proa, cantaba acompañado, con chasquidos de hierros acerados, el artificio de levar las áncoras la canción cargada de nostalgias de todas las naves al partir. Con crugir de motones y poleas trepó a lo alto y a lo largo del palo mayor la vela cuadrada, quedando desplegada como una blan-

quísima bandera que lucía, pintada en rojo, la cruz del Redentor y, henchida por el terral, impulsó a la nave río abajo en demanda del mar, al tiempo que el contramaese, anunciaba, con acompasados toques de campana, el fin de la maniobra de las áncoras. Entonces Cristóforo y Peraza, ambos en el puente, volviéronse el uno al otro, mirándose mutuamente, y en silencio se estrecharon las manos fuertemente.

Después, Cristóforo fue a atender la maniobra del timonel en el gobernalle y Peraza descendió por la escala hasta la cubierta: mas fijando su vista en la gente de su séquito que, inquietos y curiosos, andaban de aquí para allá entorpeciendo las faenas de la marinería, se sorprendió al observar la figura desmedrada de un hombrecillo, con modales ratoniles, buyendo entre la servidumbre, cuando no estaba aquietado junto a Doña Beatriz en actitud de perrillo faldero, mientras ésta, acompañada por Doña Yumar, apoyadas en la borda, contemplaba cómo se iba alejando el blanco caserío de Moguer. Llamole la atención a Peraza tal personajillo y llegose hasta Doña Beatriz con gesto inquiriente sobre el mismo.

—Ah sí, es mi secretario. No os lo había dicho por falta de tiempo. No tiene importancia; me lo recomendaron en Sevilla.

—¿Judío? —preguntó Peraza.

—Converso, Señor— respondió por sí mismo el tal, haciendo una exagerada reverencia— me llamo Alonso de Santa María.

Mas en aquel momento la nave comenzó a dar cabezadas cada vez más intensas hasta culminar en una violenta alzada del tajamar que cayendo luego con gran violencia salpicó el agua, embarcando buchadas por la proa y espantándose la gente con las mojaduras, fueron a buscar el socaire de las sentinas y de la cámara, quedando la cubierta despejada para bien de la marinería en su faena. Peraza volvió a

subir al puente al tiempo que el timonel decía a Cristóforo:

—La nao pasó la barra del río.

—¡Contramaestre! —gritó entonces Cristóforo—
Iza la vela del trinquete y afianza las escotas de babor.

Mientras, con la vista fija en la aguja de marear que flotaba en su caja de aceite, iba indicando con una mano el timonel el giro que habría de darle al gobernalle hasta hacer un gesto de alto, para comentar, seguidamente: —Sudoeste un cuarto al Este. Esa es la ruta. Afianza el gobernalle en ese rumbo.

A lo que respondió el timonel, tomando el reloj de arena y dándole una vuelta:

—La ampayeta muele.

Y Cristóforo, encarándose con Peraza, viendo ya la nave ceñida, navegando a todo trapo, dijo con inflexible énfasis:

—Comenzamos a singlar en el Océano, rumbo a Las Afortunadas.

—Que Dios vaya con nosotros— respondió Peraza y se retiró sin más comentarios a la cámara, donde encontró a Doña Beatriz deternillándose de risa con la mofa que estaba haciendo de Doña Yumar quien, pálida y desencajada, yacía en una litera presa de las fatigas del mareo, mientras decía entre eructos y repullos de asco:

—Por vida de... Que nunca sentí morirme como ahora.

—Ese es mal que pronto pasa. Mal de buenas mozas, Doña Yumar— comentaba riendo Doña Beatriz.

—Luego vos no lo sois— respondió la jamona, devolviéndole la ironía.—Porque como os veo tan campante...

—Avezada estoy a todo. Ya lo sabéis: a la bueno y lo malo— decía Doña Beatriz, a la vez que notando la presencia de su esposo, que sin decir palabra fue a tenderse cuan largo era, optó por callar y correr las cortinillas de la litera. A poco el silen-

cio se hizo en la cámara aunque interrumpido por las gargantadas de los que mareaban y el rodar de las basinicas. Sólo el crugir del maderamen de la nao, entre cabezadas y bandazos, ponía la nota de supervivencia, de inteligente alerta en la lucha del hombre con el mar.

Fuera por las emociones sufridas, o porque desde que zarpó la nave, notó Peraza que un estado de sobresalto iba apoderándose de su persona, lo cierto es que pasaba las noches de claro en claro, sin apenas poder conciliar el sueño. Con los claros del día subía siempre al puente, donde invariablemente encontraba ya a Cristóforo sentado en la mesa del pequeño cuarto de derrota, escribiendo en el cuaderno de bitácora, o trazando rumbos, con el compás y la escuadra, sobre las cartas marinas. Peraza distraíase viendo lo que hacía el maese o, escorado sobre la borda, pasaba largo rato observando los espumarajos que hacía el tajamar al cortar las olas.

Cristóforo sabedor de cuanto le pasaba a su amigo y señor, le observaba en silencio con miseratíamente y mientras iba anotando singladuras tediosamente y la nave ganaba andaduras en su ruta, veía cómo la personalidad viva y arrogante de Peraza anulábase por momentos. El mismo Peraza notaba este progresivo achantamiento de su ser y, como si una losa de plomo pesara cada vez más sobre sí mismo, miraba hacia aquel cuaderno de bitácora, sintiendo el momento que el maese anotara en él la última singladura y estremecíase pensando en el momento en que el vigía anunciara la tierra desde lo alto de la cofa.

Doña Beatriz se había percatado de aquel estado de ánimo de su esposo y, queriendo poner en claro aquella situación, buscaba la ocasión de hacerlo directamente con Peraza, hasta que la halló hacia el cuarto día de navegación, en que siendo ya avanzada la noche, viendo que no venía a recogerse, salió a

buscarle y encontrándolo, como de costumbre, escorado sobre la borda, le dijo, un tanto melosa:

—¿No vais a descansar?

—No— respondió Peraza bruscamente.

—Desde que salimos de Moguer, cada día va siendo mayor vuestro desvío. En verdad que a cada singladura os voy sintiendo más alejada de mí. Como si no hubierais venido; como si no estuvierais en la nave. ¡Hasta hace poco no os comportabais así conmigo...!

—Al fin erais mujer y guapa.

—¿Entonces...?— insinuó la Bobadilla animada por lo que creyó un requiebro.

—Pero la realidad— continuó Peraza—es que no sois nada para mí. Sois menos que una razón de estado. Sois lo contrario de una razón: la sinrazón de mi vida.

—¿Me repudiáis?

—Sí. Os repudio y os odio. Bien sabéis que sólo fingí mi amor hacia vos para salvar mi cuello del hacha del verdugo. Ahora no pretendáis que, esta mi vida que salvé mintiendo, la entregue, como un guiñapo, a la que fue la cortesana escandalosa de Castilla.

Ante tal insulto subiéronsele los colores a la cara a Doña Beatriz y, enchapada de ira y de despecho, inició la retirada hacia la cámara donde habría de mascullar su rencor, pero antes dijo:

—Me retáis y acepto el reto. Soy vuestra esposa.

—Para la ley y los demás sí. Mas nunca para mí —le soltó Peraza cuando ya ella iba tambaleándose por la cubierta.

Así las cosas, llegó el momento en que Cristóforo le anunció a Peraza:

—Hoy hacemos la sexta singladura. Estamos entrando en aguas de Canarias.

Pero ella fue una noticia que acogió Peraza con

indiferencia y hasta con pesadumbre. Mas, casi a renglón seguido, un suceso imprevisto vino a hacerle reaccionar hasta el punto de mostrarse alegre e interesado.

Fue al atardecer, después que todos, congregados en la cubierta, habían rezado el angelus y la marinería había cantado la salve, cuando, recién sentados a la mesa para la cena, resonó, recia y fuerte la voz del vigía anunciando tierra.

Con ello salió Cristóforo de estampía y tras él Peraza hacia el puente, donde aquel comenzó a inquirir a gritos:

—¿Cómo dices tierra? ¿Dónde estás viendo esa tierra?

—Sí señor, veo tierra. ¡Fijaos por la proa un poco a barlovento...!

En efecto: allí, donde señalaba el vigía, había una isla, áspera y negra que, después de mostrársela a Peraza a éste no le parecía desconocida aunque no exteriorizó su convencimiento, mientras Cristóforo iba al cuarto de derrota y comprobaba el rumbo con la carta y volvía, desalentado, diciendo:

—¡No puede ser! A la altura que llevamos no puede verse ninguna tierra. Mañana, a primera hora, si el viento nos aligera, podríamos ver a Tenerife a babor, a la Gran Canaria a estribor y a la proa La Gomera para surgir en ella por la tarde. La ruta ha sido segura y el rumbo bien llevado.

—No os afanáis —exclamó Peraza riendo— esa tierra no está en las cartas, ni nadie la ha descubierto. Esa tierra es la isla Aprósita: San Borondón.

Corrió entonces Cristóforo a buscar el cuaderno de bitácora para anotar la situación de aquella misteriosa isla en relación con la ruta de la nave, pero Peraza le hizo desistir de ello.

—No os afanáis maese: esa isla no tiene situación fija. Es libre y errante en el mar. Mirad —dijo haciéndole observar a Cristóforo— mirad cómo se acerca

y se mueve paralela a la nave, como si quisiera inspeccionarla. Mirad cómo ahora se aleja y describe un amplio círculo queriendo situarse a la popa. Y así comprobó Cristóforo que era la realidad, porque en el corto tiempo transcurrido desde que el vigía la cantó hasta aquel momento, tenía que haber caminado la embarcación con la velocidad del rayo para apuntarla con la proa, tenerla encuadrada en la amura de babor y largarla por la popa, donde ahora se veía negra y áspera, siempre a la misma distancia, como si viniera en seguimiento de la nave, haciendo exclamar a todos, marinería y pasaje —¡La Aprósita! ¡San Borondón! ¡La non Truvada!

Y así permanecieron, a la intemperie de la noche marina, hasta que les venció el sueño, porque la luna alumbraba la silueta negra y áspera, sin saberse si era la isla que venía siguiendo a la nave, o era la nave detenida en su marcha por algún genio maléfico frente a la isla, mientras por el puente, por la cubierta, por las sentinas, circulaba, como un hálito de misterio, el mismo rumor:

Sólo Peraza y Cristóforo la miraban con firmeza y el primero repetía maquinalmente:

—¡Será nuestra! ¡Desentrañaremos su secreto!
¡Será la primera de nuestras descubiertas!

CAPITULO IX
LA ARRIBADA

Aquella mañana, Iballa se había levantado de tan buen talante que su prima Nusac no pudo menos que hacérselo notar:

—Te encuentro hoy muy animada.

—Sí. Hoy tengo un presentimiento feliz. Soñé anoche cosas muy bellas. Está tan bonito el día, que me dan ganas de salir, de triscar por las montañas, como si fuera un tierno cordero recental. ¿Quieres que vayamos a la mar? Voy a preparar los zurrones; cogeremos mariscos y comeremos lapas, burgados y gofio en la orilla.

—¿Y nos bañaremos? Hoy hace calor—dijo Nusac entusiasmada.

—Luego, al atardecer, pasaremos por la Casa Fuerte por si Bastián tiene noticias. Ya sabes que el carabelón arribó, por fin, la semana pasada y trajo cartas para Bastián, en las que Doña Inés mostrábase esperanzada de que Fernán saliera con bien de su mal paso. Prometiome leerme esas cartas un día que estuviera más encalmado. Tal vez hoy pueda leérmelas.

Luego se fué a la cocina y tomó, de un colgadizo, dos zurrones, tan primorosamente adobados, que más parecían de fina gamuza que de vulgares baifos o cabritos, y yendo a la panzuda y descomunal jarra del gofio los llenó de la morena y olorosa harina de trigo, previamente tostado y molturado en graciosos molinillos de piedra movidos a mano. Dió uno de los zurrones a Nusac y el otro, con sumo donaire, se lo colocó ella misma en la espalda y cubriendo sus cabezas con toquillas de cuero, porque el sol, levantándose de la mar, pegaba fuerte en las cumbres, salieron cuesta abajo con paso saltarín y presuroso.

Ya en la ribera abrupta y acantilada, después

que Iballa exploró el horizonte, como venía siendo su inveterada costumbre que hacía instintivamente, bajaron por entre peñascos, aprovechando poyatos naturales, saltando, de cornisa en cornisa, hasta la misma orilla, por entre las rocas redondeadas y lisas que, como trozos de carne arrancados del cuerpo de los ingentes riscos por las dentelladas del mar, en sus frecuentes enfurecimientos, eran el sádico juguete de las olas en la zarabanda de los irisados velos de sus espumas. Luego, corriendo por los resbaladizos bancales, cubiertos de algas, buscaron diligentes entre las piedras, haciendo buen acopio de mariscos y, acabada la recolección para el almuerzo, fuéronse a un caletón en el que remansábase el agua con transparencias de fondos policromados por la abundancia y lozanía de los fucos y, despojándose de las amplias camisolas de cuero, dieron a la brisa, cálida y salitrosa, las desnudeces integrales de sus maravillosos cuerpos núbiles, en la soledad augusta de la ribera, entre el colosal hieratismo de los escarpes y la eterna canción monótona de las olas, con la que el mar se empeña en encantar a la tierra. Iballa fue la primera en lanzarse al agua, disparando su cuerpo desde una roca, en una graciosa pirueta parabólica y buceó y nadó, con maestría, hasta hartarse. Luego la secundó Nusac, bastante más bisoña y medrosa, aunque pronto la animara Iballa con su veteranía. Así, luciendo la una y la otra sus facultades de ondinas, pasáronseles las horas por las que el sol trepa a lo más alto del cielo y sintieron ganas de comer.

Salían ya del agua, cuando Nusac llamó la atención de Iballa con la presencia de un pulpo agazapado en la junta de dos piedras. Entonces se iluminó el rostro de Iballa con la promesa del festín que la suerte les deparaba y yéndose, cautelosa, hasta las proximidades de la madriguera del animal, comenzó a jugar con la mano en el agua, moviendo rítmicamente los dedos, hasta que el feroz molusco, creyen-



do que aquello era una presa fácil para su voracidad, disparó los ocho tentáculos plagados de ventosas y los fijó fuertemente en la mano de Iballa quien, aprovechando el momento, con suma destreza, le atrapó y le sacó fuera del agua. Era una pieza de gran tamaño que, con horrendo aspecto de alimaña extraña, mostraba su ferocidad con rápidos cambios de colores en su viscoso cuerpo y arremetía contra su cazadora enredándole sus tentáculos por los brazos, cuello cara, pechos y muslos, dejando, en las prietas y morenas carnes, las lívidas huellas de la tracción succionante de las ventosas. Reía Iballa con este juego, que le resultaba asaz divertido, hasta que, agotado el animal, pudo meterle los dedos por la fisura branquial y, con maña habilísima, volverla del revés de tal manera que, tras una buchada de tinta, quedó el molusco tan sin fuerzas que, levantándole a la altura de la cabeza, colgaban flácidos los tentáculos hasta tocar el suelo.

Dejando la presa sobre una piedra, ya secos los cuerpos, corrieron las muchachas a vestirse y, reuniendo chamarascas entre los riscos, haciendo un buen acopio, les prendieron fuego obtenido por frotamiento de un palo duro contra un trozo de madera fungosa de tabaibas. Hicieron hoguera y, mientras las chamarascas ardían hasta hacerse ascuas, fueron, con esquirlas de basalto, a modo de cortantes cuchillos, despiezando el pulpo en pequeños trozos que asaron en las brasas del rescoldo de la hoguera y comieron con fruición, haciendo bailotear entre los dedos los trozos de pulpo candente, enharinándolos con el gofio de los zurrones. Tanto comieron hasta hartarse, que se olvidaron el acopio de mariscos que habían hecho, porque aquel otro manjar era mucho más sabroso y exquisito que las lapas y burgados.

Hacía mucho tiempo que Iballa no había participado de tanta alegría y felicidad. Desde aquel día en que vio partir a su amado cargado de cadenas, no

había gozado de esta riente alegría de la naturaleza y ello, porque aquella mañana, sin saber por qué, se había cambiado su estado de ánimo. Mas, de pronto, aquella felicidad quedó truncada porque, recién acabadas de comer, observó Iballa que Nusac temblaba de pies a cabeza y, con la vista fija en el horizonte, le señalaba hacia los confines del mar y el cielo, diciéndole medrosa:

—¡Mira! ¡Mira, allí, La Tierra Maldita...!

Y, en efecto, allí estaba, negra y áspera, la isla misteriosa. La que Iballa ya conocía como la conturbadora contumaz de todos sus momentos felices. Pero pronto supo reponerse y, encarándose con Nusac, la apostrofó intentando desvanecer su miedo:

—No temas; no tiene maleficio; es mentira. Y si lo tuviera, opón tu voluntad a su maléfico influjo. Así, como yo lo hago, mirándola frente a frente, sin miedo.

Y como lo decía lo hacía: erguida y valiente, fija su mirada en aquella atemorizante silueta, retán-dola con aquellas palabras que, más que a Nusac, iban dirigidas a La Tierra Maldita. Y, como si cediera ésta a su valentía, se esfumó la aparición y en su lugar, al correr de un celaje, apareció una nave en lontananza y viéndola Iballa, sin saber por qué, lanzó un grito de júbilo:

—Ya no está la Tierra Maldita. La he vencido, Nusac. En su lugar, hay ahora una nave que viene hacia La Gomera.

Nusac, aún temerosa, alzó la vista y comprobó lo que decía. Iballa. Una nave marchaba, con todas sus velas desplegadas, con rumbo a la rada de San Sebastián. Una nave que, aunque bastante alejada, mostraba ya la integridad de su casco sobre el que lucía la blancura de sus velas, como alas de una gigantesca ave.

—Vamos, date prisa —dijo, impaciente, Iballa.

—¿A dónde? —preguntó Nusac.

—A la Casa Fuerte. Está lejos y quiero estar allí a la llegada de esa nave.

—¿Crees que...?

—Sí; me lo dice el corazón. Ese era el alegre presagio que hoy me ha hecho feliz. Esa nave viene de Castilla. Por allí, por donde viene, se fue la otra que se lo llevó. Esa lo trae, estoy segura.

Y trepaba jadeante, seguida por Nusac, de poyato a poyato; de cornisa a cornisa y de "talisco" a "talisco", saltando sobre el abismo del escarpe, para ganar el camino más corto hacia la Casa Fuerte.

* * *

En la Casa Fuerte y en los aledaños de San Sebastián, había jubilosa confusión. Situada la gente en los adarves y en las lomas que pudieran servirles de atalaya, hacían cábalas y conjeturas con los ojos puestos en aquella nave, que ceñida a la brisa por mano maestra en el timón, devoraba por instantes la distancia que la separaba de la tierra, enfilada en la rada de San Sebastián y a la torre de la Casa Fuerte, la que, de seguro, había tomado por surgidero.

Bastián de Ocampo, embargado de espectación sobre el adarve, gritábale al vigía de la torre a cada instante, demandando información de sus observaciones y consumíase de impaciencia cuando éste le contestaba que no podía distinguir ninguna señal por la que pudiera identificar la embarcación. Mas de pronto el vigía gritó:

—La nao trae escudos en las amuras y pendón en el palo mayor y grimpola en el trinquete...

—Pero, ¿no distingues en ninguna los timbres?— preguntó Bastián.

—No señor. Todavía me hace visajes la distancia.

Transcurrió otro momento de ansiedad que fue cuando apareció Iballa con paso vacilante por el canchaleo y ganando la arena, seguida por Nusac, se ten-

dió en ella para descansar, pero con la vista puesta en la nave cuyo tajamar parecía enfilarla, adornado con bigotes de blanquísima espuma por el aguaje que levantaba. Entonces volvió a resonar, vibrante, la voz del vigía:

—¡Albricias! La nao trae en el pendón los timbres del Señor y en los escudos de las armas los de Herrera, Peraza y Ayala.

—¡Albricias...!— gritaba la gente, mientras Bastián mandaba a atacuñar con salvas las piezas de la artillería. Cayó el puente levadizo y la soldadesca corrió alocada por la playa en demanda de lanchas, que, varadas como estaban, fueron empujadas a la mar.

Iballa lo había oído todo, sin perder detalle, resonando en su pecho un mar de confusos sentimientos jubilosos que pugnaban por salirse por la boca y por los ojos nublados por el llanto. Ahora rugía la artillería del adarve y, a cada salva, alzábase el griterío de albricias de los pardillos y en la playa congregábase un concurso abigarrado de gente de los aldeaños, porque los pastores dieron la noticia a toda la isla, con sus silbos modulados, rebotando de monte en monte, de valle en valle, hasta el último confín.

A las salvas de la torre, respondió la nave con las de las culebrinas de sus amuras y, a poco, mostrose desnuda de sus velas, muriendo lentamente la arrancada y enfilando la entrada de la rada donde tiró las áncoras con estrépito de cadenas y en el puente distingieron todos a la persona de Señor junto al mause. Iballa también lo vió; lo reconoció al instante. Venía, más que envejecido, un tanto estragado, pero a ella, alzándose en la arena, le pareció guapo y arrogante como siempre; como cuando lo conoció la primera vez en el tagoror. Y seguía cavilando, atenta a la menor maniobra de la nave, hasta que, de sus cavilaciones, vino a sacarla Bastián que, dispuesto a tomar una lancha para ir al encuentro de Peraza, al notar la presencia de Iballa, se fue hasta ella.

—Suponía que vendrías, gentil princesa de Arure, aunque sólo fuera por presagio.

—Viene el señor ¿verdad Alcaide? —preguntó Iballa, como queriendo que fuera Bastián quien le halagara los oídos con la nueva.

—¿Aún lo dudáis? ¿no le habéis visto en el puente de la nave? Voy a buscarlo en la primera lancha. Pronto lo tendréis a vuestro lado. Y partió hacia la orilla, donde ya le esperaban los remeros aguantando la lancha en la resaca.

Cada momento que pasaba iban engrosándose los curiosos en la playa. Nada podía ocurrir en La Gomera que al instante no fuera divulgado y expandido por toda la isla con aquel recurso maravilloso del lenguaje silbado y ello, más que una consigna, era una costumbre inveterada, nacida de la tremenda curiosidad congénita de todos los pueblos bárbaros: como ocurre hoy en las tribus africanas que, por el más fútil motivo, hacen sonar sus tantanes a través de las selvas. Por eso, a medida que pasaba el tiempo, iba llegando más gente. Así llegó también la noticia a la saga Ecchineá, cuando estaba trajinando en su cueva, y tan pronto la oyó se puso en camino, dándose mucha prisa en sus andares a grandes zancadas, por ver de llegar con tiempo al desembarco de Peraza. También llegó la noticia hasta las cumbres, hasta el imponente Roque de Agando, donde se había refugiado Autacuperche, el príncipe pastor del Aseysele, y hasta él llegó, como a su tiempo también había llegado aquella otra de la prisión de Peraza en la playa del Valle del Gran Rey; pero Autacuperche la acogió con indiferencia porque no quería saber nada, no le interesaba nada de lo que ocurriera por debajo de aquel dilatado y blanco pavimento de nubes por el que corrían las sombras de las aves rapaces, cuando éstas se cernían bajo un cielo de cobalto resplandeciente de solajeros.

Cuando la primera lancha se despegó de la nave,

vio Iballa, claramente, en ella a su amado que, de pie sobre el leito, miraba con ansias hacia la tierra tratando de identificar en cada una de las personas que se hallaban en la playa. ¿La estaba buscando a ella? Entonces sintió deseos de situarse en la orilla, en un lugar destacado, donde él pudiera identificarla fácilmente, pero se contuvo porque quería que la emoción del encuentro fuera más retardada para hacerla más intensa; saboreándola de antemano, como el que se prepara a comer un rico manjar.

Nusac le llamó la atención sobre la permanencia de dos damas en la popa de la lancha a las que los marineros dábanles finos acatamientos, a quienes Iballa no había visto porque sus ojos eran todos para Peraza, pero no les dió mayor importancia porque creyó que eran las esposas de algunos oficiales que acompañaban al Señor y siguió con el regusto anticipado del encuentro, mientras ya los remeros habían dejado de bogar y la lancha, empujada por las olas, iba a encallar su proa en la playa, momento que aprovechó Peraza para, con un salto agilísimo, plantarse sobre la arena seca. Entonces los músculos de Iballa pusieron en tensión para iniciar una carrera al encuentro de su amado; pero ella supo aquietarse nuevamente. Cuando se disipara aquel grupo que lo apretujaba; cuando pasara la euforia de los engorrosos saludos y parabienes; cuando viniera hacia el rastrillo de la Casa Fuerte. Lo quería solo para ella, si no hubiera gente en la playa habría sido lo ideal; lo quería sin nada ni nadie que le distrajera su atención que ella, plantándosele en su camino, recabaría íntegramente para sí.

Ya estaban los marineros desembarcando a la demás gente que venía en la lancha y, entre ellas a las dos conspicuas damas, que, no eran otras que Doña Beatriz de Bobadilla y su inseparable Doña Yumar, tomándolas en los brazos con grandes miramientos, hasta pasar el agua de la rompiente de la ola y depositarlas en la primera franja seca de la arena, cuando

Peraza inició su marcha hacia el Castillo. Mas un grupo de soldados, quizá con algún encargo del alcaide para los de la guardia del rastrillo, hubo de adelantarse a Peraza y al pasar junto a Iballa, que toda ilusionada se había avanzado al camino que traía a su amado, sin percatarse de ella, comentaba entre sí:

—Buena sorpresa nos ha dado el señor.—decía uno.

—Mira que venir casado...

—¿Quién es ella?—preguntó el otro.

—Es dama de mucha alcurnia. Camarera de la Reina, me ha dicho uno de los marineros de la nave—ponderó un tercero.

Cuando Iballa oyó esto, su primera reacción fue la de no dar crédito a lo que oía pero, reflexionando al instante, sintió cómo las fuerzas le faltaban en una sensación de anonadamiento y derrumbe, con mortales angustias en su pecho. Nusac la vió tambalearse y corrió a sostenerla: mas, pronto se sobrepuso la fortaleza de la naturaleza de Iballa y pasándose la mano por la frente, queriendo enjugar el sudor frío que la invadía, dijo violentamente:

—¡Vámonos! ¡Vámonos!, Nusac. Corre: ¡huyamos de este lugar maldito!

Y emprendió una veloz carrera, seguida de lejos por Nusac, tratando de ocultarse en un bosquecillo de cedros que estaba algo distante. Entonces fue cuando Peraza se percató de la presencia de su amada Flor Salvaje y renaciendo en él todo el inmenso amor adormecido por la ausencia, fue la terrible oleada que vibró en sus sienas haciendo que rompiera con todos los miramientos del lugar y del momento y, apartando a los que le rodeaban, corriendo como un loco tras Iballa gritando sin reparo a los comentarios.

—Iballa, aguarda. No huyas. Te lo explicaré todo.

Pero Iballa, sin oírle, corría, corría cada vez más veloz, como si de algo huyera despavorida y, alcan-

zando el bosquecillo, saltando sobre los matorrales, que iban ocultándola a trechos, trepó por las breñas hasta perderse y sólo a Nusac, que iba más rezagada, pudo atrapar Peraza, asiéndola por un brazo. La doncella, asustada, dando un gran grito de angustia, rompió a llorar medrosamente y, oyéndola Iballa, retrocedió de su carrera y situándose sobre una roca con una gran piedra entre las manos, sostenida por encima de la cabeza, increpó a Peraza:

—¡Suéltala! ¡Suéltala o te mato! Si intentas seguirme, si das un paso más te aplastaré con esta piedra. Vete a cuidar de tu esposa en la playa. ¡Traidor!

En la playa, una expectación maliciosa y dramática había sucedido a las reacciones violentas de Iballa y Fernán Peraza. La primera en percatarse de todo fue Doña Beatriz que, en un principio, se quedó bastante confusa y abochornada pero, con el aplomo y frescura que la caracterizaban, se rehizo prontamente y emprendió la marcha hacia la Casa Fuerte con toda la arrogancia que le permitía el pisar trabajoso sobre la arena. Sólo por lo bajo comentaba con Doña Yumar:

—¿Habéis visto qué bochorno? Algo de esto presentía yo con sus desvíos durante el viaje.

—¡Bah! No le deis tanta importancia. Esa será una de las tantas queridas que tendría en la isla.

—Sabré responder, como quién soy, a todo esto, Yumar. Me vengaré, os lo aseguro.

Cabizbajo, sintiendo todo el peso de su mala estrella, volvió Peraza a la playa, ya casi despejada de gente, una vez que Doña Beatriz y su séquito habían penetrado en la Casa Fuerte y sólo quedaban algunos soldados y naturales cargando en unos camellos los bártulos del equipaje. De pronto Peraza tropezó con Ecchineia que, aunque tarde, llegara a tiempo de contemplar la terrible escena y, suponiéndola de nuevo confidente de Iballa, le soltó sin más preámbulos:

—No he sido traidor al amor de Iballa. Sólo el

destino ha sido quien ha torcido mi vida. La amo con locura. ¿Me entiendes? La amaré siempre.

—¡El destino. El destino..!—comentó Ecchinea con su risa sarcástica.

—Ecchinea: ¿a dónde ha ido Iballa? Necesito hablarle y explicarle..! ¿Le dirás que mañana la espero en la Degollada?

—Dejad a Iballa, señor. Vos ya estáis casado... Os conviene dejar a Iballa.

—¡No! Yo no he faltado a mi palabra. Ha sido el destino.

—¿Qué destino, señor?

—Mi mala estrella, por la que tuve que aceptar este casorio para librar mi cuello del hacha del verdugo. Peor hubiera sido mi muerte para Iballa. Todavía podré luchar y enderezar mis pasos hacia ella.

—Diréis más bien el maleficio— declaró Ecchinea, erguida sobre la punta de los pies —Sangre y horror; ya lo habéis experimentado. Dejad en calma a Iballa; os lo vuelvo a decir. Si persistís en su amor, aún serán mayores las desgracias.

—No puedo. La amo con locura.

—Sobre ese amor pesa el maleficio de La Tierra Maldita. Para lograrlo tendréis que desencantar su misterio.

—¿Desencantar su misterio, dices? ¿Cómo?

—Vos no sois el hombre destinado a tal empresa— dijo despectivamente la saga, mientras marchaba hacia la orilla, dejando a Peraza con la palabra en la boca, al tiempo que Bastián de Ocampo venía al encuentro del Señor para acompañarlo hasta la Casa Fuerte.

Entre tanto Ecchinea había continuado su camino hasta la ribera. Iba como atraída por la marinería y ésta era la principal causa por la que se había puesto en movimiento desde que se enteró de la arribada de la nave, ya que no hubo nave que arribara a La

Gomera sin que Ecchinea estuviera presente, atenta a las tripulaciones que desembarcaban: como si esperase a alguien; como si presintiera la llegada de alguna persona que a ella le preocupaba grandemente. Y ésto lo hacía desde mucho tiempo, desde luengos años atrás. Esta vez, después de observar a cada uno de los tripulantes que, en aquel momento ocupábanse en las faenas de varar las lanchas, quedóse mirando a Cristóforo con tanta insistencia que éste no pudo menos que decirle, jocosamente, coreado por las risotadas de los marineros:

—¿No crees que estás un poco pasada para enamorarme?

—No estoy enamorándote— contestó Ecchinea impasible— Estoy observándote.—¿Cómo te llamas?

—Cristóforo por nombre y Colombo por apellido.

—¿Eres castellano?

—No. Soy genovés. Soy además el maese de la nao de Peraza. ¿Pero qué estás viendo en mí? ¿Por qué me miras tanto?

—Veo— dijo Ecchinea con cierto misterio—esa estrella que, curiosamente, forman en tu frente las arrugas.

—Ah, sí. — exclamó Cristóforo, sin darle importancia— Mi madre decía que era la estrella de mi buena suerte. Pero, a la verdad, no he visto esta buena suerte por ninguna parte.

—La tendrás. Las madres no se equivocan respecto a sus hijos. Dame tu mano.

—¿Para qué? ¿Vas a leerme la buena ventura? ¿Eres gitana, acaso?

—No. Voy a leer tu sinario. Mejor dicho: voy a complementar tu sinario porque, en principio, lo tengo ya visto— Y tomando la mano de Cristóforo estuvo mirándola un gran rato; luego dijo: —Si algún día fueras a mi cueva puede que te revele un secreto. Vivo cerca de aquí. Cualquiera a quien preguntes por la morada de Madre Ecchinea te la indi-

cará al punto. Soy muy conocida en toda la Isla.

Y a continuación soltó su acostumbrada risa sarcástica aunque, ahora, no fuera tan sarcástica como otras veces, e inició la retirada lentamente, volviendo la cabeza a cada instante, preocupada y pensativa.

Cristóforo la vió marchar y, por un momento, la siguió con la vista, mostrando curiosidad por aquella extraña anciana que de manera tan rara se había comportado con él. Pero no dándole mayor trascendencia al asunto se encogió de hombros y volvió a sus cuidados de la nave diciéndole al contramaestre:

—Si la brisa se levanta mete un rejón por la popa para que no bolinee: no sea que vaya a aflojar las áncoras. Cuidado con la guardia a bordo. Yo me voy a dormir a la Casa Fuerte, o a donde me destine Don Fernán, que harto cansado estoy.

CAPITULO X

LA BAJA DEL SECRETO

Después de aquella escena de la playa, dramática para unos y bochornosa para otros, en la que tan intenso papel jugaron el despecho de Iballa y el amor reverdecido de Fernán Peraza, la Casa Fuerte quedó escindida en dos bandos; como si entre los muros que eran bastiones para la defensa de un poderío, se hubiera metido la discordia para destruirlos.

De un lado Doña Beatriz de Bobadilla, afrentada y sedienta de venganza; desencantada, no sólo del amor que había puesto en Peraza que, aunque dotado de su natural frívolo y tocado de la conveniencia de verse libre de un peligroso enredo en la Corte, ella se había propuesto, ilusionadamente, hacerlo duradero, sino del mismo señorío que había soñado, percatada de su pobreza.

Del otro lado Fernán Peraza, sintiéndose objeto del despecho de dos mujeres y desalentado ante todas sus ilusiones destruidas; maltrechos todos sus proyectos de felicidad que él creyó, ingenuamente, poder reconstruir, a pesar de aquella tremenda fatalidad que, precipitando sucesos y situaciones trágicas en torno suyo, le hacían aparecer culpable a los ojos de todos los que no fueran sus leales amigos, como Bastián y Cristóforo, por un destino adverso que se complacía en retorcer y marchitar toda la lozanía de su juventud.

La guarnición de la Casa Fuerte también estaba dividida, porque si para los veteranos, conocedores de las prendas de nobleza de Peraza, de las poderosas razones de sus amores con Iballa y de las intrigas que le llevaron a su forzado matrimonio con Doña Beatriz, la escena de la playa estaba en cierto modo justificada y hasta la aprobaban en su fuero interno,

los bisonos, tocados de intransigencias caballerescas cuando de la afrenta de una dama se trataba, la tomaron como la más vil felonía y el mayor ultraje cometido al rango de tan señalada señora, pospuesta por una natural que, sobre toda la categoría que ostentara en su tribu, su mejor destino estaba en servir de criada a la propia Doña Beatriz. De ello supo La Cazadora sacar buen partido e intrigar, como en demasía lo había practicado en la corte a través de Doña Yumar y de aquel personajillo que viera Peraza, al tiempo de la partida de Moguer, tan a lo pasa volante, bullendo entre la servidumbre en la cubierta de la nave, que dijo ser judío converso y llamarse Alonso de Santa María, y atizó la candela en los corrillos y conversaciones de la soldadesca y de la oficialidad, hastiada de forzadas quietudes, por lo que muy pronto cada quisque creyose un paladín del buen nombre y la hermosura de la Señora.

Desde aquella escena de la playa tan abochornante para Doña Beatriz en el preciso momento que ponía, por primera vez, los pies en La Gomera, sin parar en sus intrigas y maquinaciones preparatorias de un plan de venganza, deseó obtener una información de aquella salvaje capaz de haber puesto en tan frenética conmoción a su esposo, por lo que hubo de calificarla, en su fuero interno, de una auténtica rival. Trató primero de sondear al Alcaide Bastián de Ocampo, pero éste, asaz marrullero, se le iba por la tangente con respuestas vagas y evasivas a sus preguntas; entonces recurrió a sus incondicionales Doña Yumar y Alonso y éstos, después de cierto tiempo le trajeron el más completo historial de la personalidad de Iballa.

Una noche, bien atrancada la puerta de las habitaciones de Doña Beatriz, hablaban, en tono confidencial, ésta, Doña Yumar y Alonso de Santa María:

—Esa princesa, hija del jefe de la tribu de Arure, no sólo era la amante de vuestro esposo. Era su

prometida. Peraza le había dado palabra de casamiento y aguardaba su regreso para...

—Casarse—interrumpió Doña Beatriz riendo.— Pero yo me adelanté. Esperaba en la playa, la muy cuidada, el regreso de su prometido cuando pudo comprobar que traía mujer por adelantado. Entonces echó a correr huyendo de mí misma. ¡Bah!, la cosa no tendría importancia si no hubiera sucedido a la misma el desvergonzado comportamiento de mi esposo.

—¡Hum!—comentó Doña Yumar—La moza es fuerte y montaraz y bella en demasía y, según dicen, terca en sus resoluciones.

—¡En cuanto Don Fernán me deje las manos libres saliendo a una de esas descubiertas que proyecta con Cristóforo, ya veréis!—dijo amenazante La Cazadora y dirigiéndose al converso, como si por su mente le hubiera pasado una idea diabólica, le preguntó:

—¿Cuándo estará a la vista de la isla esa nave que iban a fletar vuestros hermanos?

—Creo que antes de quince días, señora. Ya sabéis por vuestra conversación con ellos en Sevilla, que se harían a la mar cuanto antes y que estarían a la recalada con la prisa que el tiempo y la distancia les permitiese. ¿Recordáis?

—Sí. Así dijeron. También recuerdo sus magníficas ofertas... En Sevilla se venden los esclavos canarios a peso de oro. ¿No es eso?

—Es negocio difícil porque lo persiguen Sus Altezas con dureza. Pero mis hermanos saben trabajar por lo fino. Perded cuidado...—dijo el personajillo guiñando un ojo con tal mueca, que Doña Beatriz y Doña Yumar soltaron la carcajada estrepitosamente.

Con esta conversación venimos a caer en la cuenta de que este Alonso de Santa María tiene mucha más importancia de lo que a primera vista nos pareció y con ello es preciso que nos refiramos a cierta entrevista que tuvo Doña Beatriz de Bobadilla, a es-

paldas de su esposo, cuando el matrimonio se hospedaba en casa de los Condes de Niebla y sobre la cual, la sagaz y ladina Cazadora, había guardado el mayor secreto.

Fue el caso que, acostumbrados cierto judíos sevillanos a hacer pingües negocios con Canarias, sobre todo en la trata de esclavos procedentes de aquellas islas, atisbaban por medio de su gran red de espionaje, la llegada a la ciudad del Guadalquivir de los Señores feudales de las Islas, de algunos de sus familiares o criados de confianza, con quienes dejábanse caer en transacciones de granos, pieles, orchilla, madera, para terminar insinuando grandes ofertas sobre tal o cual número de naturales que pagarían casi a peso de oro. Tocó la casualidad que cuando trataron de hablar con el señor de La Gomera, éste hallábase ausente; en la diversión de una montería en los dilatados cotos de su deudo y entonces, solicitaron entrevistarse con Doña Beatriz, en la que, desde las primeras palabras que cruzaron con ella, advirtieron la ambición desmedida que la caracterizaba, planteándole, junto con la demás mercancía que pudieran adquirir, la cuestión de los esclavos con tan maravillosas pinceladas, que La Cazadora, prometiéndose cambiar sus cacerías de amor por la de sus vasallos, cerró trato con ellos con el mayor sigilo y para cuando pudiera realizarlas a espaldas de Peraza de quien sabía que no consentiría tal cosa por amor a las tribus de su feudo, en primer lugar, y porque estaba escarmentado por los serios disgustos que sus padres habían tenido, por causa de tales transacciones, con el Poder Real y con la Iglesia. Convenida así la cosa, hablose de una nave que estos judíos fletarían y que, haciendo viajes regulares a La Gomera, cargaría de las muchas mercancías que Doña Beatriz pensaba que hubiera en El Dorado que soñaba y al pedir una persona que, cerca de ella, le ayudara en tales menesteres y le sirviera de enlace y hacedor, el capítulo

de hermanos designó al avisgado, práctico y escurridizo Alonso de Santa María, converso por conveniencia, que, con el carácter inofensivo de secretario de la Señora, haría viaje con ella a La Gomera.

* * *

Fuera por sentimiento de respeto y de conmiseración hacia la persona de la bella princesa de Arure, o por la preocupación que les produjo, tomándola como un mal presagio de ruptura entre la Casa Fuerte y las tribus, los aborígenes que estaban en la playa cuando ocurrió el trance de despecho entre Iballa y Peraza, contra su inveterada costumbre, no silbaron enterando a la isla de lo ocurrido.

Por ello, en las cuevas de Guajedum, el Jefe de la Tribu, Pedro Hupalupa, esperaba impaciente la llegada de su hija suponiéndola invadida de felicidad, borradas ya de ella, por la alegría de la vuelta de su amado, todas las huellas de pesadumbre que los terribles acontecimientos pasados habían dejado en su cara. Así se estaba prometiendo, para cuando amaneciera el siguiente día, vestirse con sus galas de Jefe de tribu aborigen para ir a dar la bienvenida al señor: se pondría su gran tamarco de guerra en el que lucían, pintados en colores vivos, los símbolos misteriosos y ancestrales de su mando; calzaría sus policromadas abarcas sujetas a la pantorrilla por correas trenzadas, blancas y negras; se tocaría la cabeza con la graciosa montera de zurrón de cabrito adornada con plumas de halcones y aguilillas y llevaría a su diestra el gran banot.

De seguro que también irían a dar sus parabienes al señor algunos jefes de las otras tribus, por lo que estaba en lo posible que Peraza, para solazarse, organizara, como acostumbraba a hacerlo, una lucha entre los hombres de uno y otro clan y por ello llamó a su hijo para que fuera a elegir los hombres



que habrían de acompañarle. ¿Cómo iba él a quedar preterido, ante el señor y los demás jefes? El se había elevado gracias a los encantos de su hija Iballa, sobre todas las tribus de la isla y, no sólo el señor le distinguía más que a los otros jefes, sino que iba, nada menos, que a emparentar con él.

Mas al ver venir a Iballa presintió que todo el bello castillo de ilusiones, que, en su mente sencilla y pueril se estaba formando, iba a derrumbarse.

En la entrada de sus cuevas, desde donde atisbaba, la vio subir la cuesta: triste, macilenta, con paso tambaleante, seguida por Nusac, encorvada su arrogante y ágil figura. ¿Qué otra nueva luctuosa se había abatido sobre sus amores? ¿Qué otro espectro de presagio pudo entristecerla de aquella forma? ¿Había o no había venido el señor en aquella nave, a pesar de que la isla entera lo silbaba?

Cuando Iballa estuvo al lado de su padre se le quedó mirando con una mirada imprecisa, extraviada, como si el juicio se le hubiera ido. Quiso hablar, pero de su boca no brotó palabra sino un ruido ronco y gutural, como el gruñido de una rara alimaña, y se fue en busca de su lecho de pieles entre las cuales quedó hundida de bruces, mesándose el pelo con tanta fuerza que, a poco, las correíllas que lo sujetaban en aquellas graciosas y largas trenzas, saltaron deshechas dejándolo libre en una confusa maraña.

Ante la perplejidad de Hupalupa, de su hijo y de todos los servidores y gente de sus moradas, Nusac, temblorosa, transida por la pena de Iballa, interrumpida por el llanto en su decir, le contó al viejo jefe de Arure la tremenda escena de la playa en la que su hija viera maltrechas todas sus ilusiones y derrumbado, como si el impetuoso correr del agua se lo hubiera llevado, el grandioso edificio de su felicidad, construído a fuerza de sinsabores y valientes posturas enfrentadas con la propia norma ancestral de su raza.

—¡Traición del señor! —gritaba Nusac con la estridencia que le prestaba la histeria de su adolescencia unida a su barbarie.

—¡Traición del señor! —repetía sórdidamente Hupalupa, estremecido su ser por el rencor que le iba ganando las entrañas y el sentido.

Traición más fuerte que el mismo quebranto de cualesquiera de las condiciones de pases con las tribus. Traición suficiente, aunque no se hubiera hablado en el tagoror, para hacer añicos el gánigo de la paz. Allí estaba su hija Iballa deshecha y maltrecha como la jugosa hierba cuando la aplasta la pisada inadvertida de la albarca; como el trigo y la cebada cuando los tritura el molino para convertirlos en gofio. Allí estaba él, el jefe de la tribu más prestigiosa de la isla, escarnecido por el señor impostor a quien tan poco le importaba la dignidad humana de sus vasallos. Fernán Peraza que a él, Pedro Hupalupa, le debía la vida, cuando con un dardo oportuno hizo desviar, con la pirueta de la muerte, el filo de la espada de Rejón en la playa del Valle del Gran Rey, después de su forzada ausencia, volvía a la isla olvidado de las promesas de amor a su hija.

Sí: iría a ver a los jefes de las tribus de Hamilgua, Pala y Augulo y a los señores de las otras comarcas y les pondría sobre aviso. ¡El gánigo de la paz podría quebrarse! ¿Venganza por un despecho? ¿Castigo de un perjurio y previsión de otros? Todo se agolpaba confusamente en la mente del viejo jefe de Arure, pensando la manera de soliviantar a las otras tribus. De pronto un nombre vino a su memoria, un nombre señero y terrible: ¡Autacuperche!

Varios días permaneció Iballa en su lecho. Después de su cruel desengaño cayó en una especie de sopor: en silencio, como adormecida, con la vista fija en un punto, pensando, rumiando en su interior algo que la obsesionaba. Luego fue reaccionando lentamente y como llenándose de una extraña energía,

que iba aumentando de tal manera que, sin pronunciar más palabras que las precisas para indicar a su prima Nusac lo más elemental en el quehacer de las moradas, había llegado a los límites del frenesí.

Una tarde, después de ciertas ausencias, vino a sentarse en el lecho de su hija, Pedro Hupalupa; admitiendo Iballa, de buen grado, un corto diálogo con su padre que ella misma inició.

—¿A dónde habéis ido, señor padre?

—He estado visitando a los jefes de las tribus.

—¿Para qué? ¿Puedo saberlo, señor padre?

—Sé que guardarás el secreto. Hemos hablado del gánigo de la paz.—dijo Hupalupa con voz queda y silabeando las palabras.

—¡Os entiendo...! —respondió Iballa en el mismo tono brillándole los ojos con fiereza.

—Cuando la luna sea nueva habrá un tagoror secreto. ¿Conoces la baja que está en la mar, frente al Valle del Gran Rey?

—Sí. Recuerdo que en aquella ocasión que se lo llevaron preso veía cómo las olas jugaban a saltarla.

—Pues pronto en ella, las tribus jugarán a hacerle la guerra al perjurio.

—¿Están todos los jefes de acuerdo, señor padre?

—Todos están de acuerdo en asistir al tagoror en la Baja. Pero para la guerra necesitan un jefe valiente y decidido: un hombre mascota. Todos piensan en Autacuperche.

—¿Sí...?

—Mañana subiré hasta el Roque de Agando y...

—¡No! —le cortó Iballa enérgica— ¡Quien irá al Roque de Agando seré yo!

* * *

Al día siguiente, al despuntar el alba, Iballa saltó del lecho y comenzó a prepararse para un largo

camino. Nusac, que dormía junto a ella, se incorporó en el lecho, inquiriendo con un gesto.

—Voy a las cumbres, Nusac. Si quieres, puedes acompañarme. Si no quieres, iré sola.

Nusac se vistió rápidamente y, a poco, ambas mujeres, tomando sendos bordonos, pusieron en marcha, cuando aún era de noche, por un terreno agrio y escabroso: por veredas empinadas que salvaban, por pasos angostos, los estrechos cañados que las torrenteras habían labrado en los lisos escarpes; por los andenes, siguiendo la línea sinuosa de los enhiestos picachos sobre las honduras de los barrancos; todo apenas iluminado por el incipiente crepúsculo y por la luna, en cuarto menguante avanzado, ya cansada en su carrera huidiza del sol, entre sobresaltos de sombras agitadas de brezos azotados por el cierzo, de alimañas reptando bajo los matorrales, de lechuzas regresando a los cobijos de los nidos con solemnes y silentes vuelos extraterrenos.

Cuando penetraron en el espeso bosque del Cedro ya verdeaban las hojas coriáceas, a la más limpia luz del sol dando en las cumbres, de las fayas, los tiles, los barbuzaños, los palo-blancos y los laureles, disparados al cielo los más robustos entrelazando sus copas, en remedos de arquitectónicas bóvedas catedralíceas. Sinfonía plañidera del Alisio corriendo por los ramajes con ronroneos del agua por los regatos; hontanares de trinos de pinzones, canarios y capirotos con contrapunto de arrullos de tórtolas. Si el estado de ánimo de Iballa no hubiera sido, en aquellos momentos, el terrible frenesí que la embargaba; hubiera gozado de las delicias del bosque tumbada a la vera de la fuente de aguas claras; pero sus ansias de llegar la empujaban siempre hacia arriba, hacia la cumbre. El bosque más que una delicia era un obstáculo que le ocultaba la meta de su ascensión: el inmenso monolito, la gran tiara basáltica con la que la isla se coronaba, el Roque de Agando, de flancos

lisos e inaccesibles, que sólo permitía el acceso a su cima a aquellos valientes capaces de escalar ciertos pasos secretos, constituídos por resbaladizas poyatas sobre las que había que volar, más que saltar, con el horripilante abismo allá abajo. Agando, que quiere decir La Torre, hito de la libertad y de la independencia frente a todo invasor.

Fuera de las sombras de la floresta, cuando ya el sol estaba en lo alto del cielo, Iballa y Nusac, emprendieron la subida de una empinada ladera hasta una alta meseta: un páramo cumbreño en el que las retamas se achaparraban sobre el suelo y crecía el panasco, verdinoso en las umbrías y reseco y pajizo en las solanas. Entonces, más por Nusac que la seguía jadeante que por ella misma, dispuso Iballa descansar y yantar, por lo que se sentaron sobre el fresco césped y comieron algunos bocados del gofio amasado que traían en los zurrones. Desde allí se divisaba la isla en toda su totalidad: desde la perfecta circunferencia del contorno de sus costas, subrayado por la blancura de las espumas del oleaje, hasta la teoría radial de los barrancos que partían, como los rumbos de una gigantesca rosa de los vientos, en todas direcciones desde aquel centro orográfico. Abajo estaban la riente Vega de Chipude y el gracioso poblado de Arure para abarcar, en toda la redondez de aquella tierra, los profundos y pintorescos valles de Hamilgua y Augulo, por el norte; la gran cortada del Gran Rey por el poniente, y el territorio de Pala por el sur y por el naciente el anchuroso barranco que desembocaba en la playa de San Sebastián. Iballa fijó su mirada, torva ahora, plena de rencores, en contraste con la complacencia que otras veces la había fijado, sobre esta última donde se divisaba la torre de la Casa Fuerte. Allí estaba él, el perjuró. Allí estaba ella, la rica hembra que se lo robó en Castilla. Y como si volviera a dominarla aquel sentimiento de huída que la dominó en aquella playa, el día de su

gran desengaño, se puso en pie ordenándole a Nusac reanudar la marcha. Así, con un movimiento brusco de infinito desprecio, volvió la espalda a la playa y la Casa Fuerte y le dio frente al imponente Agando que, todo iluminado por el sol, alzabase sobre los recios diques basálticos de su basamento como el símbolo de la fortaleza de su raza.

Ya en la base del gran monolito, ambas mujeres quedaron un momento a la escucha como si tuvieran la seguridad de que iban a oír algo que turbara la quietud y el silencio en aquel paraje y, en efecto, percibieron como una triste melodía que, tañida en una flauta de caña, bajaba desde la altura del roque. Iballa lanzó, entonces, un estridente silbo de alerta y a renglón seguido como si fuera el efecto de un sople sobre la llama de un candil, cesó la melodía a la vez que la figura hercúlea y salvaje del Príncipe Pastor se destacaba allá arriba, sobre una arista rocosa.

Autacuperche, dando muestras de haber reconocido a Iballa, comenzó a descender vertiginosamente, saltando de andén en andén, deslizándose por las torrenteras, evitando agilísimo y contorneando los salientes de los diques. Pronto estuvo junto a aquella mujer que siempre había ejercido una terrible e irresistible atracción sobre de él y ante la cual se disolvía, se anulaba, toda su fiereza silvestre que no reconocía ninguna ley y que no se doblegaba ante ninguna otra persona y, así, como perro de presa aquietado por el gesto imperioso del amo, se atrevió a preguntar balbuceando:

—¿Vienes en mi busca?

—Sí— contestó Iballa secamente.

—¿Es que vuelves a amarme?

—No.

—¿Entonces. .? .?

—Vengo sólo a decirte que debes volver al Aseysele.

—¡Jamás! Si tú no me amas el Aseysele está maldito para Autacuperche.

—Las tribus necesitarán de ti. Tú eres el hombre mascota.

—Pero a pesar de todo, las tribus, tu padre y tú, me maldijeron: me hicieron el proscrito de Agando.

—Sí; pero ahora te necesitamos. Creo que no estará muy lejos el día en que tengamos que romper el gánigo de la paz.

—¿Qué pasa? ¿Peraza ha quebrantado el pacto? ¿Te acuerdas?: ¡Aquella noche en la cueva de Ecchi-neá...!

—¡Basta! —le interrumpió Iballa con un enérgico grito— No he venido a recordar, blandamente, cosas pasadas. Sólo te digo esto: ¿conoces la Baja que está frente a la playa del Valle del Gran Rey?

—Sí.

—Pues en ese lugar, a la media noche de la próxima luna nueva, se va a celebrar un tagoror secreto. Allí te esperan los jefes de todas las tribus.

Terminó de decir Iballa y emprendió el regreso, con tanta premura que cuando Autacuperche vino a percatarse ya había desaparecido de su vista. Corrió, entonces, el Príncipe Pastor a la fuga de un risco y desde allí pudo ver cómo ambas mujeres bajaban la empinada ladera, cada vez más empequeñecidas por la hondura, hasta que las ocultó la espesa fronda del bosque.

—Eres cruel. Hoy te has gozado en perturbar mi paz entre las montañas— masculló Autacuperche. Y en verdad que así fue: porque desde aquel momento su inquietud creció por instantes ante la fugaz visión y el corto diálogo que sostuvo con la mujer que amaba irresistiblemente y sus pasiones se desataron en toda la plenitud de sus sentimientos bárbaros con tanta fuerza, que ya no tuvo más que un terrible desasosiego, sin que pudiera hallar la paz, hasta hacía muy poco disfrutada entre las brezos y las re-

tamas; sin que volvieran a olerle las veredas a salvias y a tomillo porque ella las había impregnado con su olor de hembra deseada, dejando su irresistible rastro que le impelía a seguirla: como el jairo tras la jaira en celo; como el morueco tras la oveja; como el halcón, cerniéndose en el cielo, lanzábase como una flecha al divisar a su hembra acunada en el enriscado nido. Entonces, de entre los pliegues de la faja, extrajo la flauta de caña; la contempló un momento y, con gesto de furor, la arrojó al suelo y la pisó con firmeza haciéndola estallar bajo una de sus abarcas.

* * *

A dos tiros de piedra de la playa en la que desemboca el imponente Valle del Gran Rey; de aquella playa en la que Iballa y Peraza habían encontrado su día fatal, con la muerte de Juan Rejón, aflora en el mar una baja de contornos redondeados: amplia plataforma alzada sobre las aguas, a la marea baja; concha y lomo de tortuga que invaden las olas y la mojan charolándola con intensos brillos de inquietos aguajes, en la mar alta.

Era la noche de la luna nueva; el lucero, como una lejana hoguera sobre los altos cerros cumbre-ros, señalaba el canto de la medianoche. De pronto, en la playa, surgieron figuras silentes, cautelosas y precavidas de miradas inoportunas, que se despojaban de la escasa ropa que llevaban y, casi desnudas lanzábanse al agua, buceando largo rato hasta salir a la superficie cuando las tinieblas de la noche, intensamente oscura, las ocultaban a la vista desde la orilla. Así una, dos, tres figuras primero, luego algunas más, hasta sumar una veintena. En la baja iban reuniéndose de esta forma los jefes de las tribus y señores de las comarcas de la isla para celebrar el tagoror secreto que se habían propuesto y, en el que incitados por Pedro Hupalupa, iban a determinar su postura

con respecto al señorío de Fernán Peraza en La Gomera.

Sentados en círculo, como acostumbraban hacerlo siempre que se trataba de un tagoror, o consejo, el primero en tomar la palabra fue el Jefe de Arure, Pedro Hupalupa, quien, después de largas consideraciones y circunloquios sobre su pasada lealtad a la Casa Fuerte, justificándola porque creía que el señor les conduciría a un estado de mayor cultura y civilización; que promovería las riquezas naturales; que impondría la justicia y la equidad entre las tribus, terminó lanzando su terrible acusación contra Peraza:

—Si el señor no ha quebrantado el pacto de paz que selló en Chinguarime, a ojos vista, en realidad, lo ha hecho porque ha ofendido la dignidad de una de las tribus tratando de mancillar el honor de mi hija.

—Enamoró a la bella y digna princesa Iballa tratando de penetrar en sus moradas de Guajedum; luego prometió hacerla su esposa, atrayéndola hacia él con esta promesa— explicó el jefe de Hamilgua.

—Y cuando todos esperábamos ver acrecentada la paz entre gomeros y castellanos con esa unión de Iballa con Peraza, éste, faltando a su palabra, dada a la más destacada doncella de la isla, ha vuelto casado en Castilla trayendo a convivir con nosotros a su esposa: una rica hembra, de la cual los viejos soldados de la Casa Fuerte hablan cosas terribles—adujo el jefe de la tribu de Pala.

—Es ambiciosa y quiere convencer a su esposo para que lleve a cabo el cobro de los tributos que casi todos debemos a la Casa Fuerte—dijo maliciosamente Hupalupa.—Todavía guardamos el triste recuerdo de cuando Diego García de Herrera trató de forzaros a pagar estos atrasos tomando en rehenes a ciertas personas de ciertas tribus, que más tarde, en Castilla, vendió como esclavos.

—La tribu de Pala—subrayó el jefe de ésta—

tiene en su memoria el rencor de esta mala acción de Herrera y de su esposa Doña Inés Peraza.

—Don Juan Rejón fue el caballero que libertó, por mandato de los Reyes de Castilla, a estos esclavos y los devolvió a La Gomera—añadió el de Augulo—Peraza lo mató porque le tenía mala voluntad por este hecho digno de agradecimiento de todos nosotros.

—¡Peraza es un perjuro!—volvió a afirmar Hupalupa, tratando de desviar al tagoror de un tema que a él le estaba quemando la conciencia.

—Si no ha quebrantado el pacto a ojos vista, lo hará tarde o temprano. Debemos de estar alerta para romper el gánigo de la paz en cuanto esto suceda. ¿Os gustaría ver a vuestras mujeres y a vuestros hijos aherrojados en miserable angaria?

—Tienes razón Pedro Hupalupa—volvió a intervenir el de Augulo—pero, ¿dónde hay un jefe? ¿Dónde hallar un hombre mascota capaz de aunar la rebelión de las tribus y de mandarlas en la guerra?

Iba a resolver esta duda Hupalupa, cuando el tagoror quedó en supenso y alerta porque se oía un leve chapoteo dal agua, cada vez más cercano, como si una persona viniera nadando queriendo acercarse a la Baja. Pronto abordó la peña un hombre que, al ponerse de pie sobre la misma, chorreando el agua, proyectó sobre el espeso oscuro del mar y la penumbra de las estrellas, la silueta inconfundible del hercúleo Autacuperche; del salvaje Príncipe Pastor del Aseysele.

Entonces Hupalupa exclamó con entusiasmo:

—¿No queríais un jefe? ¡Ahí le tenéis!

—¿Jefe de quienes?—pregunto Autacuperche.

—¡De las tribus!—contestó el tagoror a coro.

—¿Contra quién?

—Contra Peraza.

—Bien; pues oidme:—comenzó diciendo Autacuperche.—Tú, Pedro Hupalupa, que un día me maldeciste porque castigué con mi banot la osadía del se-

ñor, ¿ahora me pide que sea tu jefe? Vosotros todos que habéis sellado un pacto con esos extranjeros perjuros que proclaman y ensalzan a su Dios y le mienten a cada paso, ¿me pedís que sea vuestro hombre mascota? Yo no he bebido con el señor la leche en el gánigo de la paz. Vosotros que la habéis bebido id a romperlo cuando lo creáis conveniente y si os atrevéis a ello.

—Confesamos nuestro error ahora —respondió el de Hamilgua—comprendemos y presentimos que esa paz no será duradera.

—Nunca habría de serlo, imbéciles. No tuvisteis reparos en someteros al señor con vuestras tierras, vuestros animales y vuestras familias, pero tampoco los tuvisteis para proscribirme a mí, al que llamabais el Príncipe Pastor de Aseysele, en la más alta cumbre de la isla. De ella he bajado por un mandato que no es precisamente el vuestro. Acepto ser vuestro hombre mascota, vil ralea de manzurriones corderos, y lo acepto porque amo a Iballa y deseo vengarla. ¿Me entiendes Hupalupa, viejo trapacero que alzaste a Peraza entre tu hija y yo porque creíste con ello hacerte dueño de la isla entera?

—¡Mentira! ¡Mientes e insultas abusando de tu fuerza! —gritó la voz juvenil del hijo de Hupalupa que, como siempre lo hacía, venía acompañando a su padre; y al tiempo que gritaba se plantaba en el centro del tagoror, frente a frente a Autacuperche, en actitud desafiante— ¿Tan seguro te sientes de ti mismo que, apenas comienzan a ensalzarte las tribus ya estás avasallándonos? Hemos venido a celebrar una conjura secreta en esta peña: mas dime, ¿puedes tú confiar en que este secreto será guardado por todos y que enterado el señor sea él y no tú, quien sea el primero en romper el gánigo de la paz echando sobre ti y todos nosotros, la fuerza de sus armas?

—¡He aquí el primer traidor! —exclamó enfurecido Autacuperche— El que duda de todos y de sí

mismo será el que nos ha de traicionar— Y yéndose al joven, con el ímpetu de una fiera, descargó sobre la cabeza de éste una de sus imponentes manazas con tanta fuerza, que le hizo caer sin vida.

Fue un momento de terrible anonadamiento de todos los concurrentes. El propio Hupalupa, transido de dolor, temblaba, mas no se atrevió a decir una palabra. Nadie profirió palabra alguna. Autacuperche acababa de reafirmar su mando con un acto terriblemente cruento que le servía de pedestal sangriento y que, lejos de denigrarle, lo ensalzaba con prestigio de fuerza y carácter a los ojos de aquellos bárbaros. Como si él sólo estuviera en aquella baja, solitaria y apartada de la costa, se agachó tranquilamente sobre el cadáver del joven; lo levantó en alto y lo lanzó al mar; los enormes marrajos, con sus numerosas filas de dientes, borrarían toda huella y, tras el golpe fatídico del cuerpo sobre el agua, expuso su última recomendación:

—En el roque de Agando os espero. Id en mi busca cuando queráis romper el gánigo de la paz.

Y acabando de decir saltó sobre el mar y nadó con violencia perdiéndose en la oscuridad.

Así terminó el tagoror sobre la baja. Nadie comentó nada y el silencio se hizo secreto hermético.

En el horizonte apareció una cinta de plata curvada: era la luna nueva anunciando la amanecida. Los jefes de las tribus nadaron hacia la orilla y se perdieron, unos de otros, por las frondas y los breñales del Valle del Gran Rey.

CAPITULO XI

LA DESCUBIERTA Y LA RAZIA

Habían transcurrido algunos días, los suficientes para el desarrollo de los acontecimientos que quedan relatados en el capítulo anterior, y durante los cuales Fernán Peraza, enteramente ajeno a cuanto se tramaba en su torno y en su contra, tanto de parte de los naturales como de la misma Casa Fuerte por el bando de su esposa, permanecía en su aposento profundamente abatido, tratando de coordinar su conducta en relación con los inesperados y desagradables sucesos ocurridos el día de su arribada a la isla, y pensando en la manera en que podría deshacer aquel su mal encaminado matrimonio con Doña Beatriz de Bobadilla y restablecer la confianza y su crédito de amor ante los ojos de Iballa.

Sólo dos personas tenían acceso a la habitación del señor, y éstas eran sus dos hombres de máxima confianza: Bastián de Ocampo, el alcaide, y Cristóforo, el compañero de los pasados infortunios y el ahora maese de su carabela. Durante largas horas del día y de la noche, pasábase Peraza conversando con éstos sobre los asuntos de sus infortunados amores que le preocupaban con la obsesión de una idea fija. Una noche en que Peraza se devanaba los sesos más que otras veces, Bastián, con objeto de animarle divirtiéndole el sentido en otro punto distinto, le tocó el de las descubiertas en ultramar que, enterado por Cristóforo, sabía que era proyecto principal de ambos al comprar en Moguer aquella carabela:

—¿Por qué no poneis mar por medio entre vuestro señorío, que ahora os aflige, y vuestra persona?— dijo Bastián.



—¿No se ha comprado esa nao con ese objeto de salir a descubrir tierras?— adujo Cristóforo—. Acordaos de vuestros propósitos en la cárcel de Segovia.

—Creed que no he dejado de pensar en ello— contestó Peraza—. Mas no puedo apartarme de esta tierra, aunque toda ella me esté oliendo a podredumbre.

—¡Iballa...! Necesito verla y restablecer su confianza en mí. Antes de que pueda realizar esto no saldremos de descubierta.

—Será mejor que dejéis al tiempo la misión de curar las heridas del corazón de la Princesa de Arure— aconsejó Bastián—. Quizá su confidente y consejera Ecchinea estará calmando la fiera que el despecho le metió en las entrañas.

—¡Ecchinea...! No creo que Ecchinea abogue por mí ante Iballa.

—Sobre ese amor pesa el maleficio de La Tierra Maldita», ha dicho siempre la saga y, creedme, los hechos le han dado la razón en todo lo que se refiere su terrible augurio.

—Voto a san, Don Fernán, que os estáis volviendo crédulo de supercherías y consejas. Ya sé que los naturales llaman a San Borondón La Tierra Maldita y que sus inexplicables apariciones las toman como el augurio de alguna calamidad.

—Y en verdad, Bastián, que conmigo e Iballa ha sucedido así: siempre estuvo presente la Isla Aprósita sobre el horizonte, tétrica y negra, como fatídica testigo de nuestros momentos más felices y, en contraposición a éstos, como el barrunto cierto de todos los malos aconteceres que han torcido el camino de mi felicidad.

—A fe que esa Ecchinea de quien habláis— terció Cristóforo —ha de ser cierta anciana, enjuta y gigantesca, que el día de nuestra arribada vino hacia mí observándome con mucha insistencia.

—Por esas señas, ella es en efecto. Observa a

todos los navegantes que arriban a la Isla— explicó Bastián.

—De momento la tomé por loca, pero, al fin, me preocupó muy mucho su actitud cuando, leyendo en las rayas de mi mano y descubriendo esta especie de estrella que forman las arrugas de mi frente, me insinuó que tenía que revelarme un gran secreto. Parecía como si yo fuera la persona por ella esperada hacía mucho tiempo.

—«Sólo desencantando el misterio de la Tierra Maldita podréis gozar del amor de Iballa», me dijo Echina en la playa, cuando volvía de mi inútil carrera tras mí, en aquel punto perdida, Flor Salvaje. ¿Decís, Cristóforo, que la saga mostró tanto interés por vos que os prometió revelaros un secreto?

—Así fue, señor.

—¿Seréis vos, quizá, el hombre capaz de desencantar ese misterio de la Aprósita?

—Acordaos que cuando San Borondón se hizo patente a babor de la carabela la víspera de nuestra arribada a La Gomera, vos, Don Fernán Peraza, y yo, Cristóforo Colombo, nos prometimos que ella sería el objeto de la primera de nuestras descubiertas.

—¡Sí, es verdad! Ahora veo claro el camino que debo seguir para salir de este laberinto de infortunios. Bastián: ¿me prometes sostener mi señorío en mi ausencia con la lealtad que lo has hecho siempre?

—¿Lo podéis tan siquiera dudar, señor?

—Cristóforo: ¿cuánto tiempo necesitas para arrancar la nao para un mes en la mar?

—Tres días a lo sumo.

—Desde mañana pondréis manos a la obra. Ayudadle en ello, Bastián, con toda la largueza de mis posibles. Dentro de tres días partiremos a la descubierta de la isla Aprósita, de la que, con razón, llaman los naturales la Tierra Maldita.

* * *

Aquella noche hubo conciliábulo, hasta altas horas, en la cámara de Doña Beatriz. De una parte, Doña Yumar enteró a su amiga de que la carabela San Sebastián estaba siendo preparada para hacerse a la mar al día siguiente, siendo notorio, porque así se lo habían asegurado, que Don Fernán iba a partir en ella para no sabía qué viaje de descubierta de tierras nuevas que se proponía Cristóforo. De la otra, Alonso de Santa María, que había intimado con el contador de la Casa Fuerte, en razón que éste no tenía muy limpia sangre de cristiano viejo, le informó del desastroso estado en que se hallaba la cuenta de cobros de alcabalas de las tribus. Casi todas eran deudoras de sus tributos, pero la de Arure, en razón de que por haber sido la más leal al señorío éste siempre le había dispensado mucha indulgencia, acrecentada últimamente por los amoríos de Peraza con la hija del jefe, presentaba un descubierto de más de mil doblas moriscas.

—¡La ocasión se os viene a las manos que ni pintiparada, señora!—dijo Alonso de Santa María fro-tándose las manos.

--¿Cómo? Expílicate mejor: que yo lo entienda.

—Digo que si la tribu de Arure es deudora a la Casa Fuerte en tan gran cantidad, vos, en ausencia de vuestro esposo, podéis garantizaros del cobro de la misma en buena ley, bien embargando los bienes de las personas que la integran, o apresando un cierto número de gente que, como rehenes, ya me entendéis, os respondan del pago de esa deuda. Y creo que os conviene mucho más —decía el converso maliciosamente— lo segundo que lo primero.

—Claro que sí, mi buen amigo Alonso— respondió siniestramente Doña Beatriz—, que me conviene mucho más, pero que mucho más, lo segundo que lo primero. Sobre todo, Alonso, si entre esas rehenes

hemos de tener a la hija del Jefe de la tribu de Arure...!

—Una vez esos rehenes en vuestro poder, mis hermanos de Sevilla, mediante esa nave que no tardará mucho en arribar a esta isla, se encargarán de lo demás; ¿me entendéis, señora?

—Sí que os entiendo, Alonso. Una buena cosecha de angaria y en ella esa maravillosa flor salvaje que a Don Fernán le bebió el seso.

—Me parece que el plan está bien tramado—ponderó Doña Yumar.

—La cosa no tiene vuelta de hoja: con la coartada de la cuestión de deuda de esa tribu, la Justicia Real tendrá que rendirse a vuestra razón en caso de ser descubierto por ella este negocio—adujo el converso.

—Grande será mi triunfo si a la vuelta da Don Fernán a esa Iballa, la que soñó ser su esposa y señora de la Gomera y El Hierro, a muchos miles de leguas de aquí, convertida en una esclava, sirva a una rica familia en Génova, Nápoles o Venecia. Lo más importante ahora es saber el tiempo que, en su carabela, va a estar ausente Don Fernán. Vos podeis averiguarlo, Doña Yumar.

—¿Yo? Harto trabajo me ha costado saber lo de la partida de la nave para el amanecer de mañana. ¡Es tan reservada esa gente de mar!

—Bah. ¿Queréis decir que no os quedan en vuestro cuerpo algunos encantos con los que podais seducir a alguno de esos toscos mareantes? Ya observé cómo durante el viaje no le érais indiferente al Contramaestre y que éste se extremaba en enseñaros el funcionamiento del astrolabio y de la aguja de marear, y hasta un día bajásteis con él a la oscura y profunda sentina, so pretexto de que iba a mostraros la curiosas ensambladuras del codaste y de las cuadernas con la quilla.

—Os pintais para hacer males juicios, Doña Beatriz. Aunque no lo creais, es digno de admirar ese

trabajo de los carpinteros de ribera con el que logran el perfecto ajuste del maderamen para que resista los furiosos embates del mar. Por cierto que volví a la cubierta profundamente mareada.

—¡Y tan mareada... —insinuó con su natural procacidad Doña Beatriz—, que luego estuvísteis toda la noche tras el cortinaje de vuestra litera, suspirando profundamente!

—¿Es que me creéis capaz, después de brillar en la corte con los esplendores de una estrella, de aceptar el cortejo de un vulgar marinero?

—Pues hija, Doña Yumar, cuando en el ajedrez del amor se nos acaban los alfiles, preciso es recurrir a los peones... para seguir tirando.

—¡En verdad que me habéis puesto en trance de terrible flatulencia, Doña Beatriz!

—Pues id a calmaros los nervios cogiendo la frescura de la noche en el adarve o, con la venia de la guardia del rastrillo, en la misma orilla de la playa. Puede que os tropeceis con el Contramaestre y, así, me podréis traer toda esa información que necesito.

De todos modos, aquella noche la pasó Doña Beatriz muy de claro en claro, porque ya en el lecho, después que Doña Yumar y Alonso de Santa María abandonaron su cámara, dio en pensar, desvelada, en todo un plan endiablado, encaminado a dos fines estrictos. Uno, castigar y devolver a su esposo las ofensas y desprecios recibidos anulando a la terrible rival con la que no contaba al hacer viaje a La Gomera. Otro, el comenzar a dar satisfacción a su codicia con una razia de esclavos que cobraría a muy buen precio en Sevilla, teniendo, como así era en ley, preparada, por su genial secretario, el converso, la coartada con el enorme débito de la tribu de Arure a la Casa Fuerte. Para ello, para llevar a cabo esa razia, contaba de antemano, con la cohorte de incondicionales caballeros que su preterida condición de víctima de los devaneos de su esposo le había pro-

porcionado: ante éstos, la acción que proyectaba aparecería justificadísima y hasta nimbada por una aureola razonable, toda vez que, en lo externo, tendría las trazas de un merecido castigo a la osadía de aquella atrevida Flor Salvaje. Sólo le estorbaba el grupo contrario, el partidario de su esposo, capitaneado por Bastián de Ocampo que, como alcaide, era la máxima autoridad militar en la ausencia de Peraza, y ninguna algarada podría organizarse sin su consentimiento. Mas ya vería ella la manera de salvar este escollo: de todos modos ¿no era la legítima esposa del señor y, por lo tanto, la señora en su ausencia? Así transcurrió la noche y llegó el alba del día siguiente en la que sintió movimiento inusitado suponiendo, con los antecedentes que le había facilitado Doña Yumar, que Peraza se disponía a partir con la nave.

Con las primeras luces de la aurora llegó Peraza a la orilla, acompañado por Bastián de Ocampo a quien le daba, junto con todos sus amplios poderes, las últimas instrucciones para obrar durante su ausencia, haciéndolas extensivas a algunos oficiales de su confianza y bando, que también habían salido a despedirle. Ya esperaba la lancha para trasladarle a la carabela y embarcado en ella Cristóforo, quien no podía ocultar sus ansias de mar y de aventura.

Nada más llegar ambos a bordo, se dispuso la maniobra para zarpar con premura y sonó, acompañada, la canción de los hierros del artificio para levar las áncoras y crujieron las maromas en los motones izando las velas con tanta rapidez que, a poco, la carabela San Sebastián daba a la aurora la blancura de todo su trapo desplegado, e impelida por la fresca brisa orzaba graciosamente en la rada para coger más viento y arrancaba, toda escorada sobre estribor, proa a la alta mar. En el puente, Peraza miraba a su isla con nostalgias de otros tiempos más felices y aspiraba, a todo pulmón, el saludable aire salitroso. Cristó-

foro vino a su lado, entonces, para hacerle una pregunta que en un viaje normal hubiera sido obvia:

—¿Hacia donde vamos?

—A San Borondón— contestó Peraza un poco abstraído—. ¿No era eso lo convenido?

—Sí; pero me refiero al rumbo que hemos de hacer. San Borondón no está situado en las cartas.

—Tienes razón; San Borondón es libre y errante en el Océano.

—¿Os parece que arrumbemos hacia Poniente?

—Sí —respondió Peraza con viveza—; naveguemos tras el sol siguiéndole en su camino.

Cuando Doña Beatriz salió al adarve, después de haberse hecho su tocado con deliberada calma, ya la carabela San Sebastián era un punto impreciso en el horizonte y mientras la contemplaba, con gesto irónico y sarcástico reflejado en su rostro, llegaba a su lado Doña Yumar para informarle que, al fin, el Contra-maestre le había dicho formalmente que la nave había sido arranchada para una permanencia en el mar de un mes.

Aunque Bastián de Ocampo le había dado a su señor todas las seguridades del buen gobierno de la isla en su ausencia, el viejo y prudente alcaide no las tenía todas consigo, presintiendo, desde el regreso de Peraza con su esposa Doña Beatriz de Bobadilla, que aquel estado de cosas iba a desembocar en algo muy grave. De una parte aquella escisión que se estaba produciendo en la guarnición de la Casa Fuerte con la formación de grupos partidarios de uno u otro consorte y que su perspicacia le hacía ver cómo se engrosaba el de la señora, con mengua del señor, a impulso de las intrigas de aquel escurridizo e inquieto secretario de Doña Beatriz, le hacían temer un estado de anárquica situación y de indisciplina hacia su jerarquía. Por otra, la actitud de retraimiento de los naturales y el brusco cese de sus relaciones con la Casa Fuerte que unido a la cantidad de silbos y

señales con hogueras que se percibían por las noches, era muestra inequívoca de que algo estaban tramando.

En todo ello se dio en pensar muy mucho y cavilar sobre la manera de poder sofocar cualquier rebelión de la guarnición y en la forma de atraerse a los aborígenes, cuando una tarde el repulsivo converso vino a avisarle que Doña Beatriz deseaba que compareciera en su cámara al instante. Fuese allá Bastián, presumiendo que para nada bueno le querría y nada más que encontrarse en presencia de Doña Beatriz, ésta le soltó de manos a boca:

—Para ésta noche tendréis dispuesta una compañía a las órdenes de Alonso de Santa María.

—¡Señora! —respondió Bastián abrumado—. ¿Qué intentáis?

—¿Decíais?— cortó secamente la Bobadilla.

—¡Digo que sin orden expresa del señor...!

—Pues yo digo que en ausencia de Don Fernán Peraza no hay más señorío que el mío, que por algo soy su esposa. Conque ya sabéis...—ordenó y haciendo un gesto despectivo despidió al Alcaide.

Mas, cuando Bastián iba a traspasar la puerta de la cámara, Doña Beatriz, le añadió un trágico colofón a su orden:

—Preparad las cárceles de la fortaleza: tendré que albergar en ella a mucha gente.

—Son harto menguadas, señora, y están muy deterioradas de no haberse usado en luengo tiempo—respondió Bastián con amarga ironía.

—No importa, con eso irán acostumbrándose a las estrecheces de...— Pero dándose cuenta de que estaba revelando sus intenciones se interrumpió Doña Beatriz, no sin que el alcaide se diera cuenta a donde quería ir a parar la nunca llamada con mayor razón La Cazadora.

Cuando con paso vacilante y pesaroso avanzaba Bastián por el pasillo, oyó la voz de Alonso que le decía, obsequioso y remilgado:

—No os molestéis, alcaide; yo tengo ya formada la compañía con gente de mi confianza. Sólo necesito vuestra venia para que se me entreguen las armas.

—Con el diablo: id vos mismo a cogerlas del armero!— mientras le tiraba, más que le daba, unas llaves que tenía en la faltriquera.

Con ellas se fue Alonso a toda prisa a organizar la partida y Bastián, con un humor de perros, derecho a encerrarse en su aposento, de donde, pasara lo que pasara, se había prometido no salir; pero, cambiando de idea bruscamente, bajó al patio de armas y anduvo buscando hasta hallar a un pardillo de su confianza, a quien, con el mayor secreto y disimulo, le dió una consigna:

—Sal con el mayor sigilo por la poterna y no pares de correr hasta llegar a las primeras cuevas de Guajedum. Llama en una de ellas y di que silben a toda la tribu de Arure este mensaje: «Bastián de Ocampo os manda a decir: una razia se prepara esta noche sobre vosotros. Huid de vuestras cuevas y ocultaros en el monte».

Rápido se fue el alcaide hasta una aspillera por ver si el pardillo cumplía su encargo: cuando, a poco, le vió salir sigilosamente por la poterna y correr medio oculto entre la maleza. Mas un dardo partió desde una de las saeteras y el pardillo rodó por tierra sin vida.

Ello le dió la medida a Bastián de cómo los espías de Doña Beatriz dominaban la fortaleza, sintiéndose él mismo, con ser su alcaide, prisionero dentro de ella.

* * *

En las primeras horas de la tarde de un día claro y despejado, de los pocos que llevaba navegando la carabela San Sebastián, el vigía dió la voz de tierra desde lo alto de la cofa. Peraza y Cristóforo, que ha-

cían descanso y siesta despues de comer, la oyeron claramente y subieron alborozados al puente.

—¿Por dónde ves la tierra?— preguntó a gritos Cristóforo.

—Por allí, señor— señalaba el vigía justamente por la proa de la nave.

Corrieron Cristóforo y Peraza a situarse sobre el rancho de proa, porque desde el puente la vela mayor les impedía ver, y tras ellos corrió, alborozada, la marinería. Desde allí comprobaron, haciéndose sombra con la palma de la mano sobre la frente porque el sol, próximo al ocaso, les deslumbraba, cómo una tierra negra y áspera se alzaba en el horizonte frente a la misma ruta de la carabela.

—¡San Borondón!— gritó la marinería con el entusiasmo de un hurra.

—¡San Borondón!— se dijeron, mirándose mutuamente, Cristóforo y Peraza y situándose el primero, en un periquete, en el puente, comenzó a dar las órdenes necesarias para rectificar el rumbo hacia el surgimiento de la nave en la tierra desconocida.

—Timonel: gira el gobernalle hasta un cuarto de la rosa al Noroeste. Contramaese: tensa las escotas de babor y afloja las de estribor. Ahora orza la nao y enfila al surgidero con la proa. Tenemos viento fresco de popa y marchamos hacia la tierra como un rayo. Antes de ponerse el sol le daremos alcance.

—Tened por seguro que esta vez será nuestra San Borondón— comentó Peraza mientras la carabela aumentaba su marcha, abriendo el tajamar un ancho surco; apartando las olas en blancos y viscosos agujes. Así marcharon toda la tarde, cada vez más próximos, cada vez más patente la tierra misteriosa, como si, por rara excepción, La Aprósita quisiera dejarse coger mansamente, después de tanto vagar errante por el Océano.

Como había predicho Cristóforo, cuando el sol comenzaba a declinar ya la isla estaba al alcance de

la mano y visibles eran todos sus accidentes geográficos; consistentes en dos grandes masas de montañas que dejaban el paso libre a un risueño valle cubierto de vegetación con espeso bosque de grandes árboles que prometía ser lugar paradisíaco.

Era ya casi la noche cuando se oyeron las voces de mando para la maniobra de arriar las velas; luego cayeron las áncoras con estrépito de cadenas golpeando las amuras. Mas se agotó toda la longitud de éstas y las áncoras no encontraron el fondo, como si un inverosímil abismo se abriera bajo la quilla de la nave, allí, junto a la misma orilla. Con asombro, ordenó Cristóforo izar de nuevo las velas y arrastrando cuan largas eran las cadenas, hizo marchar la nave hacia la costa con el fin de que las áncoras engancharan en las rocas o en las arenas del litoral; y tanto se acercó la embarcación, que llegó hasta los mismos rompientes; pero las áncoras no encontraron ninguna firmeza en la que clavar sus uñas de acero. Entonces decidieron, como ya era la noche cerrada, aguantarse al paio esperando al nuevo día para buscar un cala segura en la que poder fondear. Así pasó aquella noche enfebrecida de impacencias y asomó, al final, la aurora: pero entonces comprobaron todos los tripulantes de la carabela San Sebastián que aquella isla, que la tarde antes tenían al alcance de la mano con sus dos ingentes montañas negras y su valle paradisíaco, había desaparecido de la vista; y la nave, como en el despertar de un sueño, como de la vuelta de un mundo de quimeras a la realidad, cabeceaba entre el cielo y el mar, sin otra referencia que la aparente del círculo que cerraba el horizonte y del cual ella ocupaba el centro. Sólo en el lugar que estaba la isla un gran celaje negro caía desde el cielo sobre el mar; un espeso nubarrón precursor de una tormenta.

Cuando Peraza y Cristóforo comentaban, mohinos, lo ocurrido, tratando de hallar una explicación

a aquel tan desagradable prodigio y de tomar una resolución, el fulgor de un relámpago, el estallido de un trueno y un viento huracanado que arremetía contra la nave poniéndola en peligro de naufragar, cortaron la conversación de ambos. Cristóforo corrió a tomar la rueda del gobernalle mientras gritaba voces de mando a la marinería para que maniobrara en las velas, hasta lograr poner la carabela de popa a la mar embravecida, hervida de espumarajos, que desplazando montañas de agua con fuerza irresistible amenazaba tragarse a la embarcación. Parecía como si todo aquello fuera la protesta airada del genio de la isla incógnita, de la «Non Truvada», de la «Aprósita», a la presencia de los nautas; como un castigo a la tremenda osadía de quienes intentaron llegarse hasta las proximidades de sus costas.

* * *

Aunque la razia tuvo éxito, no fue todo el que apetecía Doña Beatriz de Bobadilla, porque si bien se apresó un gran número de gente que a la mañana traía la compañía hacia la Casa Fuerte en larga fila de angaria, al verla desde una de las aspilleras, le pareció a La Cazadora que no destacaba en ella la figura esbelta y maravillosa de la princesa de Arure, que con sólo haberla visto una vez, de aquella forma tan fugaz, el día de su arribada a La Gomera, no se le había borrado de la memoria, y cuando vino Alonso de Santa María a darle cuenta del lance de su relato, sacó Bobadilla la consecuencia, y hasta la plena convicción, de que si Iballa no figuraba entre los apresados era porque una fuerza misteriosa lo había impedido, o que un poder sobrenatural la había salvado de las garras de la soldadesca.

Tan pronto salió la compañía de la fortaleza, tomó con el mayor sigilo el camino de Guajedum, tratando de esquivar algunas cuevas donde hubieran

podido hacer buena presa, pero que dado el interés de la señora, dejaron con el objeto de caer con el primer golpe en las moradas del Jefe de la tribu y coger, inadvertida y confiada, a la paloma en su nido, antes de que alguien pudiera ponerla en alarma con aquel endiablado lenguaje silbado que usaban los aborígenes.

Habían rebasado ya, sin ningún incidente, el Valle del Aseysele y se aproximaban al risco de Guajedum, cuando oyeron un leve crujir de una puerta que se entreabría y observaron, a la escasa luz de las estrellas, cómo la silueta de una mujer gigantesca corría por una vereda de tal forma que más parecía que volaba sobre los peñascales. Un soldado la reconoció, porque su figura era inconfundible.

—¡Ecchineia! ¡Es Ecchineia, la bruja! Matadla antes de que se escape si queremos salir con vida de estos pasos. Va a poner en alarma a la tribu.

Al instante apuntaron las ballestas y partieron los dardos sobre ella, desapareciendo la silueta. Entonces la dieron por muerta y Alonso procedió a distribuir a los soldados a las puertas de las numerosas cuevas, reservándose él mismo un cierto número de los más escogidos y conocedores del terreno con los que subió a los umbrales de las moradas de Iballa, y cuando estuvo cerca de ellas ordenó el asalto general y simultáneo a todas las cuevas, traducido al momento en golpes de hachas y derrumbes de puertas, imprecaciones, gritos de sorpresa, ayes y lloros lastimeros ante la brutal y cruel acometida de los soldados que, a golpes dados con las ballestas, a cuchilladas y mandoblazos, iban reduciendo a todo el que hacía resistencia.

Cuando Alonso penetraba con los suyos en las moradas de Iballa, la doncella, puesta en alarma por aquel fragor que venía de las cuevas bajas, salía a inquirir lo que pasaba y, precavida, esgrimía una enorme ánfora entre sus manos que arrojó con fuerza so-

bre el grupo intruso, con lo que, momentáneamente, produjo la confusión entre los asaltantes, dándole tiempo para huir hacia el interior por el dédalo de galerías y recovecos, mientras requería, a gritos, el favor y ayuda de su padre. Pedro Hupalupa no se había hecho esperar y luchaba con toda la fuerza que podía sacar de aquel su envejecido y caduco cuerpo, y así, padre e hija pudieron ganar una encrucijada de las galerías desde donde Hupalupa con su banot e Iballa armada con una muela de piedra de un molino de mano tenían a raya al converso y sus esbirros; mas los gritos que daba Nusac, cogida en su lecho por sorpresa, le hicieron abandonar su ventajosa posición para correr en auxilio de su prima como una leona, y ello motivó que, cercada rápidamente por los soldados, fuera reducida, aunque siguiera defendiéndose a mordiscos y patadas, y también Hupalupa, desmoralizado al ver a Iballa prisionera y desarmado de su banot, porque sus ancianas manos ya no podían tenerlo ni esgrimirlo, cayó como presa valiosa del converso.

Entonces, con objeto de mejor asegurar a Iballa entre sus manos, ya que, como sabemos, ella era el principal objetivo de la razia, Alonso ordenó a una parte de los soldados salieran de las moradas llevándose a Hupalupa y Nusac a engrosar el ya numeroso grupo de prisioneros que tenían acorralados en la parte mas baja del risco. Sólo quedaron unos cuantos de los más forzudos, y trayendo cuerdas y mordazas pudieron reducir a la Princesa de Arure a la irremisible quietud impuesta por fuertes ataduras de las piernas y los brazos junto al busto y amordazada brutalmente. Con ello el converso dió por harto cumplida su misión y se dispuso a sacar a la sin par prisionera de las moradas para situarla en el lugar más visible de la fila de angaria, con la que deseaba llegar cuanto antes a la Casa Fuerte, cogiendo la delantera a cualquier emboscada que los naturales de las otras tribus

pudieran tenderle en el camino, ya que a la parte de las montañas oíanse silbos siniestros y rencorosos que le intranquilizaban sobremanera.

Mas, de pronto, la gran arcada de salida se vio obturada por la figura hercúlea de un hombre que, enmarcado por las masas rocosas del umbral, tenía las proporciones de un gigante, y el cual, sin dar tiempo a tirar de las espadas, como una tromba se fue sobre los asaltantes descargando puñetazos como golpes de maza dejando fuera de combate y aun moribundos a la mayoría. Alonso pudo esquivar uno dirigido a su cabeza con la intención de estallarla y escabullirse hacia afuera donde comenzó a llamar en su auxilio a otros soldados, pero, en lo que éstos subían, ya el hércules había rescatado a Iballa y puéstola a buen recaudo liberándola de las ataduras y de la mordaza, las que cortó rápido con su cuchillo de piedra basáltica. Una voz cascada y familiar se oía en lo alto del risco indicándole la forzudo, que no era otro que Autacuperche, la orientación que había de seguir en su escapada, cuando brillaban muy cerca de él los aceros de las espadas que le iban en seguimiento. Iballa había corrido hacia la voz cascada que, monótona, con tono de salmodia, sonaba sin cesar en lo alto del risco: ella la reconoció en seguida, era Ecchineá, su providencial protectora; Ecchineá, a la que una vez agredió, pisoteando sus canas y todo su prestigio, cegada por amor al perjuro que ahora había mandado a sus esbirros a prenderla a ella, a su padre, a su amada confidente Nusac y a muchos de sus hermanos en la tribu de Arure. ¿Qué inexplicable acción era aquella? ¿Por qué y para qué aquella razia sobre ella y los suyos? Ah, la rica hembra de Castilla, ¿le habría exigido a su esposo, como reparación de su conducta y de sus pasados amores, el ahérrojamiento de de su antigua amada a la disposición de su entero albedrío? Todo era un mar de confusiones en la mente de Iballa, mientras sentía el bullicio trágico de los pri-

sioneros y esbirros, valle abajo del Aseysele, camino de la Casa Fuerte y de él vino a sacarla la voz de Ecchinea como hablando en soliloquio:

—La Tierra Maldita. El maleficio de la Tierra Maldita.

—¡Tenías razón!

—¡Madre Ecchinea siempre tiene la razón! ¡Si me hubieras hecho caso...!

—¡Mi amor por el señor era más fuerte que la razón de tu augurio...!

Entonces Iballa rompió a llorar en silencio con la vista fija a la parte del Aseysele, por donde se habían llevado a su padre, a Nusac y a tantos de sus hermanos de tribu, y volvió a cavilar intensamente atribuyéndole todo a Peraza, porque ignoraba su ausencia de la Isla. Sabía, sí, la partida de la nao San Sebastián porque nada se ocultaba a la vista y a la murmuración silbada de los naturales, pero la marcha del señor en ella, hecha con tanto sigilo, ninguno de los aborígenes la conocía. ¿Aquel secreto de la baja, que Autacuperche exigió de manera tan cruenta con la muerte y la sangre de su medio hermano, había sido quebrantado por algún traidor y el señor se adelantaba al propósito de las tribus para ser él y no éstas, el primero que rompiera el gánigo de la paz? Asaltada por esta inquietud de perder la primacía en la declaración de la guerra; del levantamiento de todas las tribus contra la Casa Fuerte; se rehizo rápidamente y llamando a Autacuperche, que aquietado en mansedumbre como perro de presa esperaba sus órdenes, le dijo enérgica:

—Lanza ahora mismo la llamada a las tribus en Tinguarimé. Allí quebraremos el gánigo de la paz. Asaltarás la Casa Fuerte y libertarás a nuestros hermanos; ningún castellano ha de quedar con vida. Tendrás todo mi amor si eres capaz de traer ensartada en tu banot la cabeza de esa rica hembra de Castilla.

Y no esperó a más el Príncipe Pastor: erguido so-

bre una roca, con el índice de la mano derecha curvado y metido dentro de la boca presionando sobre la lengua, tomando una bocanada de aire para henchir los pulmones, lanzó un fuerte y estridente silbo de alerta y, a continuación, otros y otros, más modulados que, como en eco, se repetían de montaña en montaña, de valle en valle, hasta diluirse en las lejanías.

CAPITULO XII

EL DIA EN QUE SE QUEBRO EL GANIGO DE LA PAZ

Aquella mañana pudo medir Bastián de Ocampo la magnitud del desastre y el daño que había causado Doña Beatriz de Bobadilla al señorío de los Peraza en La Gomera, con sólo asomarse al patio de armas de la Casa Fuerte y contemplar aquel grupo de prisioneros: jóvenes, ancianos, mujeres y niños, arrebujados y apretados unos con otros; con el temor y la incertidumbre en sus desencajados y lívidos rostros. Allí vió muchas caras que le eran conocidas y que, al advertirle sobre el adarve, clavaron en él sus ojos tratando de fulminarle, creyéndole cómplice de aquel desafuero, y las carnes le temblaban al leal alcaide, y la vergüenza le quemaba las entrañas, sobre todo cuando, entre aquel grupo de angaria, advirtió la presencia de la inocente Nusac y de su gran amigo el Jefe de Arure, Pedro Hupalupa. En cierto modo le tranquilizó la certidumbre de que allí no estaba Iballa, pero la presencia de su padre y de su confidente, ya de hecho convertidos en esclavos de la Bobadilla y de sus cómplices, le enloqueció de tal forma que, rápido fue a meterse en su aposento donde estuvo un buen rato rabiando de impotencia ante el arrebató de su mando y autoridad que le había hecho Doña Beatriz: a él, que hacía tan sólo unos días animaba a su señor a salir a la descubierta, jurándole mantener el orden y la quietud en su feudo. A poco llegaron algunos oficiales del bando de Peraza y juntos comentaron el desastre, y en esto estaban cuando oyeron el constante silbar en las montañas, de una manera siniestra y persistente. Silbos continuados rebotando en los riscos y peñascales, repitiéndose con igual modulación, como si fueran el contu-

maz pregón de una consigna, hasta perderse en la lejanía y de ésta volver, en intensidad creciente, hasta herir los tímpanos, con sus estridencias, en las proximidades de la misma Casa Fuerte. Hamilgua, Pallas y Arure se ponían en entendimiento y se hablaban en la distancia sin ocultar sus rencores, y en preludio de lo que dentro de pocos momentos iba a ser el levantamiento, la rebelión de todos los naturales.

Entonces aquellos oficiales leales a Peraza, con Bastián a la cabeza, hicieron conjura y se juramentaron, decidiendo ir inmediatamente a prender a La Cazadora y reducir a sus compinches y partidarios y, libertando a los prisioneros, dar con ello satisfacción a las tribus poniéndolas en quietud.

Así, sin perder más tiempo, se fueron a los aposentos de Doña Beatriz, penetrando en ellos sin ninguna clase de miramientos. Mas La Cazadora, ladina y previsora siempre, ya estaba bien acompañada por una nutrida cohorte de paladines que, armados hasta los dientes, no dejarían tocar a la que habían erigido en dama de sus sentimientos caballerescos. Ante ello, Bastián y sus amigos no tuvieron más remedio que recoger velas y tratar de convencer a la Bobadilla del tremendo riesgo en que estaba poniendo el feudo de su esposo. Por ello, después de cierto titubeo, Bastián le dijo:

—Señora: la isla se está alzando en guerra contra el señorío.

—A vos os toca reducir a esos salvajes— contestó la Cazadora con estudiada parsimonia— ¿No sois el alcaide de la fortaleza? Tenéis mi aprobación para hacerlos callar a sangre y fuego.

—Señora— intervino uno de los oficiales que acompañaban a Bastián—: vos no sabéis que entre las tribus y la Casa Fuerte existe un viejo pacto que, una vez roto, no tendrá compostura jamás.

—¡Bah! Por lo visto estáis amedrentados. Si ello es así, tenéis toda mi venia para estaros amparados al

socaire de vuestros aposentos. Mirad —decía Doña Beatriz señalando a sus partidarios con un irónico mohín lleno de coquetería— cuántos caballeros están aquí dispuestos a defender mi persona.

—Sitiarán la fortaleza por hambre.

—Haced acopio de agua y víveres. ¿No tenemos pólvora y pellas? Pues haced tronar la artillería cuanto sea preciso para mantener a raya a los asaltantes.

—Vuestro esposo está ausente y vos no tenéis derecho a tomar tan graves decisiones— exclamó Bastián fuera de sí.

—Mi esposo no tendrá mas remedio que acatar el hecho consumado, cuando regrese. Como yo ahora os digo que no tengo confianza en vos.

—¡Señora...! —exclamaron Bastián y sus amigos.

—No tengo confianza en vos— repitió la Bobadilla recalcando las palabras—. Entregadme las llaves del castillo. Desde este momento dejáis de ser alcaide.

—Tomadlas, señora, y mirad a quien váis a darlas— dijo Bastián sacándolas de la cinturilla de sus bragas y alargándole el manojo a Doña Beatriz—. Tan pesadas son, de por sí y por lo que representan, que temo no hallaréis persona con bastantes fuerzas para tenerlas.

—A fe de que no váis a creer que mi frágil persona de mujer las tenga sobradas para manejarlas— dijo la Cazadora, mirando a Bastián y a sus amigos en actitud de reto, mientras cogía las llaves.

—Allá vos con ellas y con vuestra conciencia. Si nos dáis vuestra venia para retirarnos...

—No. Aguardad un instante. Ahora váis a ver cómo soy capaz de manejar estas llaves. Decidme, Bastián de Ocampo, ¿cuál de ellas corresponde a una de las cárceles?

—Pues ésa, la más grande, que ahora tenéis, precisamente, entre vuestro pulgar e índice...!

—¿Es ésta?

—¡Sí!

—Pues yo misma iré a encerraros, a vos y a vuestros amigos, para que no volváis a ser traidores a mi causa. Hola, caballeros de mi bando: desarmad y prended a esos hombres. Bastián de Ocampo: daos preso.

* * *

Poco tiempo despues que Autacuperche lanzó su llamada a las tribus, la isla entera era un hervidero de silbos continuados que adoptaban la forma de diálogos sostenidos desde el llano a la montaña; desde la margen de un barranco a la de enfrente; desde la meseta costera al beril que abriga la cala. Toda la isla hablaba, silbando, enfurecida, porque los silbos tenían inflexiones de terribles rencores: con gorjeos en tonos graves, reconcentrados, para alzarse bruscamente en altísimas y agudas sonoridades estridentes, como gritos discordantes de dolor, como protestas airadas del atropello y de la injusticia.

No había aún comenzado a clarear, cuando la playa de Tinguarime se vio invadida de guerreros; de gentes armadas con sus banots sostenidos en posición vertical; un bosque de banots dispuestos a girar en los aires espesados por humos de hogueras y cargados de trágicos presagios.

La playa de Tinguarime no era ahora, como fue en otro tiempo, el escenario risueño de una ceremonia de paz y amistad, sino que, por el contrario, habíase convertido en el lugar de concentración de la guerra, ya que en ella iba a celebrarse el acto ritual previo que habría de ser el inicio de una lucha sin cuartel y de exterminio. Cuando Autacuperche apareció, entre Iballa y Ecchineá, y los jefes de las tribus vinieron a prestarle acatamiento, reconociéndole como hombre mascota y caudillo de las hordas, una aclamación coronada de banots tremolantes acogió su presencia y, como en aquel día venturoso en que alzó

su voz en aquel mismo lugar para tomarle el juramento de paz a Peraza, Iballá habló a las tribus para acusarle ahora de traidor y perjuro de aquel mismo pacto y, más que una arenga, fue una sucesión de alaridos, hilvanados en la ira, en la que pugnaban por gritar, al propio tiempo, el sentimiento del rencor producido por el atropello y el despecho de la mujer con su amor despedazado por el engaño. Al terminar de hablar la Princesa de Arure, como si fuera una ovación que se le tributaba, surgió, en rugiente unísono, la frase sacramental de la guerra.

—¡Quiébrese el gánigo de la paz!

Como si fuera una consigna, no bien había sonado esta frase cuando ya un guerrero traía entre sus manos la simbólica vasija, desenterrada del túmulo que la guardaba, y que todavía conservaba en su interior la marca del nivel de la leche que, muchos meses atrás, Peraza había bebido con Iballa y los demás jefes de las tribus como símbolo de amistad. De manos del guerrero tomó Autacuperche el gánigo, y al verlo el concurso, alzado por las manos del hombre mascota por encima de su cabeza, se hizo un solemne silencio que no duró más que el preciso instante en que, impelido con toda la fuerza del hercúleo Príncipe Pastor, fue a estrellarse contra una roca, saltando hecho añicos, con un lóbrego chasquido de su crujir fatídico.

Entonces los guerreros se concentraron en torno a su caudillo considerándose, desde aquel momento, partes integrantes de la horda y, como tales, dispuestos a marchar ciegamente a donde el hombre mascota los llevara. Mientras, los mensajeros silbaban en todas direcciones expandiendo la nueva por todos los ámbitos, repitiéndose, como un eco, por la isla.

—¡En Tinguarime se quebró el gánigo de la paz...! —dijo la playa.

—¡En Tinguarime se quebró el gánigo de la paz...! —repitieron el escarpe, el bosque y la montaña.

—¡En Tinguarime se quebró el gánigo de la paz...! —corrió por los barrancos, se metió por las honduras de los valles y llegó hasta los altos cumbreros llevado por el cierzo entre las brumas.

Los guerreros habían alzado y hacían girar en el aire sus banots, y a esta acción unían el griterío salvaje de sus agigides, animándose con ellos a la lucha, y, como si la naturaleza quisiera unirse a prestarle ambiente a la tragedia que se había iniciado con aquel rito inaugural de la guerra, un viento huracanado comenzó a soplar por el poniente, el horizonte estaba encendido de continuos relámpagos y retumbaban los truenos cada vez más cercanos. Camino de la Casa Fuerte marchó la horda, a cuyo frente iba Autacuperche, hululante, siniestra, en completo desorden, cubriendo ancha franja de terreno, saltando los obstáculos y pasando los accidentes del terreno con ese impresionante avanzar con que lo hacen los inmensos grupos de animales emigratorios, contumaces y testarudos, hacia el norte y guía que el instinto les ha fijado, sin tener en cuenta que el vendaval arreciaba deshecho en huracanes y aguaceros y retumbos de truenos, entre luminarias fulgurantes de relámpagos y centellas.

* * *

Si la tormenta que arreciaba en la isla, junto con la otra tremenda de las almas, venía de la parte del poniente, ésta no era otra que la que había sorprendido a la nao San Sebastián en su operación de descubierta de «La Aprósita» o «Non Truvada».

Todo el día corrió la nave, entre el fragor de la tempestad, en dirección al este, impelida por la mar y por el viento, como alma que lleva el diablo, desandando en esa singladura más de tres veces el espacio que, en igual tiempo, había navegado hacia el poniente. Al cerrar la noche, el temporal arreció mu-

cho más y la vela mayor quedó hecha jirones, con lo que la carabela se vió menguada en su gobierno y, atravesándose a la recia mar, embarcando agua por las bordas, amenazaba trabucarse por el peso balanceante del palo mayor. Cristóforo advirtió el peligro y, a sabiendas de que ello era un recurso heroico, pero un mal menor, ordenó a la marinería que, a golpes de hacha, quebrarse aquel enorme leño, el cual al caer sobre estribor hizo saltar en astillas parte de la borda de esta amura; con ello pareció que la nave quedaba aliviada, pero Cristóforo y Peraza se miraron mutuamente, después del crispamiento de nervios que el siniestro golpe del palo al caer les produjo, con la duda y la impotencia reflejadas en sus rostros cuando ahora la carabela no disponía para su gobierno más que del trinquete, como única vela. Una noche de brega constante con la mar, sin rumbo fijo, porque la nave zigzagueaba y guiñaba a cada instante, con violencia, a merced del oleaje. Al amanecer, la marinería estaba enteramente agotada, sin poder jugar con las escotas y demás cabullería del trinquete para mejor cuadrar la escasa vela al constante variar del viento racheado, y los timoneles, aferrados por parejas al gobernalle, veíanse impotentes para sostener el timón en posición efectiva, porque el aguaje movíalo furiosamente del uno al otro costado de la popa, como juega la brisa impetuosa con una hoja de puerta que, al descuido, quedó sin trabas de fallebas, en noche de ventolina. Entonces vieron la silueta de La Gomera por la proa, y ello les dio ánimos, aun a sabiendas de que de no amainar el temporal sería casi imposible alcanzar la isla sin que la nave embarrancara o se estrellara contra los arrecifes.

En Peraza, la visión de la isla de su señorío, lejos de animarle, le produjo un desplomamiento total de su personalidad. Había salido de ella, esta vez, con la esperanza de un triunfo sobre la fatídica tierra

«Aprósita»; habiéndola tenido al alcance de la mano y en un tris de hacerla suya y dominarla para siempre, cuando, como el desvanecerse de un sueño, se esfumó en las inmensidades del Océano, regalándole con el escarnio de aquella tormenta que iba a acabar con su nave y con su vida y la de sus hombres. Un fracaso más de su torcida juventud frente a su feudo, de los tantos sufridos; ahora, el viento silbando con furia en las jarcias del trinquete y la mar golpeando las amuras y barriendo la cubierta componían la horrible sinfonía en la que creía percibir la risa sarcástica de la bruja Ecchineia: «Vos no sois el hombre destinado a la empresa de aprehender la Tierra Maldita», le había sentenciado la vieja calchona, sobre la arena de la playa cuando volvía de sufrir el desprecio del despecho de Iballa. Ecchineia tenía razón, porque todo su mal augurio se estaba cumpliendo punto por punto y raya por raya.

Esquivando los maretazos y agarrándose a las bordas, pudo Cristóforo ponerse al habla con Peraza, a gritos, tratando de hacerse oír sobre el fragor del mar y del cielo con su constante tronar.

—Tenemos La Gomera a unas cincuenta leguas. ¿Qué hacemos?

—Corramos el temporal al largo sin hacer caso de la isla —contestó Peraza—. Ya veremos cómo volvemos sobre ella con bonanza. Quizás podamos recalar en la isla del Hierro.

—Imposible: el tiempo nos echa sobre La Gomera y no tengo aparejo para maniobrar y derivar al suroeste. Si tenemos suerte de recalar en una playa, puede que me aguante tirando ambas áncoras al fondo; pero si vamos sobre costa acantilada, la nao se hará añicos estrellándose contra los arrecifes. Estamos enfilados a la Punta de San Sebastián: si el tiempo nos empujara un poco sobre el nordeste, podríamos rebasarla.

—Que sea lo que Dios quiera, Cristóforo, ¡Este es mi maldito sino!

La noche se anticipaba, por lo ennegrecido del cielo, y la carabela San Sebastián, corriendo sobre el enfurecido mar, bajando precipitadamente por el tumbo de una ola o subiendo a la cresta de otra, desde la cual era visible, cada vez más cercana y a la luz de los relámpagos, la costa acantilada de la isla de La Gomera, sobre la cual estaba escrito, con terrible incertidumbre, el enigma de cuál sería el fin de aquel desdichado viaje de descubierta.

* * *

Una vez que la horda había marchado frenética a poner sitio y tratar de asaltar la Casa Fuerte, las mujeres, capitaneadas por Iballa, dando un gran rodeo por los valles, fueron a situarse sobre unos beriles costeros que formaban la Punta llamada de San Sebastián para, por una parte, estar más cerca de los acontecimientos del teatro de la guerra y, por otra, aprovechando que allí había unos grandes cuevones, improvisar en ellos un hospital de sangre para atender a los heridos que fueran evacuándose, al frente del cual erigió Ecchineia su jefatura, en calidad de curandera máxima de la isla, habiendo hecho en aquel día buen acopio de hierbajos medicinales, pócimas y beberajes.

Mas, al observar a la saga en su quehacer silencioso, se advierte que algo pende de sus hombros con unas correas; algo que la saga protege, cuida y cela sin abandonarlo un instante, y que podemos identificar con aquel cofre misterioso que guardaba en su cueva, en lugar destacado, entre los miles de extraños cachivaches que le daban a aquel antro un aspecto cabalístico y hechicero. Todo lo dejó atrás Madre Ecchineia para acudir a dar coraje a los guerreros con sólo su presencia, pero lo que no podía dejar, lo que tenía que llevar consigo en aquellos momentos de lucha, era aquel cofre que, a través de los siglos, de

generación en generación, había venido a parar a sus manos con todo el ascendiente prestigioso de una reliquia.

Ya bien avanzada la noche, entre el tronar constante de la tormenta, comenzó a sentirse el otro tronar, más tajante y limpio de ecos, de la artillería de la Casa Fuerte, con espacios cargados de incertidumbres, indicando con ello que la horda había sitiado el castillo disponiéndose a asaltarlo. Atentas estaban las mujeres al rugir de bombardas, falconetes, esmeriles y gerifaltes, porque en cierto modo les iba informando de las incidencias de la lucha y, de pronto, algo sorprendentemente espantoso vino a ponerlas en tensión de miedo.

Sobre las encrespadas olas apareció una nave impelida con fuerza que, irremisiblemente, iba derecha a estrellarse sobre unos escollos. Al fulgor de los relámpagos, la visión de aquel casco desarbolado acrecida por el fugaz contraste del claro y del oscuro, zarandeado por emborrascado oleaje entre blancos espumarajos que, bien a las claras, denotaba que iba sin gobierno y a la zumba y aguanta, ponía pavor de tragedia, máxime, cuando en aquel trance de guerra, ello pudiera entrañar un juego de emboscada. Por esto todas las mujeres huyeron asustadas. Todas, menos Iballa y Ecchinea que, con mayor responsabilidad en el empeño de la lucha, permanecieron agazapadas tras de una roca, esperando valientemente el desenlace de aquel extraño acontecer.

Como se preveía, la nave fue a chocar contra los escollos y el maderamen saltó hecho añicos y astillas con el crujir desalentador de las buenas cosas que se rompen, y se oyeron las imprecaciones y los ayes y los gritos de los náufragos, a la entera merced del mar, nadando unos hacia la ribera, otros asiéndose a la tablazón dispersa, muchos ahogándose entre los torbellinos del agua embravecida. Iballa y Ecchinea vieron, entonces, cómo a la playa llegaban algunos hom-

bres, muy pocos, porque la mayoría habían perecido ahogados, que en un esfuerzo supremo pudieron ganar la orilla a nado y que allí permanecieron tumbados en la arena, jadeantes, semidesnudos y chorreando agua por los trapajos que les quedaban. Ecchineá creyó ver una silueta que le era familiar y una fisonomía que nunca había podido olvidar, en uno de aquellos náufragos, quien, en aquel momento, se afanaba en llevar hasta la arena seca, medio a rastras, el cuerpo inanimado de otro hombre que, o estaba medio muerto, o por lo menos privado del sentido; pronto reconoció la saga a aquel Cristóforo, maese de la nave del señor, que tan singular atracción había ejercido sobre ella y, mientras instintivamente sus manos acariciaban el cofre que pendía de sus hombros, movida por la fascinación que el genovés le producía, se fue derecha a él, olvidándose de la guerra y desechando los temores que aquel estado de cosas tenía que producirle: como si algo muy superior a la razón de la lucha la impeliera a salir de su escondite, y tras ella también se fue Iballa.

Cuando las dos mujeres llegaron a la altura del grupo de náufragos, Cristóforo las reconoció al instante llamándolas por sus nombres y explicándoles atropelladamente lo que les había sucedido con aquella horrible tormenta. Entonces Iballa le enteró del alzamiento de la isla contra la Casa Fuerte y de la guerra contra la injusticia y el perjurio de Peraza.

—¡Ya se rompió el gánigo de la paz!-- dijo Iballa estremecida de cólera.

—Fernán Peraza ha puesto hierros de esclavos a gentes de la tribu de Arure, entre las cuales está el padre de Iballa— subrayó Ecchineá.

—¡Mentira!--protestó Cristóforo—. Fernán Peraza estaba a bordo de la carabela San Sebastián. Partió conmigo, hace algunos días, afanado en descubrir y poseer la isla que vosotros llamáis la Tierra Maldita.

—¿Iba a deshacer su maleficio?— preguntó irónicamente Ecchinea.

—Sí. Decía que era el obstáculo que impedía su amor a Iballa. Miradle ahí sobre la arena, medio muerto.

Entonces Iballa, ahogando un grito de sorpresa, se inclinó sobre el cuerpo que yacía respirando en estertores y reconoció a su antiguo amado y, alzando su vista empañada por el llanto, escuchó atentamente a Cristóforo que la enteraba de cuanto había sucedido en Castilla; de cuál había sido la lucha de Peraza para evitar aquel matrimonio con la Bobadilla que, al fin, tuvo que aceptar para librar su cuello del hacha del verdugo; de cómo confiaba en que encontraría los medios para anular aquel casamiento y volver a los brazos de su amada Flor Salvaje:

—¡Si vos, Princesa de Arure, no os hubiéseis obstinado en vuestro despecho, otros gallos estarían cantando en estos momentos, para vuestro bien, el de Fernán Peraza, el de las tribus y el de toda la isla!

Sin ninguna respuesta a las palabras de Cristóforo, Iballa se arrodilló en la arena procediendo a prestar a Peraza los primeros auxilios, y vio su cara lívida, como ya la había visto en otra ocasión en el Aseysele, y, como allí lo había hecho, pasó sus dedos por aquel rostro frío y, al recuerdo de aquellos instantes felices en los que nació su amor y ante las explicaciones de Cristóforo, se disipó de su corazón, como una bruma maldita, el odio de su despecho. Como también lo había hecho en el Aseysele, llamó a Ecchinea para instarle que usara de sus recursos para volver al herido a la vida; pero Ecchinea había desaparecido. Desesperadamente la llamó una y otra vez; corrió de un lado para otro llamándola con gritos y silbos estridentes que denotaban perentoriedad, y aquellos gritos y aquellos silbos iban a diluirse en el fragor de los truenos del cielo y de la artillería de la Casa Fuerte sin que nadie respondiera a los mismos.

Trabajosamente, entre Iballa y Cristóforo, lograron conducir el herido hasta las cuevas donde las mujeres, ahora huídas, habían preparado aquel rudimentario hospital, y con ello el destino ofreció un nuevo sarcasmo para Peraza, de los tantos en que se había gozado en depararle, al ser él el primero que estrenara aquel antro acotado para la primera sangre de horda que estaba tratando de destruir su poderío.

A falta de Ecchinea, a tontas y a locas, usó Iballa de emplastos y beberajes en favor de Fernán Peraza y, entre estos últimos, encontró una tinaja repleta de charcequén: el licor que obtenían los naturales de la yoya, o frutilla negra y dulzona de los mocanes. Era el charcequén, con su aspecto meloso, el gran reconstituyente, el elixir de la fuerza y la rápida recuperación; y tan pronto como el herido estuvo en condiciones de poder tragar, Iballa le hizo beber una buena dosis y esperó, segura, el efecto del licor maravilloso; mientras, recapitando en silencio, iba cayendo en la cuenta de todo el mal que se había hecho a sí misma y del que le había inferido a Peraza. Por eso comenzó a llorar desesperadamente y se abrazaba al cuerpo de su amado, sintiendo la tremenda angustia de su culpabilidad en lo que ya era irremediable, como si quisiera, cubriéndole con su propio cuerpo, defenderlo a costa de su vida.

* * *

Mucha carnicería habían hecho en la horda, que la sitiaba y pretendía asaltarla, las pellas calientes de la artillería de la Casa Fuerte; pero cuanta brecha abrían era inmediatamente cerrada por nuevas masas de combatientes que avanzaban feroces y obstinados hasta las murallas y los fosos del adarve y la torre, a pesar de que allí eran materialmente acribillados por los tiros certeros de las ballestas. No cesaban de rugir los cañones y las saeteras de vomitar dardos y los

matacanes de arrojar humeante pez ardiente sobre los más osados que intentaban forzar las ferradas puertas a empellones de troncos descomunales empleados a guisa de arietes y de los que venían portando escaleras, hechas con palos y ramajes atados con tomizas de palmas, apoyándolas sobre los muros para trepar a las almenas y así, mientras la fortaleza se defendía, de forma imprevisora y alocada, la horda tampoco cesaba de lanzarle oleadas de asaltantes, vez tras vez, durante horas, con la esperanza de agotarla de pertrechos con incesantes amagos y provocaciones, con el tesón y la conciencia de que no habría heridos porque la lucha era de vida o muerte.

Cuando Ecchinea desapareció de la vista de Iballa y Cristóforo, en la Punta de San Sebastián, lo había hecho con una intención siniestra, porque buena sabedora de la condición voluble de una mujer que ha estado enamorada y que, por despecho, se aparta de su amor odiosamente, maldiciéndole, como por cualquier motivo fortuito puede regresar de su devío para volver a su amado con pasión recrudescida, advirtió en la actitud de Iballa su regresión a la querencia de Peraza, cuando Cristóforo se lo mostrara moribundo sobre la arena. Entonces decidió la saga impedir la vuelta de aquellos nefastos amoríos que, ahora, iban a implicar una traición al Príncipe Pastor y a las tribus que acaudillaba y así, a grandes zancadas, como siempre lo hacía cuando se sentía portadora de un mandato venido del arcano del destino, tomó el camino de la Casa Fuerte.

Por uno de esos repentinos cambios del tiempo tan característicos en las latitudes de las Canarias, el viento rodó del Suroeste al Sureste y, con ello, trajo ardentías y sequedades del Sahara que pronto barriaron los espesos celajes de la tormenta que, por los cuadrantes del Norte, se fue relampagueando furiosamente y viniendo, como dice la gente de mar, avante la luna llena; todo quedó plácidamente quieto menos

los aledaños de la Casa Fuerte, teatro del empeño de la guerra: porque si cesó la tormenta del cielo quedó el fragor de la lucha en la tierra, coraje en las voluntades y odio en los corazones, y tras el retumbo del trueno este otro tronar protervo de la artillería, ahora más espaciado, como si las piezas estuvieran cansadas de vomitar tanto fuego; indicio de un posible agotamiento de la pólvora y de las pellas.

De todo ello pudo darse cuenta Ecchinea al hacer un alto en su marcha y contemplar, desde un altozano, el Valle de San Sebastián en el que hormigueaba la horda hululante y contumaz en el asalto y el sitio, y destacaba la silueta de la torre de la Casa Fuerte enrojecida de fuegos y envuelta en nieblas de humos. Entonces, la saga comenzó a silbar un mensaje dirigido al hombre mascota y sus silbos tuvieron la virtud de salvar las barreras de gritos y agigides de los asaltantes para llegar al mismo Autacuperche.

El mensaje era escueto y conciso y sin embargo terriblemente alarmante para el hombre que había aceptado el caudillaje de las tribus y la responsabilidad de la guerra:

—¡Autacuperche....! ¡Autacuperche...! ¡Te habla Madre Ecchinea...! No busques a Fernán Peraza en el Fuerte. Peraza está con Íballe. Si vienes conmigo te mostraré el lugar donde se oculta. No intentes asaltar la fortaleza inútilmente. Yo puedo poner en tus manos la vida del señor. ¡Ven conmigo Autacuperche...!

Y tras algunas vacilaciones el hombre mascota ordenó la suspensión del que iba a ser el asalto definitivo a la fortaleza y llamando a algunos jefes les ordenó mantener el asedio hasta su vuelta; después de localizar el lugar desde el cual le silbaba Ecchinea, fue a reunirse con ella seguido por una escolta formada por unos cuantos de sus mejores guerreros.

Después que el charcequén obró, como de manera milagrosa, Peraza se recuperó rápidamente sintiéndose en cierto modo feliz junto a su amada, perdonándole todo el mal que le había hecho por efecto de su empecinado encono. Iballa y Cristóforo le habían puesto al corriente de todo lo que estaba ocurriendo y Fernán Peraza buscaba con ambos la forma de aquietar a las tribus ofreciéndoles una reparación a las mismas. Repudiaría a su esposa Doña Beatriz, expulsándola del señorío por desobediencia a sus mandatos y por ser causa de perturbación en el feudo. En aquel preciso momento quería ir a interponerse entre el castillo y los asaltantes para arengarles y exhortar a unos y a otros a deponer las armas; él mismo, con sus manos, abriría las puertas de las cárceles y libertaría a Hupalupa y a todos los prisioneros a la vista de todas las tribus y mandaría a colgar de una almena de la torre, para escarmiento, al osado y repulsivo converso Alonso de Santa María, que, sin su consentimiento, había puesto hierros de angaria sobre aquellos naturales inocentes; e hilvanando y deshilvanando conjeturas que pudieran darle una explicación de todos aquellos hechos dimanados de la Casa Fuerte durante su ausencia, le preguntaba a Cristóforo:

—¿No oíste tú la promesa de Bastián de Ocampo? ¿Cómo, sólo en el transcurso de unos días, pudo mi alcaide olvidarse de ella, consintiendo tales tropezas a gentes advenedizas a mi feudo?

—¿Qué sabéis, señor, hasta donde pudo llegar Bastián con su autoridad? Vos sabíais que la Casa Fuerte estaba dividida en dos bandos: el vuestro y el de vuestra esposa. Vos mismo temíais que al ausentaros algo podría ocurrir en vuestro señorío cuando le pedisteis a vuestro alcaide la promesa de que habláis, ¿No pensáis lo que le habrá podido ocurrir a vuestro leal Bastián?

—Tienes razón, Cristóforo. Un sino terriblemen-

te faltal nos maneja a su antojo: a mí y a todos cuantos me rodean. ¡Ah la Tierra Maldita...!

—¡Miradla allí...!—dijo Iballa en un grito estridente, señalando hacia el horizonte.

—¡San Borondón...!—masculló Cristóforo, clavando su vista en la dirección que señalaba Iballa.

—¡No! ¡No la llares con nombre de santo!—exclamó Peraza—¡Está maldita! ¡Es la Tierra Maldita!

Y allí estaba, intensamente iluminada por la luna llena, más negra y más áspera que nunca, La Aprósita, la «Non Truvada», presagiando, con su aparición, un aciago acontecer, de los tantos que había presagiado, con fatales realizaciones, a Iballa y Peraza. Por ello, los tres, Iballa, Fernán y Cristóforo, a pesar de sus condiciones valerosas, temblaron ante aquella aparición como si algo sobrenatural e irremediable fuera a aplastarles, y estuvieron largo rato fijos en la contemplación de la Isla «Aprósita» que parecía cada vez acercarse más y más, aproximándose desde los límites del horizonte.

—Huyamos de este lugar. Conozco unas grandes cuevas que están en lo alto de ese risco— decía Iballa señalando a un enorme escarpe que se alzaba sobre el mar— Allí podemos estar seguros mientras la guerra acaba. Dejemos que se destruyan mutuamente las dos fuerzas meléficas que ahora están obrando sobre La Gomera: la que representa Autacuperche y la que dimana de esa rica hembra que vos, señor, os habéis traído de Castilla —y añadió en tono optimista— Puede que esta vez la Tierra Maldita no venga por nosotros sino por ellos.

Queriendo tranquilizarse con el parecer de su amada, obedeció Peraza las indicaciones de Iballa y ambos comenzaron a subir por una estrecha vereda, mientras Cristóforo, habiéndose quedado rezagado, cuando ya la pareja estaba bastante remontada sobre el risco, aún permanecía en la playa, creyendo percibir pisadas y fijando su vista en un amplio claro

de luna, advirtió la silueta de un aborígen gigantesco, hercúleo, que, seguido por un grupo como de una media docena de otros naturales, marchaba con manifiestas precauciones: avanzando a ratos y parándose por momentos para observar precavido, escudriñando en las sombras, como si buscara a alguien sobre el cual venía previamente empuntado. Entonces Cristóforo, por lo mucho que había oído hablar de él, ya que nunca le había visto, identificó a aquel gigante con el Príncipe Pastor del Aseysele y por ende, por lo que hacía poco había relatado Iballa, con el hombre mascota de las tribus en la sublevación contra el señorío de la isla y por evitar un mal encuentro, parando mientes sobre la superioridad del grupo, estando harto transido de fatiga y sin armas, se deslizó sigilosamente tras una gran roca rodada que le ofrecía seguro escondite sin dejar de cavilar intensamente la forma de poder advertir a Iballa y Fernán Peraza de aquel nuevo peligro que les acechaba, lo que, en realidad, no hacía falta porque estos también habían visto a Autacuperche y sus hombres cuando llegaban al pie del risco.

Tanto para Cristóforo como para la pareja Peraza e Iballa, fueron estos unos momentos de angustiosa tensión, sobre todo para esta última que, asociando la presencia de Autacuperche en aquel lugar, en el preciso momento que más le era necesario a la horda frente a la Casa Fuerte, con la repentina y extemporánea ausencia de Ecchineá, fácil le fue intuir que la saga había denunciado la presencia de Fernán Peraza en la mismísima retaguardia de las tribus y que el hombre mascota venía a por él irremisiblemente, uniendo al odio que encarnaba de los sublevados su propio odio personal contra el hombre que le había usurpado el amor de la mujer que ansiaba.

A todo esto, quiso la mala suerte que, al tratar de variar Iballa de posición sobre el andén donde se encontraba con Peraza, para mejor ocultarle, unas pie-

dras sueltas rodaron por el risco y ello bastó para advertir a Autacuperche quien, alzando la vista, les descubrió en el acto y, ante el ademán de éste de comenzar a subir por la vereda, decidió Iballa adoptar el recurso, que nunca le había fallado frente al Príncipe Pastor, de enfrentarse a él con energía y aquietarle en su fiereza como mastín por la mano del amo y, pensando y haciendo, dejando a Peraza sobre aquel andén, descendió a saltos por el risco hasta quedar frente a frente del gigante, increpándole a gritos. Por unos momentos Autacuperche quedó en suspenso y parecía que, como siempre, el mastín iba a aquietarse en su fiereza, pero de pronto una risa sarcástica resonó desde lo alto de una roca sobre la cual, sentada en cuclillas, intensamente iluminada por la luna, estaba la implacable Madre Ecchinea.

Entonces el furor volvió a hacerse carne en las carnes de Autacuperche. Iballa, horrorizada, advirtió su mirada torva y le vio temblar sus manazas con el deseo criminoso con que también debieron temblar la vez que, en la Baja del Secreto, erigió su pedestal de mandó con la sangre de su mediohermano. Sin saber qué hacer corrió a interponerse en el camino de aquel salvaje que empezaba a subir la vereda del risco y un fuerte empujón la derribó por tierra. Entonces sintió como la sangre se agolpaba en su cabeza y le pareció que el risco, la playa y el mar daban vueltas a su torno: el mar, sobre el que flotaba más cerca que nunca, más áspera y negra que nunca, la Tierra Maldita. Quiso avisarle a Peraza para que huyera, para que se librara de una muerte cierta, y se había olvidado del idioma de los castellanos teniendo que recurrir a hacerlo en la lengua ancestral de su raza:

—¡«Ajel ibes jujaque saven tamarec!» ¡«Ajel ibes jujaque saven tamarec...!»— gritaba, con estridencias histéricas, la bella flor salvaje de Arure queriendo decir: corre, huye que van a subir por tu camino.

—«¡Ajel ibes jujaque saven tamarec...!» «Ajel ibes jujaque saven tamarec...!»

Peraza, desde lo alto, oyó y entendió el trágico aviso de Iballa —«Ajel ibes jujaque saven tamarec...!» Corre, huye, que van a subir por tu camino—. Pero, aunque podría hacerlo, aunque podría correr a la alto del risco y desaparecer de la vista del gigante ocultándose en algún socavón o grieta del terreno, asaz quebrado por su condición volcánica, se lo impedía su moral de caballero castellano. Sabía que, en la lucha con aquel salvaje, llevaría todas las de perder, desamparado de armas y extenuado de fuerzas físicas por su reciente brega con el mar en el naufragio de la nao, pero afrontó la situación con todo el temple heroico de su nobleza.

—¡«Ajel ibes jujaque saven tamarec!»— gritaba desde abajo, una y otra vez Iballa, en el paroxismo de su angustia; pero Peraza permanecía quieto, estático, inmutable, aguardando el momento supremo que estaba a punto de acaecer, porque Autacuperche ya estaba llegando al andén donde él se encontraba.

Cuando el Príncipe Pastor y Peraza se encontraron frente a frente fue sólo un instante el que ambos permanecieron mirándose cara a cara reconociéndose mutuamente. Peraza reconoció en el gigante al hercúleo mozo que hizo volar sobre su cabeza el banot de guerra en El Aseysele y Autacuperche recordó al temerario que allí mismo se había hecho pasar por un correo del señor. Luego Peraza fue el primero en tomar la iniciativa, lanzándose, por cobrar ventaja, sobre Autacuperche y quedó trabada la lucha en un dramático cuerpo a cuerpo, a brazo partido, en que cada contendiente pugnaba por deshacerse del contrario tratando de lanzarle al abismo que a la orilla del andén se abría a la fuga del risco cortado a pico sobre el mar. Iballa había cesado en su maquinal aviso en lengua aborigen y miraba espectante a lo alto. Los hombres que habían acompañado a Autacuperche

cuperche también miraban expectantes. Cristóforo observaba desde su escondite y Ecchineia, en su inalterable actitud, en cuclillas sobre la roca, esperaba el fatal desenlace, porque la lucha, por el lucir intenso de la luna todos la veían desde abajo y cuando no, la adivinaban por el fragor de la misma, por la respiración fatigosa, hecha de estertores, de los dos contendientes.

De pronto, como no podía ser menos, las pocas fuerzas de Peraza le abandonaron y en ese momento el brazo crispado de Autacuperche se alzó para imprimir toda su fuerza sobre la mano apuñada y descargarla, como una maza de piedra, sobre la cabeza de Peraza. Iballa sintió en su propia entraña el chasquido criminal y el leve quejido con el que se le iba la vida a su amado y tras ésto el trágico golpe de un cuerpo inerte, lanzado desde lo alto sobre el mar. También lo sintió Cristóforo, mordiéndose la lengua de rabia y de impotencia en su escondite. Y Ecchineia, sentada en cuclillas sobre la prominente roca, regodeándose en el triunfo de su vaticinio, en la superación del maleficio de la Tierra Maldita con la muerte de Peraza, por eso lanzó ahora, como nunca, su carcajada sarcástica con la más mordaz de sus inflexiones, a los cuatro vientos, a todo el ámbito de la playa, al mar y a la montaña.

* * *

No bien Autacuperche había consumado su crimen, cuando cesó el tronar de la artillería de la Casa Fuerte y, a renglón seguido, pudo oír el gigante y con él los guerreros que le escoltaban, un griterío inmenso que partía de la horda, en el que se mezclaban silbos que explicaban lo que estaba sucediendo: la guarnición de la Casa Fuerte había hecho una salida de la fortaleza llevando al frente la escasa caballería disponible; una mujer cabalgando en brioso cor-

cel, la capitaneaba; una lluvia de dardos caía sobre los sitiadores; la horda huía en desorden tratando de ganar las cumbres de la isla.

A grandes saltos descendió por el escarpe Autacuperche, comprendiendo y reprochándose su inadvertencia de que sin su hombre mascota la horta flaquearía en su empeño. Habíase ausentado del teatro de la guerra más que por el imperativo de una causa común, por el incentivo particular de ejercitar su venganza y de acabar para siempre con el hombre que le había robado su hembra y se la disputaba a cada paso y, ahora, recibía el castigo de la derrota. Iba a disponerse a volver con su escolta al lugar de la lucha con la intención de reunir, en parte, a los fugitivos y hacer frente a los castellanos, cuando llegaron despavoridos algunos hombres que, precipitadamente le gritaron:

—Huye al Roque de Agando, Autacuperche. Todo está perdido. Tras nosotros vienen los caballos de la Casa Fuerte.

Tras estos llegaron más fugitivos y más y más: todos los que habían visto marchar al hombre mascota en dirección de la Punta de San Sebastián en compañía de Madre Ecchinea, cuando les abandonó en el asedio a la fortaleza del señor y, por razón natural, tras ellos se fueron los caballos que capitaneaba La Cazadora, porque aquella capitana improvisada no era otra que Doña Beatriz de Bobadilla.

Los momentos eran acuciantes para el Príncipe Pastor, porque se oía el galopar de los caballos y los dardos de las ballestas comenzaban a rebotar en los próximos escarpes, y tenía que huir indefectiblemente si no quería caer, vivo o muerto, en poder de sus enemigos. Mas al intentar hacerlo, vio el cuerpo de Iballa que parecía yacer inerte sobre la arena y con precipitación trató de cargarla sobre sus hombros, pero la princesa de Arure, al darse cuenta de quien era, se revolvió horrorizada escapando de aque-

llos forzudos brados. Tornó sobre ella Autacuperche; no iba a dejarse atrás a la mujer por cuyo amor había luchado y fracasado, mientras le decía:

—Ven conmigo, huyamos al Roque de Agando. Allí viviremos tranquilos. Y asiéndola por un brazo tiraba de ella, llevándola medio a rastras, hasta que, pudiendo Iballa acercar su boca a la mano con la que la aprisionaba el gigante, clavó sus dientes con tanta fuerza que le obligó a soltarla, trepando por la misma vereda por la que había subido a matar a Fernán Peraza y desapareciendo cuando las siluetas de los primeros caballos se dibujaban en el camino.

Entonces Ecchineia, sintiendo renacer su responsabilidad por el cuidado y la protección de Iballa, se alzó sobre la roca donde estaba sentada, con la intención de convencerla para que huyera con ella. Mas, estando de pié sobre la piedra, todo iluminado su cuerpo por la luna llena, era blanco seguro para las ballestas de los castellanos y zumbaron los dardos sobre ella haciéndola caer, mal herida, desde aquella eminencia a la arena.

Ante la presencia de los caballeros y soldados de la Casa Fuerte en aquella corta playa le volvieron los ánimos a Cristóforo y, dándose a conocer, salió de su escondite y se fue en derechura a Doña Beatriz de Bobadilla que aún cabalgaba en su corcel enterándola, a grandes rasgos, de lo que allí había sucedido; desde el naufragio de la nave hasta la muerte de su esposo, mas Doña Beatriz no pareció inmutarse por nada de lo que le contaba el maese limitándose a cambiar una expresiva mirada con el repulsivo converso, Alonso de Santa María, que capeaba sus ojillos como los de una ardilla gozosa ante la presencia de una nuez. A Cristóforo, viendo aquella impenetrable indiferencia de La Cazadora, se le helaron las palabras en los labios e interesado por la acuciante querencia de auxiliar a la saga Ecchineia, que estaba sintiendo desde que la vió caer mal herida,

corrió hacia donde ésta estaba pugnando entre la vida y la muerte.

—Toma ese cofre, es tuyo. Estaba reservado para tí a través de muhas generaciones— le dijo la vieja, entre roncós estertores. ¡Contiene el talismán con el que podrás vencer el maleficio de la Tierra Maldita! Verás, en viejos pergaminos, pintados y escritos los rumbos del Mar Tenebroso! Sólo tú y los que a tí te acompañen podrán navegarlo, pero no olvides el talismán... sin él no te dejará pasar la Tierra Maldita... ¡ella es la centinela de un Nuevo Mundo...! Este cofre, ¿sabes?, hace muchos siglos, lo arrojó el mar en una de nuestras playas; dicen que perteneció a un hombre santo a quien llamaban., Blandano, Blandón o Borondón. Y con el nombre de este santo entre los labios expiró Madre Ecchinea.

Amanecía: las primeras luces del alba iluminaban los altos cumbreros de la enriscada Isla de La Gomera y se metían por los valles profundos y tortuosos con el lívido claro oscuro y el juego de la luz y las sombras sobre todos los objetos. Cuando Cristóforo volvió hacia el grupo de Doña Beatriz y sus castellanos, llevando consigo el misterioso cofre, tratando de ocultarlo a la vista de todos, advirtió un gran revuelo entre la soldadesca. Unos hombres que exploraban las orillas del mar encontraron sentada sobre un marisco a una bella aborígen, a pesar de su cara macilenta y triste, denotando estar ausente de cuanto sucedía en sus inmediaciones, semi-inconsciente y absorta en un punto lejano del horizonte. Con gran algarabía la habían tomado los soldados y la llevaban, en volandas y a empellones, a la presencia de Doña Beatriz y ésta la conoció al instante. Sólo una vez antes de ahora la había visto y, sin embargo, su figura persistía en todo su ser atizando el fuego del rencor en su orgullo preterido. Entonces la Rica Hembra de Castilla, la cortesana, lanzó en señal de

triunfo; la más procaz de sus carcajadas y llamando al repulsivo converso, le apostrofó seguidamente:

—Aprended de mí, Alonso de Santa María. Aprended de mí a quien llamaban en Castilla La Cazadora. Hé ahí a Iballa: la bella y sin par princesa de la tribu de Arure, a quien vos no supísteis apresar. Ved, como en cualquier montería, al buen cazador, de improviso, le saltan las liebres en su camino—. Y volvió a reír de buena gana.

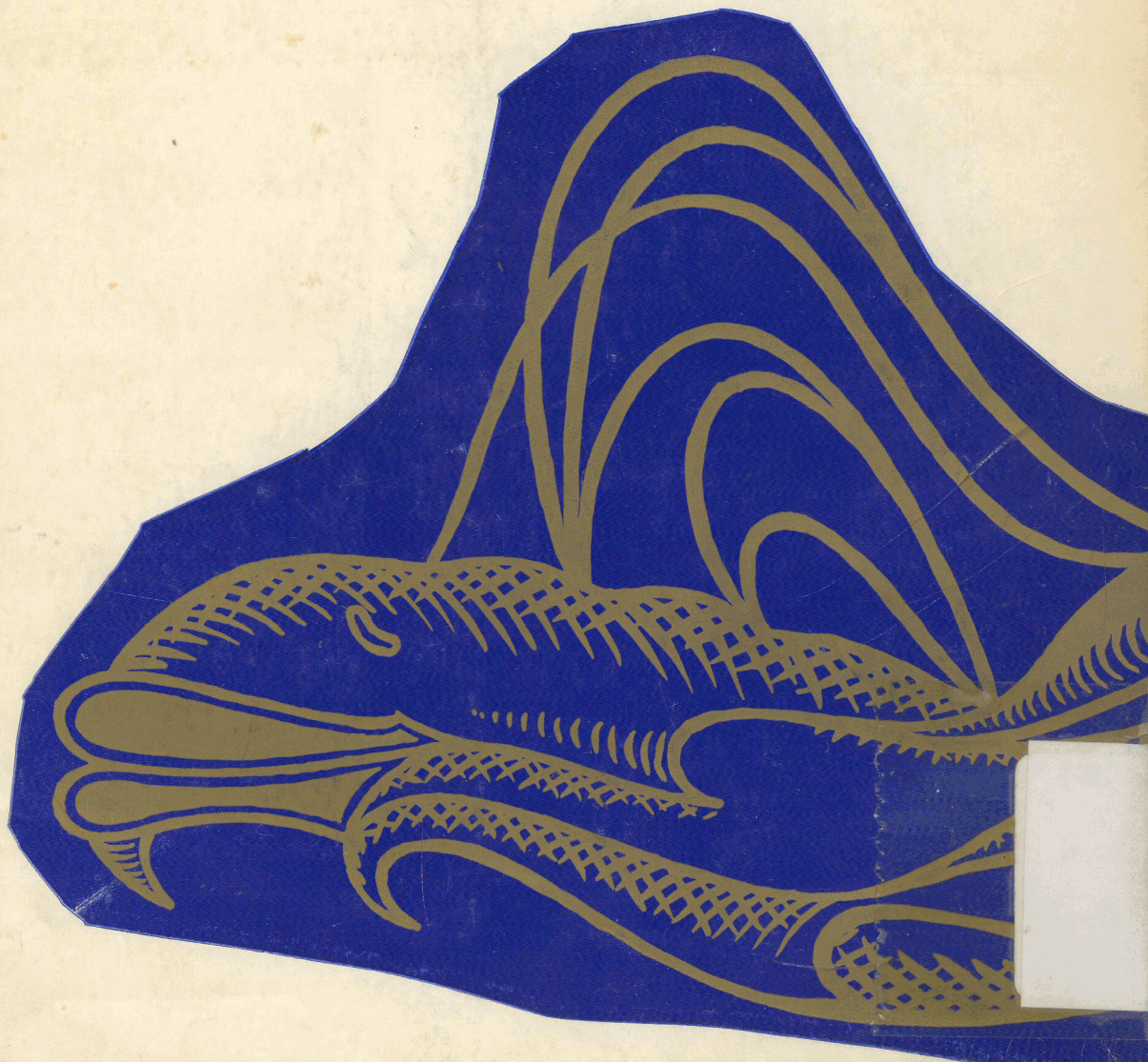
Luego, volviéndose a los soldados que sostenían a Iballa, les ordenó autoritaria:

—Llevaros a esa mujer a la Casa Fuerte. Ponedla a buen recaudo y marcad sus carnes con el hierro de esclava de mi pertenencia.

INDICE

CAPÍTOS.	PÁGS.
I <i>El gánigo de la paz</i>	9
II <i>El Aseysele</i>	21
III <i>La Tierra maldita</i>	32
IV <i>Una nave realenga</i>	48
V <i>El día fatal</i>	62
VI <i>Fiesta en la Corte</i>	78
VII <i>El pretexto sutil</i>	94
VIII <i>Singlando hacia Canarias</i>	108
IX <i>La arribada</i>	120
X <i>La Baja del Secreto</i>	133
XI <i>La descubierta y la razia</i>	150
XII <i>El día en que se quebró el gánigo de la paz</i>	168





De este libro se han editado 1.100 ejemplares en rústica
y 100 en tirada especial para bibliófilos
numerados correlativamente.

Se acabó de imprimir el 11 de Octubre
de MXMLXIII, víspera de la Fiesta de la
Hispanidad, en la imprenta de Pedro
Lezcano en Las Palmas de Gran Canaria.

Compusieron a mano José García
y Ricardo Martín.

